

ANTOLOGÍA Celebraciones de Navidad

HISTORIAS CORTAS DE JANE AUSTEN FAN FICTION

Traducido por Cristy Huelsg



Summer Hanford



Jeanette Walls



Leslie Diamond

Joana Starnes



Marilyn Brant



Debra Ann Kummoong

Laura Hile



Suzan Launder



Regina Jeffers

Laraba Kendig



Monica Fairview



Kelly Miller

Sally Smith O'Rourke

2022

Celebraciones de Navidad 2022

**Historias cortas de
Jane Austen Fan Fiction**

TERCERA ANTOLOGÍA

@cristtranslates

Celebraciones de Navidad 2022

**Historias cortas de
Jane Austen Fan Fiction**

TERCERA ANTOLOGÍA

Summer Hanford

Jeanette Watts

Leslie Diamond

Joana Starnes

Marilyn Brant

Debra-Ann Kummoung

Laura Hile

Suzan Lauder

Regina Jeffers

Laraba Kendig

Monica Fairview

Kelly Miller

Sally Smith O'Rourke

Traducido y editado por Cristy Huelsz

© 2022 Cris Translates, LLC

Traducción y edición: Cristina Huelsz

Corrección: Mariana Huelsz, Elisa Ocádiz y Belen Paccagnella

Diseño editorial: Mariana Huelsz

Esta portada ha sido diseñada con recursos de Freepik.com

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

The Colonel's Christmas Quest © Summer Hanford

Christmas Letters © Jeanette Watts

Christmas Day © Leslie Diamond

A Quiet Conversation © Joana Starnes

The Knight Before Christmas © Marilyn Brant

Mr. Darcy's Christmas Surprise © Debra-Ann Kummoung

A Roguish Rescuer © Laura Hile

The Snow Angel © Suzan Lauder

Mr. Darcy's Present © Regina Jeffers

Meeting at the Library © Laraba Kendig

The Darcys and Miss Smith © Monica Fairview

Wedding Night in Bristol © Kelly Miller

Christmas at Pemberley © Sally Smith O'Rourke

New Year's Eve at Pemberley © Sally Smith O'Rourke

CONTENIDO

<i>LA BÚSQUEDA NAVIDEÑA DEL CORONEL</i>	9	SUMMER HANFORD
<i>CARTAS DE NAVIDAD</i>	50	JEANETTE WATTS
<i>EL DÍA DE NAVIDAD</i>	65	LESLIE DIAMOND
<i>UNA TRANQUILA CONVERSACIÓN</i>	85	JOANA STARNES
<i>UN CABALLERO PARA NAVIDAD</i>	94	MARILYN BRANT
<i>LA SORPRESA DE NAVIDAD DEL SR. DARCY</i>	105	DEBRA-ANN KUMMOUNG
<i>UN PÍCARO AL RESCATE</i>	122	LAURA HILE
<i>EL ÁNGEL DE NIEVE</i>	135	SUZAN LAUDER
<i>EL REGALO DEL SEÑOR DARCY</i>	158	REGINA JEFFERS
<i>ENCUENTRO EN LA BIBLIOTECA</i>	191	LARABA KENDIG
<i>LOS DARCY Y LA SEÑORITA SMITH</i>	204	MONICA FAIRVIEW
<i>LA NOCHE DE BODAS EN BRISTOL</i>	217	KELLY MILLER
<i>NAVIDAD EN PEMBERLEY</i>	232	SALLY SMITH O'ROURKE

DE LA TRADUCTORA

Es curioso pensar cómo fue que inició este pequeño proyecto hace ya casi 3 años, y que ahora ya se ha vuelto una tradición, acogiendo a autores de ediciones pasadas y dando la bienvenida a nuevos autores a esta experiencia de poder ver sus obras en otro idioma.

Agradezco de corazón a todos los autores que han querido compartir sus obras para esta antología como regalo para sus lectores de varios rincones del mundo.

Muchas gracias a mis colaboradoras para la revisión de ambas versiones en inglés y español: Mariana Huelsz, Elisa Ocádiz, y dándole la bienvenida a Belen Paccagnella al equipo.

Esperamos que esta antología llegue a ustedes lectores en esta época decembrina y que, aunque sea por un momento, los llene de emociones y buenos recuerdos.

Sinceramente,

Cristy Huelsz

La búsqueda navideña del coronel

por Summer Hanford

CAPÍTULO UNO

Al llegar a Pemberley, Richard rechazó la ayuda del mayordomo de Darcy. —Stevens, conozco el camino hacia el salón de las rosas. Vuelva a su velada. Me refrescaré y luego me uniré a los demás.

El mayordomo se inclinó. —Gracias, coronel Fitzwilliam.

—¿Mi habitación habitual?

—Es lo que dijo la señora Reynolds, señor.

—Muy bien—. Richard subió los escalones, complacido de poder utilizar su habitación habitual, que el ama de llaves de Darcy le había asignado desde que era un muchacho. Por lo que Richard recordaba de la nueva esposa de Darcy durante su visita a Kent aquella primavera, en la que había sido la señorita Elizabeth Bennet en lugar de la señora Darcy, parecía ser la clase de persona considerada que no desplazaría al hombre de su habitación preferida.

En poco tiempo, Richard se refrescó y se dirigió al salón de las rosas. Se había puesto un traje azul, el color le sentaba bien a sus ojos, aunque no se imaginaba que alguien de dentro lo apreciaría tanto. Al llegar a la puerta abierta, se detuvo para observar a los presentes, algunos de los cuales le eran conocidos sólo por la boda de los Darcy.

Georgiana y Elizabeth estaban sentadas juntas al piano, y el comportamiento de Georgiana era más relajado y abiertamente alegre de lo que Richard recordaba desde antes de que ella se fuera a la escuela. La señora Gardiner y los niños Gardiner se reunían en torno al instrumento, aplaudiendo y riendo, y Richard dedujo que el juego consistía en tocar cada villancico cada vez más rápido sin equivocarse. A un lado, aparentemente insensible al jaleo, Darcy estaba sentado en una animada conversación con el señor Gardiner. Richard sonrió, feliz de ver a sus primos en una compañía que evidentemente les complacía y sentaba bien. Esto era lo que debía ser la Navidad, y no tenía derecho a sentirse resentido con Darcy por haber conquistado a Elizabeth y haberse casado con ella.

En realidad, no lo estaba. Lo que le molestaba era que Darcy tuviera los fondos para elegir a su esposa por amor, en lugar de por sus conexiones y su riqueza. Pero si bien Richard podía admitir su resentimiento, no podía encontrar ninguna culpa. Él habría hecho precisamente lo mismo que Darcy, si estuviera en condiciones de hacerlo.

Una de las damas tropezó con las teclas.

—Prima Lizzy, prima Lizzy —corearon los niños. —¡Te equivocaste!

Riendo, Elizabeth levantó las manos. —¿Cómo saben que he sido yo? ¿Tienen los ojos tan agudos?

—Te he visto —exclamó una de las niñas.

—La señorita Darcy es demasiado buena para fallar —dijo otra.

Las mejillas de Georgiana se tornaron rosadas, pero no bajó la mirada ni perdió la sonrisa.

El pequeño de los Gardiner levantó una mano, con la palma hacia arriba. —Páganos.

Con una sonrisa apenada, Elizabeth se puso de pie para contar caramelos de azúcar de un cuenco colocado encima del piano.

—Richard —exclamó Georgiana con alegría, poniéndose en pie cuando notó su presencia.

Todos se giraron para mirar y Richard se vio envuelto en una cálida bienvenida. Con los gritos del juego de sacar la bala del montón de harina, los niños se acordaron de su rango a pesar de que no llevaba el uniforme esa noche. Riéndose de su entusiasmo por la idea, Richard les aseguró: —Sí, he traído una bala especial para el juego. Una que tenía conmigo en el continente, pero ¿qué hay de los pudines?

Darcy miró a su esposa, con expresión interrogante.

Elizabeth negó con la cabeza. —Le avisaré a la señora Reynolds de la necesidad de los pudines. Podemos jugar mañana.

—¿Podemos jugar ahorita? —imploró el más pequeño.

Elizabeth alargó la mano para alborotarle el cabello. —Mañana. Ya casi es hora de que se vayan a la cama.

—Pero no hemos hecho los lazos para las guirnaldas —le dijo una de las niñas a Elizabeth.

—Y tendremos mucho tiempo. Falta una semana para Navidad.

El salón volvió a ser un feliz caos, Richard se ofreció a cantar villancicos si Georgiana lo acompañaba. Elizabeth aprovechó la oportunidad para sentarse con Darcy. Richard trató de no sentirse celoso por la mirada cariñosa que intercambiaron ellos.

CAPÍTULO DOS

Después de unos cuantos villancicos más, la señora Gardiner se llevó a los niños a la cama, Georgiana la acompañó, obviamente encantada con sus nuevos y jóvenes parientes. Richard supuso que esto tenía cierto sentido. Su prima había sido, con diferencia, la más joven de los Darcy y los Fitzwilliam durante toda su vida.

—¿Alguien gusta oporto? —preguntó el señor Gardiner, cruzando hacia el aparador.

Richard abrió la boca para aceptar, pero la cerró de nuevo cuando el mayordomo, Stevens, entró en la puerta del salón.

—Señor, hay una, ah, situación que creo que debe ser atendida —le anunció Stevens a su amo.

Una línea marcó la frente de Darcy. —¿Situación?

—De naturaleza delicada, señor.

Darcy miró al resto antes de dirigirse a su mayordomo.
—Siéntase libre de informarme.

Stevens hizo una mueca como si alguien le hubiera metido un trozo de limón en la boca. —Hay una joven dama en la puerta, señor.

—¿Una joven? —repitió Elizabeth, con voz interesada. —¿Qué clase de jovencita?

—Una desaliñada, señora. Dice que... —El mayordomo respiró con fuerza. —Afirma haber sido secuestrada. Que escapó y que cuando vio las luces de Pemberley se dirigió hacia aquí por medio del huerto.

—Que peculiar—. Con ojos brillantes de interés, Elizabeth se giró hacia Darcy. —Ciertamente no podemos rechazarla.

Él frunció el ceño, pero asintió.

—Tampoco deberíamos tenerla aquí sin antes decidir si ella será buena compañía —dijo el señor Gardiner desde el aparador. —No con la señorita Darcy que puede regresar tan pronto como les lea un cuento a los niños.

Darcy se puso de pie. —La recibiré en mi estudio. Por favor, acompañela hasta allí y luego espéreme.

Stevens asintió y se inclinó para salir.

Richard también se puso en pie, demasiado curioso como para quedarse atrás: —Me gustaría acompañarte.

—Al igual que yo —dijo Elizabeth, levantándose de su asiento.

Darcy se giró hacia ella con un mohín que amedrentaría a la mayoría de los hombres, por no hablar de una señorita suavemente educada.

Elizabeth sonrió beatíficamente. —No puedo dejársela a ustedes ogros, pobrecita.

—Esperaré aquí en caso de que las damas regresen antes que ustedes, para que sepan donde se han metido —comentó el señor Gardiner y llevó su oporto a un sillón junto al fuego.

Darcy y Elizabeth continuaron cruzando miradas. En todo caso, la sonrisa de ella creció al desafiarlo. Finalmente, Darcy se encogió de hombros. Uno al lado del otro, salieron del salón.

Richard siguió a la pareja. Cuando se acercaron, vieron que Stevens se encontraba ante la puerta abierta del despacho de Darcy, sin entrar en la habitación, pero ciertamente con un ojo puesto en su inesperada invitada. Richard hizo un gesto con la cabeza al mayordomo mientras seguía a Darcy y a Elizabeth.

Y se detuvo.

Sin estar desaliñada, pero si bastante desarreglada, había una mujer joven se encontraba en el centro de la habitación, con las manos juntas ante ella, los ojos muy abiertos y cautelosos, y el tono más sorprendente de verde bosque que Richard había contemplado jamás. El cabello negro como la tinta le caía sobre los hombros, quizás en algún momento rizado pero ahora húmedo por la víspera del invierno. Asimismo, su dobladillo colgaba mojado y embarrado hasta tocar las robustas botas, tanto el vestido verde primavera como el calzado de calidad suficiente para denotar a un miembro de la alta burguesía, aunque no sin signos de desgaste. También llevaba una capa de color verde intenso, evidentemente seleccionada para hacer juego con sus ojos de pestañas oscuras, que ahora se desviaron, observando

primero el rostro de Darcy y luego el de Elizabeth, antes de pasar por encima de ellos para fijarse en Richard.

—Lo-lo siento mucho por haberme entrometido en su reunión —dijo ella, con palabras que contenían un rastro de musicalidad galesa. Hizo una reverencia. —Soy Gwen Penfellow.

Darcy lanzó una mirada por encima del hombro a Stevens, quien permanecía en la puerta. —Penfellow. No es un nombre con el que esté familiarizado. ¿Stevens, ¿ha escuchado algo de ellos?

—Hay Penfellows en la esquina noroeste del condado, señor —le informó el mayordomo servicialmente.

Darcy se volvió hacia la joven. —¿Por qué está usted aquí?

Desde atrás, Richard pudo ver la dura mirada que Elizabeth le dirigió a su esposo. Aparentemente, ella tenía mayor poder sobre su primo de lo que él había imaginado.

—Usted parece tener mucho frío—. Elizabeth dio un paso y extendió las manos hacia la inesperada visita. —Soy la señora Darcy. Por favor, siéntese conmigo y llamaremos para tomar el té, a menos que necesite algo más fuerte.

La señorita Penfellow soltó sus manos para extenderle una a Elizabeth, que la estrechó con las dos suyas y los condujo al sofá. —Té, si es que hay, pero por favor, no haga que su personal se moleste por mi causa.

Notando el ceño fruncido de Darcy, Richard se adelantó y se inclinó ante la señorita Penfellow, para que su primo no echara a la dama de la casa. —Coronel Richard Fitzwilliam, a su servicio, señorita.

Ella le sonrió. Sus mejillas se tiñeron de rosa cuando dijo:
—Es muy amable de su parte, coronel.

Atrapado por esos ojos verdes, Richard tomó uno de los dos sillones que completaban la zona de estar en el estudio de Darcy.

Con un suspiro resignado, Darcy hizo lo mismo, después de presentarse. Elizabeth mandó a traer el té y luego los tres le dirigieron miradas interrogativas a la señorita Penfellow.

Ella volvió a entrelazar los dedos, apoyando las manos entrelazadas en su regazo. —Tiene usted todo el derecho a cuestionar mi presencia, señor Darcy. Yo misma apenas puedo entenderlo. Hace unas horas me metieron en un carruaje y me llevaron a otro lugar. Me escapé mientras descansaban los caballos, y he estado corriendo por el bosque, y ahora estoy aquí.

—Pero ¿por qué? —preguntó Elizabeth. —¿Quién se la llevó?

La señorita Penfellow bajó la mirada. —Desearía saberlo.

A pesar de lo llamativos que eran esos ojos verdes, Richard entrecerró los suyos, seguro de que ella mentía. Pero él había oído muchas mentiras en su día, no todas ellas por motivos terribles. El acto de engañar no la condenaba por sí solo.

—Bueno —dijo Elizabeth, girando en el sillón para mirar a Darcy. —No podemos simplemente rechazarla. Deberá permanecer aquí esta noche. Probablemente hasta que se pueda traer a las autoridades.

Darcy le dirigió una mirada y Richard se encogió de hombros. No se oponía a la idea. Ciertamente, con una casa bien dotada de personal y con varios parientes presentes, podían ocuparse de

cualquier problema que una sola joven de constitución ligera y cabello negro pudiera suscitar. —Segundo a Elizabeth.

Darcy se quedó pensativo durante un largo momento. Ni Richard ni Elizabeth hicieron ningún movimiento para influir en él, y la señorita Penfellow mantuvo la mirada fija en sus dedos entrelazados.

—Muy bien —dijo Darcy. —Por ahora puede permanecer aquí. Se le preparará una habitación.

—Y yo le buscaré un vestido y algunas cosas que podría tomar prestadas —añadió Elizabeth.

La cabeza de la señorita Penfellow se levantó, con el suficiente alivio en su rostro como para hacer dudar a Richard de su veracidad. —Gracias. No tienen idea de lo que su amabilidad significa para mí.

Al escuchar ese suave acento galés y ver la alegría en sus ojos verdes, Richard se preguntó de repente cuánto significaría para él.

CAPÍTULO TRES

En el desayuno de la mañana siguiente, una actividad que les complacía a todos, la señorita Penfellow bajó con un vestido azul claro que Richard estaba seguro de haber visto en Elizabeth antes. Llevaba el cabello rizado y su conducta era tranquila, aunque las ojeras manchaban sus ojos. A los niños se les presentó como una invitada sorpresa; los Gardiner y Georgiana habían sido informados la noche anterior sobre su llegada inesperada.

—No tenía ni idea de que anoche hubiera nevado con tanta fuerza —comentó Elizabeth con alegría, mientras tomaba un bollo. —Lo que limita bastante mis planes para la mañana. No puedo montar, el carro no puede pasar y, en un gran gesto de generosidad, mi querido esposo ha prestado nuestro trineo.

—¿Qué planes eran esos, querida? —preguntó la señora Gardiner.

—Llevar las cestas que hicimos ayer, por supuesto. Es la temporada de la generosidad.

—Todavía hay algunas casas a las que se puede ir andando. La señora Annesley sugeriría que fuéramos, si estuviera aquí —comentó Georgiana sin la timidez que Richard podría esperar de su joven prima, habitualmente reticente, al dirigirse a un grupo tan numeroso de personas.

Elizabeth le dedicó una alegre expresión. —Eso está muy bien para ti con tus largas piernas, pero aunque todos conocen mi afición a caminar, no disfruto arrastrándome por la nieve.

—Nosotros, caballeros, podríamos acompañarte, abriendo un camino —le ofreció Richard. —¿No es cierto, Darcy, señor Gardiner?

En lugar de responder con su habitual ceño fruncido, Darcy contempló con adoración a su esposa. —Nada me gustaría más que estar al aire libre en tan buena compañía.

Richard levantó su servilleta para cubrir su expresión, y una sonrisa se impuso a los celos. El placer lo llenaba al ver lo

agradablemente cambiados en sus primos por la llegada de Elizabeth a sus vidas.

—Y nada nos gustará más que dejarlos a ustedes, jóvenes, con su paseo —dijo la señora Gardiner con una sonrisa. —El señor Gardiner y yo nos quedaremos con los niños.

Esto evocó un coro de protestas de los pequeños, deseosos de ser parte de la expedición. Al final se decidió que aunque ellos también irían, serían los adultos quienes jalarían de los trineos.

Una vez solucionado el asunto y calmado el furor, Richard se dirigió a la señorita Penfellow, quien mordisqueaba un pedazo de pan tostado, asimilando sus ocurrencias familiares. —Señorita Penfellow, ¿quiere unirse a nosotros?

Ella bajó su pan, ensayando una tímida sonrisa ante el mar de miradas que ahora se dirigían a ella, y respondió: —Sí. Me gustaría, gracias.

Richard no utilizó su servilleta para disimular el placer que le produjo su respuesta. Terminaron de desayunar con toda cordialidad, aunque Richard notó que la señorita Penfellow sólo hablaba si se le dirigía directamente, como solía hacer Georgiana, pero sin la timidez de la prima de Richard.

Cuando el desayuno finalizó, Darcy retuvo a Richard, esperando a que se quedaran solos, para decirle en voz baja: —Hoy he enviado a un mozo de cuadra en busca de las autoridades de Lambton, y a mi abogado que vive cerca.

—¿Tu abogado?

Darcy asintió. —Para que investiguen a la señorita Gwen Penfellow. No me parece que su historia sea coherente.

En la mente de Richard se formó una visión de su dulce rostro. Pero, por mucho que le doliera, asintió. —Una razonable precaución, sin duda —aceptó y fue a buscar su sombrero, guantes, bufanda y abrigo.

La caminata tuvo un cierto grado de dificultad. Richard y Darcy se turnaron para atravesar primero la profunda nieve, pero el grupo prosiguió con buen espíritu. El sol de invierno brillaba tanto que casi cegaba la blancura que los rodeaba. Las damas se turnaron para tirar de dos trineos cargados de cestas, y afortunadamente, los niños rebosaban de suficiente energía como para no necesitarlos todavía. Aunque Richard supuso que él y Darcy arrastrarían los trineos con los niños todo el camino de vuelta a Pemberley.

Cada vez que llegaban a un cruce de caminos que se desviaban del camino principal hacia las casas de los arrendatarios, Richard y la señorita Penfellow llevaban las cestas en una dirección y Georgiana y Elizabeth en la otra, mientras Darcy esperaba con los niños y los trineos. No lo hacía por ser poco sociable, explicó, sino para evitarle a sus arrendatarios la sorpresa de que él se apareciera en la puerta de sus casas y los tomara desprevenidos. Richard disfrutaba lo suficiente de pasear del brazo con la señorita Penfellow como para convertirse en un ferviente partidario de este acuerdo, ya que ningún otro le permitiría pasar tanto tiempo a solas con ella.

Él evitó cuidadosamente el tema de su presunto secuestro, pero conversaron sobre muchas otras cosas, y Richard disfrutó tanto de su leve acento como para finalmente preguntarle: —Detecto un poco de acento galés en su forma de hablar, si no me equivoco.

Ella le sonrió. —Usted no se equivoca. Mi madre era galesa. Vino a Derbyshire cuando se casó con un inglés.

—¿Era?

—Sí. Murió hace algunos años. De un corazón roto, diría yo.

—¿Así que su padre también se ha ido?

Su mirada se dirigió a la de él, y luego se alejó de nuevo. —Sí, así es.

—Le doy mis condolencias.

—Se lo agradezco —murmuró ella. Señaló una de las cabañas de los arrendatarios, tan cubierta de nieve que apenas era visible.
—De esa no sale humo. ¿Todavía debemos dejar una cesta?

—Parece que nadie vive ahí de momento. Tal vez los arrendatarios se han ido por el invierno—. Señaló una casa de campo un poco más grande, con ventanas llenas de luz del fuego de la chimenea visibles a través de los árboles. —Llevaremos las dos canastas allí.

Ella asintió. Mientras pasaban por delante, torció el cuello para no perder de vista la pequeña cabaña. Hubo un punto en que ella se detuvo y contempló la casa vacía por un largo rato, como si estuviera fascinada por ella.

—¿Señorita Penfellow? — le espetó Richard, con un tono suave. Le extrañaba su repentino desamparo y su inusual fijación por la casita. Aunque era pintoresca y bonita, no tenía nada especialmente destacable.

—Perdón. Me quedé pensando en lo espléndido que sería esconderse en una casita tan encantadora, con el mundo frío fuera pero con un fuego dentro.

—¿Y alguien a su lado para mantenerla abrigada?

Ella le lanzó una rápida mirada, con los ojos muy abiertos y brillantes, y luego volvió para mirar a la cabaña. —Sí, y alguien con quien mantener el calor.

Llevaron las cestas a la cabaña más grande, donde fueron recibidos alegremente por los que estaban dentro, y les presentaron a la pareja mayor y una más joven, algunos niños crecidos y a un nuevo bebé. A Richard le encantó ver a Gwen con los niños, riéndose de sus travesuras y poniéndose seria cuando le contaban cosas importantes para ellos, y sonriéndole al bebé.

Mientras se dirigían de vuelta con los demás, Richard recorrió con la mirada la campiña cubierta de nieve, cada rama desnuda escarchada de blanco que goteaba por los lados y brillaba bajo el cielo azul claro. Pasaron de nuevo junto a la cabaña vacía, acercándose a los demás, antes de que él decidiera la mejor manera de decirle: —Espero que la pérdida de su madre no la dejara sola en el mundo—. De ser así, eso podría explicar su secuestro, suponiendo que la calidad de la ropa, las botas y la capa con las que había aparecido indicaran algún tipo de ahorros.

Gwen arrugó la nariz. —Tengo un hermano.

Richard estaba a punto de preguntar por el tal señor Penfellow cuando algo duro y redondo se estrelló contra su pecho. Sonó un chillido de risa y una segunda bola de nieve fue lanzada hacia ellos. Instintivamente, Richard se puso delante de la señorita Penfellow, recibiendo otro sólido golpe.

—Ustedes, pequeños demonios —gritó Richard.

Una mano surgió detrás de él, ofreciéndole una bola de nieve.

Richard lanzó una mirada de sorpresa a la señorita Penfellow, percibió la risa en sus ojos verdes y aceptó el regalo mientras otra bola chocaba contra él. —Tienen buenos brazos —observó él.

—Estoy segura de que usted también los tiene, coronel. Será mejor que vengue su honor.

—¿Pero qué hay de su seguridad, bella Gwen?

Sus ojos se redondearon, pero rápidamente controló sus rasgos para no sobresaltarse. —Mi seguridad será custodiada por ese árbol.

Antes de que él pudiera responderle, ella se alejó corriendo, frenada por las profundas ventiscas, riendo cuando una bola de nieve pasó junto a ella.

Richard se dio la vuelta para soltar su propia descarga, lanzando ataques ligeros a los niños Gardiner mientras gritaban. Darcy estaba en medio de ellos, sin comprometerse pero con una expresión excesivamente indiferente y un brillo sospechoso en los ojos. A la derecha de Darcy, en la dirección en que Georgiana

y Elizabeth se habían ido, una bola de nieve choco contra su hombro.

La adición de los primos de Richard al juego pronto hizo que todo el mundo quedara cubierto de nieve, incluso la señorita Penfellow salió de detrás de su árbol para lanzar alguna que otra bola. Después de muchas risas y de pisotear la nieve, y de una bola mal calculada que le dio a Darcy justo en la cara, el señor de Pemberley, no poco amable, pidió que se detuviera el juego. Cargaron a los niños, ahora agotados, en los trineos momentáneamente vacíos y partieron hacia Pemberley.

Volvieron a la casa señorial y encontraron a las autoridades de Lambton esperando, lo que hizo que la señorita Penfellow hiciera un recuento de su calvario. Richard, que intervino en la entrevista, que tuvo lugar en la biblioteca, no encontró ninguna variación en su relato y pocos detalles adicionales, aportados por la investigación. Muy pronto, los agentes se marcharon, prometiendo una investigación y una Gwen mucho más sumisa. A Richard le entristeció ver que ella había perdido la alegría obtenida al principio del día.

CAPÍTULO CUATRO

Dos días muy agradables después, con la mayor parte de los caminos laboriosamente despejados, las cuatro damas tomaron el carro para terminar de repartir la alegría invernal a los arrendatarios de Pemberley. Darcy estuvo encerrado en su estudio con su mayordomo, y los niños a la sala de juegos con dos criadas, ya que los hombres obviamente se consideraron incapaces de cuidarlos mientras las damas estuvieran fuera. El

señor Gardiner ocupaba un sillón del salón, absorto en un libro, así que Richard intentó hacer lo mismo en uno de los sofás de la sala. Desgraciadamente, cada página se transformó pronto en una imagen de los impresionantes ojos verdes de Gwen, situados por encima de su sonrisa.

Poco antes del almuerzo, tras una mañana angustiosamente lenta sin la presencia de la señorita Penfellow, se escucharon fuertes pisadas por el pasillo, que Richard no había oído desde que Darcy se había casado con Elizabeth. Alertado por el sonido de la agitación de su primo, Richard cerró el libro que no había estado leyendo. Darcy irrumpió en el salón, con una carta en la mano y el ceño fruncido.

—Ella mintió —exclamó, dejando la carta sobre la mesa baja delante del sofá en el que estaba sentado Richard.

—¿Perdón? —inquirió el señor Gardiner, levantando la vista de su libro.

—La señorita Penfellow mintió —reiteró Darcy. —Si es que podemos llamarla así, que puede que no.

Richard levantó la hoja, dirigida a Darcy por las autoridades de Lambton. Hojeó el contenido y se fijó en el reporte de que Gwen Penfellow, de Derbyshire, se había casado recientemente con el señor Robert Careworth. Trago, con una extraña constrictión en la garganta que amenazaba con impedirle el movimiento, y levantó la vista. —¿Está casada?

Darcy estiró la mano hacia la hoja. —Eso no es lo peor. Sigue leyendo.

Richard se puso a leer. —¿Su hermano es George Wickham? —¿Cómo puede ser eso? —Recordó aquella mueca que ella hizo antes de admitir: “Tengo un hermano”.

—Medio hermano —dijo Darcy mientras el señor Gardiner, quien había dejado a un lado su libro y se había acercado al sofá, arrancaba la hoja de los dedos laxos de Richard. —Al parecer, el administrador de mi padre no era tan diferente de su hijo como siempre hemos creído. Se quedó con la señorita Penfellow por su madre, una viuda.

—Dice aquí que también tiene otro hermano, el señor Penfellow —observó el señor Gardiner.

—No importa si tiene veinte hermanos —comentó Darcy con una voz cargada de ira latente. —Sé quién de ellos la ha enviado aquí, y en el momento en que las damas regresen, sabré con qué fin. Mientras tanto, haré que la señora Reynolds registre la habitación de la señorita Penfellow y cuente la plata—. Tras dejar la carta en manos del señor Gardiner, Darcy se marchó furioso.

Richard se sentó, sintiéndose entumecido. ¿Gwen, casada? ¿Propiedad de otro hombre?

Pero ella claramente había huido de él. No lo quería. Tal vez Tal vez nada. Estaba casada.

Se sentó en un silencio adormecido, con los pensamientos dando vueltas en su cabeza como perros mestizos con pulgas que se roen la cola. En algún momento, el señor Gardiner le puso una copa en la mano, pero Richard no bebió el brandy que olía allí, con

el estómago demasiado revuelto para los licores fuertes. Darcy regresó y se acomodó al otro lado del sofá, con el ceño fruncido.

Un alegre parloteo anunció el regreso de las damas. En un momento, las cuatro entraron en el salón. Richard vio como el color y la alegría desaparecían del rostro de Gwen al ver sus expresiones todas serias. Aparentemente ella se había percatado de que su mentira había sido descubierta.

—Georgiana, ve a tu habitación —le dijo Darcy.

Georgiana cuadró los hombros. —No lo haré. Ya no soy una niña y creo que tengo derechos a saber qué es lo que está ocurriendo.

—Bien. Acepta el dolor de saber que tu nueva compañera te ha traicionado de la manera más cortante.

—¿Qué quieres decir? —Elizabeth miró de un rostro a otro, terminando con la señorita Penfellow.

—Primero, explique por qué no se presentó como la señora Careworth —le exigió Darcy.

La señora Gardiner soltó un grito ahogado. Richard buscó la mirada de la señorita Penfellow, suplicando una negación, pero ella no lo miró.

Ella enfocó la mirada en Darcy y ladeó la barbilla. —Porque no me he casado con Robert Careworth.

—El notario de Lambton cree lo contrario.

—Aquel hombre no está en tan buena posición como yo para saber lo que he hecho y lo que no he hecho—. La señorita

Penfellow, con sus ojos verdes, miró a la habitación, estirando el cuello para ver a las mujeres que la flanqueaban. —Estoy bajo la tutela de mi hermano hasta el veinticinco de diciembre, el día de mi cumpleaños. Despilfarró todo lo que tenemos, salvo un fideicomiso creado por mi padre, que debía pasarme a mí cuando fuera mayor de edad. Planeó con su amigo, el señor Careworth, obligarme a casarme a cambio de una parte de la suma. Hizo redactar los papeles, pero nunca se leyeron las admoniciones. Cuando me negué a firmar, él firmó por mí y me encerró en el sótano. Si su hombre descubrió que estaba casada, lo hizo por error.

La opresión en el pecho de Richard se alivió. Esta era la verdad. Él lo juraría.

—Pero ¿por qué ha venido usted aquí? —preguntó Elizabeth.
—¿Por qué no decirnos la verdad?

La señorita Penfellow lanzó otra mirada a su alrededor, ahora con una expresión suplicante. —Deben comprender mi falta de recursos. Primero acudí a varios hombres de la ley. Uno de ellos ni siquiera quiso ver a una mujer no acompañada. Fui a la iglesia pero el rector se negó a aceptar mi palabra sin hablar con mi hermano, quien seguramente me encerrará de nuevo en el sótano, o peor aún, me entregará a Careworth—. Ella se estremeció.

La ira se apoderó de Richard. Apostaría a que sabía cómo planeaba ese tal Careworth hacer oficial el matrimonio.

—No tengo fondos todavía, y si mi hermano tiene los papeles que dicen que estoy casada, puede que nunca los vea, así que no tengo medios para comprar ninguna lealtad, ni siquiera el recurso

de esconderme en una posada hasta mi cumpleaños—. Dirigió sus ojos suplicantes hacia Darcy. —Vine aquí porque mi padre siempre me habló muy bien del señor Darcy, pero cuando llegué y lo conocí a usted, me di cuenta de que no puede ser el señor Darcy al que él se refería, ya que habló de un hombre mayor. No sabía si podía decirles la verdad y esperar que me ayudaran, y luego todo empezó a ir tan bien, y todos ustedes son tan amables, que no quise admitir que les había mentido—. Su voz se entrecortó y se encontró con los ojos de Richard. —Pensé que simplemente me refugiaría aquí hasta mi cumpleaños y luego me escabulliría para reclamar mi herencia.

—¿Por qué deberíamos creer algo de esto? —preguntó Darcy.

La señorita Penfellow hizo un leve movimiento de cabeza.
—Porque es la verdad.

—¿Lo es? —Darcy se puso de pie, alto, severo y amenazante.

Richard también se puso de pie, dispuesto a interponerse entre su primo y la señorita Penfellow, sin importar su culpabilidad.

Pero Darcy, que siempre era un caballero incluso cuando se enfadaba, se limitó a levantar la carta que le había enviado su hombre y la hizo sonar. —Si esa es la verdad, ¿por qué omitir convenientemente quién es su hermano?

—¿Quién es mi hermano? —La confusión delineó su frente.
—¿Roger?

Darcy le tendió la hoja. —George Wickham. Su padre era el antiguo administrador de Pemberley y su hermano es George Wickham.

Georgiana jadeó, tambaleándose. Elizabeth estuvo a su lado en un momento, tomándola del brazo. La señora Gardiner se apresuró a tomar el otro, aunque la confusión tiñó su expresión.

—Mi padre es el antiguo mayordomo de su padre —dijo la señorita Penfellow. —Pero nunca he conocido a George Wickham y no veo por qué debería importar si lo hubiera hecho.

—Debería echarla de esta casa por semejante engaño —gruñó Darcy.

—¡No podemos echarla a la nieve! —le suplicó Elizabeth.

—No lo haré, pero debo proteger a mi familia y a los que viven en esta casa. Estará confinada hasta que descubramos su verdadero propósito aquí y lo que hay que hacer con ella —declaró Darcy en un tono que no admitía discusiones.

Lentamente, Elizabeth asistió con la cabeza.

—¿En el sótano? —La señorita Penfellow jadeó.

—No, en su habitación —contestó Darcy y llamó a la señora Reynolds.

CAPÍTULO CINCO

A la mañana siguiente, tras una noche relativamente sin dormir, Richard no encontró nada de la alegría que había rodeado los desayunos desde su llegada y la de la señorita Penfellow. Incluso los niños estaban apagados, aunque dudaba que supieran lo que preocupaba a los adultos alrededor de la mesa. El más joven se atrevió a preguntar dónde estaba la señorita Penfellow, y le informaron de que estaba desayunando en su habitación. Incluso

su silla había sido retirada, y las demás en torno a la mesa se habían dispuesto de manera que no se notara la ausencia.

Después del desayuno, Richard fue a ver a Darcy, quien se había retirado a su estudio.

—Richard —lo saludó Darcy, levantando la vista de un libro de contabilidad.

—¿Sabes dónde puede encontrarse Wickham? Voy a averiguar la verdad.

Darcy respondió con el ceño fruncido. —Ya tenemos la verdad. Él la envió aquí.

—Eso no lo sabemos. A mí me pareció que ella se sorprendió al escuchar su nombre. Viste lo miserables que estaban todos en el desayuno. No podemos celebrar la Navidad de esta manera.

—Difícilmente tampoco podemos pasar la Navidad contigo paseando por el campo a la caza de George Wickham.

—Si me dices en dónde está, no tendré que andar deambulando —replicó Richard. —Aún faltan cuatro días para Navidad—. Y, si se le podía creer, el cumpleaños de Gwen.

—Pero sólo tres hasta Nochebuena.

Richard estudió a su primo. —Fuiste muy... firme con la señorita Penfellow—. Incluso draconiano.

El ceño de Darcy se frunció. —Entró en mi casa haciéndose la víctima. Yo expuse su mentira y ella se hizo la víctima de nuevo. Estoy demasiado familiarizado con los vástagos del viejo señor Wickham que vuelven a caer en esa táctica como para soportarla

por más tiempo. Y —continuó cuando Richard hizo uso de la palabra —, metió a Wickham en los pensamientos de Georgiana. Nada menos que en Navidad.

—Fuiste tú quien mencionó a Wickham —lo corrigió Richard.

—Georgiana no quería salir de la habitación.

—Podrías haber sido totalmente más discreto. Llevar a la señorita Penfellow a otro lado.

Darcy suspiró y levantó una mano para frotarse la frente.

—Lo se.

—¿Por qué estás tan agitado? La señorita Penfellow ni siquiera ha pedido nada. O, supongo, que no ha tomado nada —añadió Richard, adivinando que Darcy también habría lanzado esa acusación, si hubiera podido.

—Darcy, sé un hombre razonable. No permitas que tu odio por Wickham nuble tu juicio. Dime dónde está y podremos encargarnos de este asunto de una buena vez. Sino —dijo Richard — ¿debo simplemente preguntarle a Elizabeth?

—Ya casi es Navidad —reiteró Darcy. —Te necesito aquí. Todo debe ser perfecto.

Ah, ahora lo entendía. —Quieres que la primera Navidad de Elizabeth en Pemberley sea perfecta.

Darcy se encogió de hombros. —¿Tú no lo querrías?

En efecto, sí. —No creo que debas preocuparte.

—No lo estaba, hasta que George Wickham se entrometió.

Richard negó con la cabeza. —No lo hizo, y no lo hará, y volveré mucho antes de Nochebuena. Y, Darcy, si me permites añadir, con Elizabeth aquí, todo será perfecto. Ella se encargará de ello.

Darcy le ofreció una sonrisa apenada y asintió. —Me atrevo a decir que tienes razón. Los Wickham se encuentran a unos cincuenta kilómetros de aquí. Su regimiento está en Nottinghamshire.

—Gracias. Juro que volveré para la misa de Nochebuena y la cena. No eches a la señorita Penfellow hasta que regrese.

Darcy asintió de mala gana.

CAPÍTULO SEIS

Con los dedos congelados dentro de sus guantes, Richard llegó al cuartel al que Darcy le había dado indicaciones. Vestía el uniforme completo del regimiento, por lo que los guardias de la entrada se apartaron para permitirle entrar sin ningún tipo de interrogatorio. Les preguntó dónde estaban los cuarteles principales y el guardia le señaló una cabaña no muy lejana. A través de las ventanas heladas, comprobó que se celebraba algún tipo de reunión en el club de oficiales, pero no tenía tiempo para una visita social. No si quería llegar a la posada a tiempo para dormir unas horas antes de regresar a Pemberley. Si el clima aguantaba lo suficiente, tenía la intención de cumplir su promesa a Darcy y estar en casa para las celebraciones.

Richard desmontó, dejando el caballo en el poste de enganche y fue a tocar la puerta.

Un joven de ojos brillantes abrió la puerta. —¿Puedo ayudarle, señor?

—Soy el coronel Fitzwilliam. He enviado un expreso anunciando mi llegada. Necesito hablar rápidamente con el teniente George Wickham.

—Sí, señor. Por favor, pase y espérelo en la oficina del capitán Forster, se encuentra fuera por esta semana. Le traeré al teniente Wickham—. El joven teniente se inclinó. El coronel Fitzwilliam fue conducido a una pequeña y pintoresca oficina.

—Fitzwilliam, eres tú. Esto es algo inesperado.

Al percibir el comportamiento cauteloso de Wickham, Richard intento esbozar una sonrisa tranquilizadora. —Sí, bueno, necesito unas palabras breves contigo. Para aclarar algo.

En todo caso, Wickham parecía más receloso. —¿Por qué no entras? Podemos hablar en el salón, delante de todos.

—No estoy aquí por venganza, George. Si eso quisiera, ya lo habría hecho hace tiempo.

—Si no es en nombre de Georgiana, entonces ¿de qué es?

—Una mujer apareció en Pemberley. Se trata de tu media hermana, la señorita Penfellow. Afirma que su hermano la está obligando a casarse. — Richard intentaba mantener su tono afable, pero si resultaba que Wickham era realmente el hermano que estaba coaccionando a la señorita Penfellow, esa afabilidad se desvanecería.

Y si ella estaba mintiendo... ¿si realmente estaba casada y simplemente era una oportunista que esperaba la ocasión de beneficiarse de la hospitalidad de Darcy? ¿O si estaba aliada con Wickham para obtener algún beneficio? Richard no sabía qué haría. Su mente se negaba a continuar con cualquiera de esas posibilidades.

Wickham hizo una mueca de disgusto. —¿Y Darcy quiere saber si ella se refiere a mí? ¿Si la estoy obligando a casarse?

—No. Simplemente deseo saber si tienes alguna información sobre el asunto.

—Si quieres saberlo, tengo una carta aquí en alguna parte— Palmeó varios bolsillos y luego sacó una hoja muy doblada.

Richard la tomó, medio con esperanza y medio con miedo. La desdobló para leerla:

Querido señor Wickham,

Usted no me conoce, pero soy su hermana, a través de su padre. Mi madre murió dejándome bajo su tutela, pero en ausencia de su llegada, estoy bajo la tutela de mi otro hermano, el señor Roger Penfellow. El deseo de Roger es obligarme a casarme con uno de sus conocidos antes de mi vigésimo primer cumpleaños, momento en el que heredaré la suma que me dejó nuestro padre, el señor Wickham. No deseo casarme con el caballero, pero me temo que Roger estará muy decidido. No sé por cuánto tiempo podré resistirlo, especialmente porque sus métodos serán cada vez menos agradables a medida que se acerque mi cumpleaños. Le ruego que me ayude.

Atentamente, su hermana, Gwen Penfellow

Richard volvió a doblar la carta y levantó la vista. —¿Recibiste esto y no hiciste nada?

Wickham se encogió de hombros. —Todavía no me he decidido. Me parece que es una especie de estafa, ahora que tengo dinero de mi matrimonio. Alguien que quiere aprovecharse.

—¿Cuándo fue que recibiste esta carta?

—Hace ya casi dos semanas.

Richard reprimió una oleada de ira. En lo que se refería a Wickham, la emoción nunca hacía ningún bien. —¿Acaso estabas al tanto de que tienes una hermana?

Se encogió de hombros, como si dijera: “¿Por qué debería importarme?” —Mi padre mencionó a Gwen una o dos veces. Puede que me haya instado a buscarla y cuidarla. Ya sabes lo sentimentales que se ponen los hombres cuando se acercan a la muerte, incluso por sus golpes—. Wickham frunció el ceño. —No dijo nada de darle dinero.

Richard se metió la nota en el bolsillo, debatiéndose entre la euforia de que Gwen pudiera estar diciendo la verdad y el enfado con Wickham. —Gracias por tu tiempo. No te retendré más.

Wickham lo observó montar, con expresión pensativa, y luego dijo: —Fitzwilliam, si hay dinero, creo que yo debería tener algo de él.

Richard miró a Wickham, sin molestarse en ocultar su desprecio por la idea, hasta que el otro hombre apartó la mirada. —Que tengas una feliz Navidad, George—. Hizo girar a su caballo y volvió a bajar por el camino.

CAPÍTULO SIETE

Exhausto, congelado y habiendo devuelto cada uno de los corceles prestados en el camino de regreso hasta que volvió a montar en el que había partido, Richard llegó a Pemberley a tiempo para la misa final del veinticuatro de diciembre, aunque no lo suficientemente temprano como para cenar con la familia. Desmontó ante la gran escalinata, la fachada de la entrada principal resplandeciente con la luz de los faroles, y aseguró su caballo a un poste de enganche para esperar a un mozo de cuadra. La puerta principal se abrió de golpe, atrayendo su mirada hacia arriba. Elizabeth y Georgiana bajaron corriendo a través de la nieve que caía suavemente para recibirlo.

—¡Richard! —gritó Georgiana. —Ella se ha ido.

Él las miró fijamente, con la mente casi tan adormecida como sus dedos. —¿Se ha ido?

—Después de que te fuiste, apareció el señor Penfellow, con el odioso señor Careworth, quien es un abogado. Traía consigo una supuesta licencia especial, y un sacerdote vino con ellos— contestó Elizabeth.

—¿Qué? —jadeó Richard, maldiciendo la nieve continua que lo había retrasado. —¿Darcy dejó que se la llevaran?

—Desde luego que no —respondió Elizabeth con un toque de indignación.

—Pero les impidió que se quedaran con su dinero —dijo Georgiana, apartando un copo de la nieve que se posó en sus pestañas. —Aunque Darcy no le creyó a la señorita Penfellow, le

pidió a su hombre que impidiera que ellos obtuvieran su dinero con el argumento de que aún no se había celebrado el matrimonio.

Elizabeth asintió. —Que es como supieron que ella estaba aquí.

—Y dijeron que no podíamos alejarla de su hermano, porque él es su tutor legal hasta su cumpleaños mañana. Volvió con los agentes a buscarla hoy, pero ella se había ido. El señor Penfellow no nos creyó. Ha dicho que presentará cargos contra mi hermano.

Richard miró de un lado a otro. —Pero si Darcy no la entregó a ellos, ¿cómo es que ella se ha ido?

—Anoche se escabulló por la ventana —explicó Georgiana con leve asombro.

—Se llevó una cobija—. Elizabeth le ofreció una página. —Y te dejó una nota.

Richard tomó el papel doblado, vio su nombre escrito con una letra suave y fluida que coincidía con la carta de Wickham, pero sus manos entumecidas y enguantadas no lograron desplegarlo.

—Dice que lo siente mucho y que nunca quiso mentirte ni hacerte daño, y que se ha marchado para no estropear nuestra Navidad —dijo Georgiana.

Richard se volvió hacia ella sorprendido.

—No estaba sellado —murmuró ella, dejando caer la mirada.

Richard observó hacia la nieve que caía, inhalando un aire teñido de frío. —Debemos organizar una búsqueda.

—Darcy ya lo hizo, durante gran parte de la mañana —le aseguró Elizabeth. —Siguieron sus huellas desde debajo de la ventana, pero una vez que llegaron a la calzada, ésta estaba demasiado transitada como para continuar distinguiéndolas.

Georgiana añadió: —Y Fitz envió hombres a preguntar en Lambton y en la posta y, bueno, en todas partes.

Con ojos oscuros, Elizabeth dijo: —Esperábamos que supieras dónde está.

—No lo sé—. Richard puso en marcha su agotada mente. Una vez que hubiera llegado a la calzada, podría ir a cualquier parte. Necesitaba evadir las maquinaciones de su hermano sólo un poco más, hasta la medianoche. Entonces, ¿regresaría? ¿Se atrevería a volver pronto, cuando era evidente que su hermano estaba dispuesto a mentir para conseguir el dinero? Falsificar la fecha de la boda sería el menor de sus pecados.

Además, estaba oscuro y hacía mucho frío, demasiado para alguien que sólo llevaba una capa y una cobija. Incluso si ella planeaba volver pronto, Richard quería encontrarla ahora. No le gustaba la idea de verla en una noche de invierno en algún lugar, sola y con frío.

Una sensación de inspiración lo recorrió, calentando incluso las puntas de los dedos. —Creo que sé dónde está.

Guardó la nota de Gwen y se dirigió a su caballo. Tiró de las riendas sueltas y se subió a la silla de montar. La bestia brincó, vigorizada por la misma energía que rebotaba en él.

—Richard —llamó Elizabeth antes de que él pudiera girar. — Pronto saldremos para la misa. ¿Estarán los dos aquí para cuando volvamos?

Él se detuvo, con las manos y los talones preparados para dar la orden. —Si Dios quiere.

—¿La amas? —preguntó Georgiana.

Richard no pudo evitar esbozar una sonrisa. —La amo — respondió y le hizo una señal a su caballo para que corriera.

CAPÍTULO OCHO

A pesar de la nieve que caía suavemente, los caminos estaban bien despejados y transitados, pero Richard no necesitaba de huellas para guiarse. El trayecto hasta el lugar de la pelea de bolas de nieve le llevó poco tiempo. Allí, Richard instó a su montura a salir de la calzada principal y bajar por el camino lleno de baches y nieve hasta la pequeña casa de campo que él y la señorita Penfellow habían visto días atrás, cuando habían llevado las canastas a los arrendatarios de Darcy.

Me quedé pensando en lo espléndido que sería esconderse en una casita tan encantadora, con el mundo frío fuera pero con un fuego dentro... El coronel recordó sus palabras, con el corazón a punto de estallar. —Ella debe estar ahí. Sino, ¿a dónde más iría?

No había humo saliendo de la chimenea. Ninguna luz brillaba en las ventanas salpicadas de nieve. Pero cuando llegó a la entrada y saltó de la silla de montar, encontró huellas, apenas

discernibles a la luz de la luna que se filtraba a través de la nieve a la deriva.

Empujó la puerta y llamó: —¿Señorita Penfellow? ¿Gwen? Soy Richard.

—¿Richard? —exclamó ella, precipitándose hacia la luz de la luna que se colaba por la puerta, con una cobija sobre sus hombros. —Has vuelto.

—¿No creías que lo haría?

Ella sacudió la cabeza, con su cabello negro cayendo largo y liso una vez más. —No estaba segura de cuándo volverías. Oh, Richard, no era mi intención causar tantos problemas. Simplemente deseaba un lugar donde esconderme de mi hermano, y mi padre siempre hablaba muy bien de la generosidad del señor Darcy.

Richard le extendió una mano. —Una generosidad que está de nuevo abierta a ti, y que nunca debió ser retirada.

—Nunca lo fue. No del todo. El señor Darcy ha sido muy amable. De los gritos de mi hermano deduje que él les impidió obtener mis fondos, y si hubiera sabido que el nombre Wickham era tan despreciado, ciertamente habría confesado esa relación antes.

Lo cual habría hecho más daño que bien, apostó Richard, deseando que él hubiera pensado en asegurar sus fondos. Podía confiar en que Darcy siguiera siendo práctico durante una crisis, como debería haberlo hecho Richard con toda su experiencia

y entrenamiento. Pero se precipitó tras Wickham y su prueba, pensando únicamente en Gwen y en su corazón.

Dio un paso hacia adelante, con la mano aun tendida.
—Vuelve conmigo ahora. No puedes quedarte aquí en el frío.

Ella miró desde la mano que le ofrecía hasta sus ojos, los suyos de un gris luminoso a la luz de la luna. —¿Por qué te fuiste?

—Me fui para limpiar tu nombre. Para buscar a George Wickham y descubrir si realmente te estaba presionando para que te casaras en contra de tu voluntad.

—Simplemente podrías haberme creído.

Richard hizo una mueca. —Lo deseaba. De verdad, pero ya nos habías engañado una vez y, bueno, tu relación con Wickham no te da mucho crédito.

—Ni siquiera he conocido al caballero.

—Lo sé. Por favor, toma mi mano —la instó en silencio. —Lo siento. No volveré a dudar de ti.

Ella sonrió, con una expresión tan suave que le llegó al corazón. —Me atrevo a decir que eso no es cierto. Sería mucho pedir a lo largo de los años que no volvieras a dudar de mí. Tal vez, en el futuro, lo guardes para las cosas pequeñas.

—¿Con los años? —Su corazón se estrechó. —¿En el futuro?

Las mejillas de Gwen se colorearon con un rubor tan oscuro que ni el manto de la noche pudo ocultar, pero no bajó la mirada.
—Eso es, si quieres proponerme matrimonio después de besarme.

—Pretendo proponerte matrimonio primero—. Quería que las palabras fueran robustas, una declaración, pero le salieron bajas y suplicantes. —Cásate conmigo, Gwen Penfellow. Eres la dueña de mi corazón desde el momento en que entré en el estudio de mi primo y te vi.

Ella puso su mano en la de él. —Y tú del mío. Vine a Pemberley para evitar el matrimonio, no para encontrarlo, pero ¿cómo iba a saber que en aquellos muros sagrados estarías tú?

Richard la envolvió en su abrazo, sin sentir un rastro del frío invernal.

CAPÍTULO NUEVE

Cabalgaron por el sendero que conducía a Pemberley con mucha más lentitud que la última vez que Richard lo había recorrido; teniendo a Gwen delante de él en la silla de montar, envuelta en sus brazos, cálida y resplandeciente. Richard sonrió, anticipando el feliz recibimiento que tendrían, Gwen acogida y cuidada como debía ser. Sentada en una silla ante un cálido fuego, tomando un té enriquecido con mermelada y brandy, y un poco de pastel de carne picada de la señora Reynolds, para recuperarse. Alegría y risas, y todos los niños aún despiertos, ya que se les permitía permanecer despiertos para la misa de Navidad, y todos regresarían pronto.

En el valle de abajo, sonaban las campanas de la iglesia de Lambton, puras y festivas en la noche. Richard abrazó a Gwen y se inclinó hacia delante para susurrarle al oído: —Son las doce. Muchas felicidades en tu cumpleaños—. Contra la comisura de la

boca, sintió que la mejilla de ella se redondeaba en una sonrisa y la besó.

Cabalgaron con total felicidad, mientras Richard se preguntaba si su ritmo lento significaba que los feligreses que regresaban los alcanzarían, y doblaron por el camino de Pemberley. Finalmente, tomaron la última curva y la gran mansión se extendió ante ellos. Él notó, como no había sido capaz de hacerlo antes, que además de los faroles que adornaban la gran entrada principal, había velas que brillaban en todas las ventanas, parpadeando sobre los alféizares cargados de nieve.

El aspecto de Pemberley, ahora más encantador que nunca, le hizo recordar a la casa de su infancia, la residencia campestre del conde de Matlock, y la vasta propiedad de su tía Catherine. Se le ocurrió preguntarse en qué lugar residirían él y Gwen una vez que se casaran. Con un leve sobresalto, se dio cuenta de que, a diferencia de lo que ocurría con todas las demás mujeres que le habían llamado la atención, simplemente no podía importarle. Serían felices dondequiera que fueran, ya fuera una mansión o una casa de campo.

—Te dije que si esperábamos lo suficiente, ella aparecería aquí —dijo una voz engreída.

Richard, con su alegría disipada, giró la cabeza para ver a un tipo alto y de cabello oscuro que les apuntaba con una pistola de doble cañón. Un hombre más bajo estaba a su lado, con el cabello rubio oscuro pegado a la cabeza, y un cura de aspecto afligido se estremecía en su túnica unos pasos más atrás.

—Roger —dijo Gwen en un jadeo.

—Bájate de ese caballo, Gwen, y firma estos papeles mientras el cura observa.

Estando contra el pecho de Richard, la columna vertebral de la joven se puso rígida. —No haré tal cosa. Habrás oído las campanas de la iglesia. Ya no tienes ninguna autoridad sobre mí.

—Sólo nosotros cuatro sabemos que aún no has firmado.

—Estoy contando a cinco personas aquí —dijo Richard con suavidad, maldiciendo interiormente que ni siquiera había considerado llevar su pistola.

Roger Penfellow se burló. —Pronto serán cuatro. Ahora baja Gwen, o puede que no le dé a tu amante con mi primer disparo y te lastime.

—Y no te preocupes, mi dulzura, por siete mil libras estoy dispuesto a pasar por alto que seas una mercancía evidentemente estropeada —añadió el hombre grasiento.

En el camino, Richard oyó el ruido de las ruedas de los carroajes. Ni Roger Penfellow ni el hombre que supuso que era el señor Careworth parecieron darse cuenta, pero el cura miró hacia esa dirección, con los hombros caídos en señal de alivio, aunque Richard dudaba de que pudiera ver algo todavía en la curva del camino.

—No soy una mercancía estropeada ni estoy dispuesta a ser su esposa, señor Careworth —señaló Gwen.

—Eso ya lo veremos —gruñó Penfellow, subiendo la otra mano para unirse a la primera en el agarre de la pistola, con la mira puesta en la cabeza de Richard. —Desmonta o dispararé.

—Todo irá bien —murmuró Richard al oído de Gwen. —Deja que te ayude a bajar—. Le rozó un beso en la mejilla. —No dudes de mí.

—He dicho que te bajes.

—Ya vamos, Roger —espetó Gwen.

Richard la ayudó a deslizarse hacia abajo y luego balanceó una pierna para unirse a ella. —Ya está. ¿Feliz?

—Estaré feliz cuando mi hermana firme. Careworth, la licencia.

El señor Careworth sacó una hoja doblada de su bolsillo y luego rebuscó en otro para sacar un pequeño frasco con tapón.

Antes de que pudiera encontrar la pluma, Richard se adelantó, colocando su cuerpo entre el arma y Gwen. —No creo que ella vaya a firmar. Más bien, creo que ustedes dos van a ser acusados de secuestro, intento de asesinato, falsificación y allanamiento.

Penfellow se rio. —Tiene muy buena opinión de sus habilidades, señor.

—De hecho, así es, pero también tengo un buen concepto de mi primo y de su personal.

El estruendo de las ruedas del carroaje aumentó de volumen. Penfellow, que estaba mirando con el cañón de su arma a Richard, no parecía oírlo, pero Careworth tiró de su manga, tratando de llamar su atención. Penfellow le dirigió una mirada molesta. El primer carroaje, ya que Richard consideró que serían dos, dobló la esquina.

Penfellow se dio la vuelta, dirigiendo ahora su pistola hacia el transporte de Darcy. El cochero lanzó un grito de alarma y detuvo su carro. Detrás de él y de Gwen, el caballo de Richard dio un paso nervioso.

—Ya ve, Penfellow —dijo Richard con la misma voz suave. —Ahora hay mucho más que cinco personas aquí, y usted tiene sólo dos disparos en esa pistola. Creo que eso pone las probabilidades más a mi favor.

En lo alto del camino, las puertas de Pemberley se abrieron. Stevens y varios lacayos salieron, señalando y charlando. Careworth miró hacia allá y volvió a tirar de la manga de Penfellow.

—Creo que los tenemos rodeados —señaló Richard mientras el segundo carro se detenía detrás del primero.

Se abrió una puerta del primero y Darcy salió. —¿Qué está ocurriendo aquí?

—El señor Penfellow estaba a punto de colocar su pistola en el camino y de permitir que Stevens y sus lacayos se encarguen de él y del señor Careworth —contestó Richard, levantando ligeramente la voz mientras el mayordomo y los lacayos bajaban por el camino.

Penfellow miró fijamente a Richard. La nieve caía. Stevens y los lacayos llegaron hasta ellos y se colocaron en una formación casi militar.

Penfellow soltó un juramento y dejó la pistola. Richard se adelantó para reclamarla, sin perder de vista al hosco caballero mientras lo hacía. Retrocediendo, vació rápidamente la pólvora.

—Stevens —dijo Darcy.

Esa palabra fue todo lo que el leal mayordomo necesitó para que él y el lacayo se pusieran en marcha. Rápidamente aseguraron al hermano de Gwen, al antiguo y falso esposo, y al cura, aunque Richard sospechaba que éste último pronto sería libre de irse, ya que su falta de túnica y su conducta apresurada ya hablaban de su inocencia.

Richard se giró hacia Gwen y ella le rodeó el cuello con los brazos, sonriendo. —Me has salvado.

—Siempre lo haré—respondió él, y la conmoción que los rodeaba se desvaneció en la nada mientras la miraba a los ojos.

—¿Y de verdad deseas casarte conmigo, incluso después de que uno de mis hermanos te apuntara con una pistola y sabiendo que el otro es un Wickham?

—Con todo mi corazón.

—Nunca tendrá un mejor cumpleaños, ni uno más emocionante.

—Podemos esperar que no sea más emocionante, pero me esforzaré para que cada año sea mejor —dijo él, y no pudo evitar besarla. Tampoco pudo evitar añadir, cuando levantó la cabeza: —Admito que me sorprende que el viejo señor Wickham te haya dejado siete mil libras. Todos pensábamos que había gastado ese dinero en su esposa.

Con los brazos todavía alrededor de su cuello, Gwen inclinó la cabeza hacia un lado. —¿Siete mil? Eso era sólo la mitad que

Careworth esperaba conservar—. Ella sonrió. —Pediste mi mano dos veces sin siquiera preguntar por mi dote.

—Porque la oportunidad de hacer que cada Navidad contigo sea más maravillosa que la anterior es toda la dote que necesito.

FIN

Sobre la autora

Summer Hanford es una autora de romances históricos dulces y llenos de aventuras, variaciones de *Orgullo y prejuicio* y de fantasía épica. Vive en la región de Finger Lakes, en Nueva York, con su marido y sus gatos, que son deliberadamente mimados. La última incorporación a su hogar, una enérgica mezcla de setter y pastor, aún no es apreciado por los gatos, pero es muy querido por los humanos. Para saber más sobre Summer, visita:

www.summerhanford.com

Facebook: [fb.com/AuthorSummerHanford](https://www.facebook.com/AuthorSummerHanford)

Twitter: [@SummerHanford](https://twitter.com/SummerHanford)

Instagram: [@summerhanford](https://www.instagram.com/summerhanford)

TikTok: [@summerhanford](https://www.tiktok.com/@summerhanford)

Cartas de Navidad

por Jeanette Watts

Mi querida señorita Fairfax,

Parece que ha transcurrido tan poco tiempo desde la última vez que la miré a los ojos, pero me estoy marchitando absolutamente por la falta de verlos.

Cuando le propuse matrimonio en Weymouth, le juro que pensaba que no me llevaría mucho tiempo convencer a mi tía de que el matrimonio era una petición perfectamente razonable por mi parte. Creo que estaba haciendo algunos progresos en nuestro favor.

Pero la salud de mi tía ha empeorado.

Usted sabía que su salud no era buena, razón por la cual estuvimos incluso en Weymouth para encontrarnos con usted en primer lugar. Los baños de agua salada caliente fueron más calmantes que vigorizantes para ella, pero le confieso que creo que una vez que nos fuimos, se recuperó admirablemente durante un tiempo.

Eso fue cuando yo estaba haciendo mi mejor discurso, ¡y estoy seguro de que se hicieron progresos!

Pero me temo que no duró mucho. ¡Últimamente tiene un carácter tan temible que mi tío se ha pasado días escondiéndose de ella!

Como estoy más decidido que mi tío a ponerla de buen humor, le he leído hasta que me ha gritado que dejara de hacerlo y la dejara en

paz, le he cantado hasta que mi voz estaba demasiado cansada para entonar una melodía, le he traído sus chales, pero no los quiso, le he traído los perros, he sacado a los perros de la habitación, y la he atendido de todas las maneras que se me han ocurrido.

Hay días en los que temo que esté lo suficientemente enferma como para no tener la energía necesaria para tenerme en la habitación. Otros días no tiene la energía necesaria para evitar que yo esté en la habitación.

Es un acto de equilibrio de gran delicadeza, y algunos días, una batalla de voluntades; ella quiere hablar de sí misma y de sus diversos males y dolores, mientras que yo quiero hablar de mí y de mis diversas esperanzas y sueños.

Tenga paciencia y tenga fe en mí, mi dulce ángel. Venceré y saldré victorioso. He visto a mi tía pasar por peores momentos. Tarde o temprano esto pasará, y ella sonreirá ante mis travesuras a su antigua manera, y entonces me arrojaré a su merced y le suplicaré que la reciba a usted.

Es mucho esperar, ya que no queda mucho tiempo, pero tengo el sueño de poder mandarla a buscarla para que usted se una a nosotros en Navidad.

Mantente firme, mi paciente querida,

F.C. Weston Churchill

Muy querido señor Churchill,

Lamento escuchar el estado de salud de su tía. Parecen ser momentos difíciles para todos en su casa. ¡La mala salud es una adversidad!

Confieso que tuve que reírme con su descripción de su pobre tío escondiéndose de su tía mientras ella estaba de mal humor. Me hizo pensar en un gato, como los que tienden a esconderse debajo de un sofá cuando hay personas presentes con las que no están familiarizados. La desafortunada imagen llenó mi cabeza de su tío en el suelo, encogiéndose para caber debajo del sofá.

Mi propia salud se ha mostrado un poco frágil desde que nos separamos. Sigo teniendo dolores de cabeza, como me dijo el médico de Weymouth. Espero ser menos problemática para todos los que me rodean de lo que su tía ha sido para usted y su tío.

Confieso que hay días en los que ciertamente quiero gritar a todos los que me atienden, así que me solidarizo totalmente con su tía. Mi tía Bates tiene buenas intenciones, pero puede ser una calvario. Me duele la cabeza, así que su cura es revolotear sobre mí, retorciéndose las manos y hablando de todos los remedios para el dolor de cabeza de los que ha oído hablar. Juro que puede hablar durante horas sin siquiera detenerse a respirar.

Me encanta su confianza de poder ir con usted a Enscombe por Navidad. Pero, como dice, el tiempo se acorta rápidamente. No guardo la esperanza de un desenlace tan feliz. De este modo, no me sentiré decepcionada si no ocurre, y seré la receptora de una emocionante sorpresa si recibiera una invitación navideña de sus tíos.

En el caso de que se produzca este feliz acontecimiento, mi maleta está lista para ser empacada a toda prisa.

Tanto si lo veo como si no para las fiestas, no cambiará en lo más mínimo lo que siento por usted.

Siempre suya

J. Fairfax

§

Mi querida señorita Fairfax,

Anoche me vi obligado a ir a una reunión previa a las festividades. Hubo baile, cantos y alegría, y todo lo que pude pensar en todo momento es lo mucho que usted lo habría disfrutado.

Si tuvo problemas para dormir anoche, estoy seguro de que fue porque su espíritu me ha acosado toda la noche. Imaginé que usted elegía el Vals del Duque de Kent cuando encabezábamos un baile juntos. Vi cómo sus dedos volaban sobre las teclas cuando tomaba un turno en el pianoforte para que la compañía reunida pudiera bailar. Pude ver cómo sus ojos me sonreían desde el otro lado de la mesa de la cena.

Incluso el viaje en carruaje a casa anoche estuvo lleno de pensamientos sobre usted. Nevó mientras estábamos dentro, pero cuando volvía a casa el cielo se había despejado y la luna lo convertía todo en un reluciente país de las hadas. Sé que Spenser no mencionó la nieve

en su poema, pero esto es claramente un olvido por su parte. Y aquí estaba yo, en el país de las hadas, pero usted, mi Titania, ¡no estaba aquí para adornarlo!

Cada día sin usted es más arduo que el anterior. A medida que la Navidad se acerca más y más, siento su ausencia más y más fuerte. Tal vez suene extraño, ya que usted no ha estado nunca aquí en Yorkshire. La ausencia no está en el campo, ni en esta casa; está en mi espíritu. Puedo llevarla en mi corazón, pero mi espíritu está sufriendo por la falta de alimento que recibe al verla.

Sólo puedo esperar que su sufrimiento no sea tan agudo como el mío, pues por nada del mundo le haría sufrir así.

Suyo en cuerpo y alma,

F.C. Weston Churchill

§

Muy querido señor Churchill,

Por desgracia, mientras usted intentaba alegrarse de las fiestas, yo hacía lo mismo. Mi abuela, mi tía y yo fuimos invitadas a una reunión en casa de uno de los vecinos, y yo también bailé sin que pudiera bailar con usted, y toqué música sin que usted pasara las páginas, y miré a través de las habitaciones sin que sus ojos estuvieran al otro lado para sonreírme.

Imagino que esta reunión era mucho más pequeña que la suya; no era tanto un baile como una agradable diversión nocturna con música,

té y conversación, y un poco de baile. Las señoritas Cox adoran bailar, y como era su casa, era natural acceder a sus peticiones de unos cuantos bailes.

Me pidieron que tocara el pianoforte para acompañar algunos villancicos de antaño, y todo lo que pude escuchar fue su voz cantando “Here We Come A-Wassailing” y “The Twelve Days of Christmas”. Estoy convencida de que usted y yo habríamos ofrecido a la compañía reunida una interpretación de “Green Groweth the Holly” que habría sido muy apreciada. Todo lo que pude pensar del resto de la noche, y todo el camino a casa, fue lo mucho que extraño el sonido de su voz.

¡Hay muchas maneras de añorar su voz! Está la forma en que nuestras voces se mezclan tan bien cuando cantamos juntos, pero también está el sonido de su voz cuando entra en una habitación y saluda a todos con su don especial para decir siempre lo correcto. Echo de menos el sonido de su risa. Especialmente añoro el sonido de su voz cuando la deja caer a poco más que un susurro para decir cosas sólo destinadas a mis oídos.

Por muy cansados que estén mis oídos de todas las palabras que reciben de mi tía a lo largo del día, ¡escucharían ansiosamente cualquier palabra que saliera de sus labios!

Suya muy devotamente,

J. Fairfax

Mi querida señorita Fairfax,

Le he fallado.

Escribo esta carta en el último momento, en el último correo, en el último día, cuando posiblemente podría haberle enviado una invitación para venir a Ensccombe a pasar la Navidad. Desde aquí en adelante, no hay tiempo suficiente para que una invitación viaje de aquí a allá, y para que usted viaje de allá a acá.

Lo siento mucho, mucho, mucho, mi amor. Tenía toda la confianza en que mi tía se recuperaría a estas alturas, y podría pasar la Navidad contemplando sus ojos.

Simplemente no hay suficientes palabras en el idioma para expresar mi desconsuelo. Usted se merece algo mejor. Juro que hice todo lo posible. Mi tía simplemente no estaba en condiciones de escuchar, y no puedo culparla. Es difícil querer aparentar interés en escuchar a los demás cuando uno está enfermo y se siente miserable.

Perdóneme, mi querida. Sé que USTED no esperaba compartir la Navidad conmigo, pero yo sí. En cada carta que le enviaba, en cada momento que miraba a mi alrededor, la imaginaba aquí, de pie junto al fuego, sentada al pianoforte, ayudándonos a mí y a los criados a colocar el acebo, subiendo al carroaje con mis tíos para ir a la misa de Navidad.

Me doy cuenta de que no todo está perdido; aunque no pueda llevarla conmigo al baile en una propiedad vecina, aún puedo ocuparme de que la traigan aquí antes de la Noche de Reyes. Son sobre todo mis propias ambiciones las que se ven frustradas. Quería ser yo quien le

entregara una vela en la noche de Navidad y le enviara a la cama con deseos de dulces sueños.

Eso, al menos, espero poder seguir deseando para usted, mi más dulce ángel de la Navidad.

Suyo, si todavía me desea,

F.C. Weston Churchill

§

Muy querido señor Churchill,

Creo, mi más querido, que debe perdonarse a sí mismo por ser incapaz de promulgar lo imposible. ¡Yo sí que le perdono! Lo que usted esperaba lograr tal vez no era imposible, pero debe admitir que era al menos altamente improbable, dados los obstáculos que enfrentaba.

Siento mucha simpatía por su pobre tía. Sé lo difícil que es tener paciencia y estar atento a los problemas de los demás cuando uno no se siente bien. Ya le he confesado antes que, cuando me duele la cabeza, me resulta muy difícil ser paciente con mi tía y con la gente francamente tonta de la que estoy rodeada.

He tenido tardes en las que apenas he dicho una palabra, porque me duele la cabeza por los remanentes de mi percance, me duele el corazón por estar separada de usted, y me cuesta tener paciencia con la gente insípida con sus conversaciones chismosas que me rodean.

Me siento en una silla, sujetando una copa, y rechinando los dientes mientras me contengo de muchas palabras desagradables. Vivo con cierto terror a que una de las cosas horribles que estoy pensando se escape de entre mis labios fuertemente apretados.

Tendremos el resto de nuestra vida juntos; sobreviviremos a esta prueba. Eso sólo hace más dulce la perspectiva de nuestro futuro juntos. Ya podemos empezar a planear las fiestas de fin de año que organizaremos una vez que seamos esposos y tengamos cierto control sobre nuestras vidas.

No obstante, tendré mi maleta preparada, por si acaso puede convocarme para la Noche de Reyes... por si acaso, terminaré el regalo en el que estoy trabajando para usted.

¡No, no le diré lo que es! Llévenme a Enscombe para la Noche de Reyes, y entonces podrá averiguarlo.

Suya firmemente

J. Fairfax

§

Mi muy querida señorita Fairfax,

¡Usted es mucho mejor para mí de lo que me merezco!

Me he pasado la mañana redoblando mis esfuerzos por congraciarme con mi tía hasta que me ha expulsado de su presencia. Ahora me siento en mi escritorio reconociendo la sabiduría de su paciencia.

Nadie puede empujar una cuerda. Simplemente debo esperar y dejar que la naturaleza siga su curso. Tarde o temprano mi tía estará lo suficientemente bien como para pensar en algo más que en la miseria en la que se encuentra, y entonces estará dispuesta a escuchar mientras le hablo de sus muchos encantos, y me permitirá traerla aquí como mi prometida.

Esto no significa que haya renunciado por completo a la idea de traerla aquí para la Noche de Reyes. Sólo quiero decir que seré más juicioso a la hora de buscar posibles medios para abordar el tema.

(Observe que he sido muy disciplinado, y NO le he preguntado en qué está trabajando para regalarme para la Noche de Reyes. También seré igual de disciplinado y no le diré lo que le voy a regalar...)

Aunque tengo que reconciliarme con la idea de que estemos separados durante una festividad pensada para estar juntos, no tengo por qué privarme de saber lo que está haciendo, saboreando, pensando y sintiendo. Escríbame todo. Yo haré lo mismo.

Escribo esto, mientras no hay mucho que contar todavía. Hay un gran manojo de flores cerca de la puerta donde los sirvientes llevan las entregas; mañana toda la casa estará cubierta de acebo, hiedra y otras ramas de hoja perenne.

Pienso en usted en cada momento, en cada minuto, en cada día,

F.C. Weston Churchill

Muy querido señor Churchill,

Trate de ser paciente y amable con su tía, y yo trataré de ser paciente y amable con la mía. Ambas son una prueba para nosotros en sus formas singulares. Pero es Navidad, y se supone que debemos pensar con caridad en nuestros semejantes.

Hablando de caridad, los vecinos de mi tía y mi abuela aquí en Highbury han sido extremadamente caritativos. Hemos recibido tarros de conservas, jamones y todo tipo de alimentos; ¡es bastante sorprendente! Se lo debo a mi abuelo. Fue vicario aquí durante muchos años. Nunca lo conocí, pero creo que era un hombre amable y muy respetado. Sus buenas obras han sido recordadas durante todo este tiempo, y la gente todavía se ocupa de su viuda y de su hija. Y, por supuesto, de su nieta, ya que estoy aquí.

Al menos no es tan extraño, estar aquí durante las festividades. Después de irme a vivir con los Campbell, no pocas veces venía a Highbury de visita por Navidad. Lamentaba no poder pasar el tiempo con los Campbell (¡que sobresalen en el arte de la alegría y el buen compañerismo!), pero, por supuesto, debía cumplir con mi deber para con mi familia.

Sé que usted sabe exactamente lo que es tener lealtades divididas: está la familia en la que se nace, y luego la familia que lo ha criado. Es una de las muchas cosas que nos hacen tan afines el uno al otro. Nos entendemos perfectamente gracias a nuestras situaciones similares.

Comprenda que pienso en usted tan a menudo como usted piensa en mí,

J. Fairfax

Mi queridísima señorita Fairfax,

Bueno, es tarde en la víspera de Navidad, o tal vez debería decir que ahora es muy temprano en la mañana de Navidad. Debería irme a la cama, pero no puedo aquietarme para dormir hasta que no me haya sentado a escribirle.

Acompañé a mi tío a una reunión en la propiedad de nuestro vecino; mi tía declinó acompañarnos, pero insistió en que no descuidáramos a nuestros vecinos en su nombre. Ella se quedó en casa atendida por una amiga, mientras mi tío y yo fuimos a festejar.

Al menos, yo intenté ser tan alegre como pude. El tío Churchill está, como es lógico, bastante preocupado, así que me esforcé en mostrarme alegre y distraerlo en todo momento. Incluso lo hice bailar un poco cuando se requería bailar. Protestó porque podría parecer indecoroso, pero le indiqué que las damas eran mucho más numerosas que los caballeros, así que era su deber para con su anfitriona bailar con ella. Me alegró el corazón verlo pasearse por el centro de la fila, sonriendo.

El dolor de estar separado de usted en este momento es grande, pero sobreviviré a esto, aunque sólo sea porque sé que usted cuenta con que lo haga. Si esto me matara, no viviría para poder verla a mi lado en el altar algún día. Nuestro amor es más fuerte que cualquier obstáculo que la vida pueda poner en nuestro camino. Podemos soportar esta separación. Ya que no he conseguido una invitación para Enscombe, me embarcaré en mi plan original de ir a Highbury a visitar a mi padre y a su esposa.

Su observación sobre la familia y las lealtades divididas es tan cierta.

No he sido tan diligente a la hora de presentar mis respetos a mi padre como usted lo ha sido en el cumplimiento de sus obligaciones con su tía y su abuela. En algún lugar de la inmensidad de las palabras se encuentran los términos que me liberarán de mi deber con mi tía el tiempo suficiente para cumplir con mi padre, lo que me pondrá a un paso de su puerta.

Feliz Navidad, mi amor. Juro que la veré pronto.

Su fiel y devoto

F.C. Weston Churchill

§

Mi bien amado señor Churchill,

Es la mañana de Navidad, y ni mi tía ni mi abuela se han levantado aún de sus camas. Me alegra el momento de tranquilidad para pasar un rato a solas con usted. Al menos, tan a solas con usted como la pluma y la tinta puedan representar el estar a su lado, escuchar su voz, ver sus ojos, tocar su mano, sentir el calor de su sonrisa bañando mi ser.

La angustia de estar tan lejos se hace menos aguda cuando imagino lo que está haciendo en este momento. Tal vez aún esté durmiendo después de que su familia organizara una cena anoche. Tal vez esté despierto tan temprano como yo y ya esté mirando a su plato de desayuno.

No importa lo que esté haciendo, sé que está pensando en mí. Incluso si está dormido. Porque si es así, entonces está soñando conmigo, lo que no deja de ser una forma de pensar en mí. Saber que usted está es el sustento que enciende mi espíritu. Puedo afrontar esta Navidad sin usted, porque esta es la última vez que pasaré una Navidad sin usted.

El año que viene por estas fechas, seremos marido y mujer, y celebraremos juntos nuestras propias Navidades. Sus tíos estarán sanos y bien, y los cuatro estaremos juntos, admirando la decoración que usted ha colgado en las escaleras, o alrededor de las chimeneas, brindando por la buena salud de todos, disfrutando de la música en el pianoforte que usted dice que me está esperando.

Creo esto con todo mi corazón. Esta agonía de la separación es sólo por ahora, no para siempre. Pasaremos esta Navidad, seguros de nuestro amor mutuo y de nuestra fe en el futuro.

Feliz Navidad, mi amor, mi amigo, mi razón de vivir,

J. Fairfax

¿Quieres leer la historia completa?

Apoya a la autora y encuentra

“My Dearest Miss Fairfax:

What Jane Austen’s Emma didn’t know

disponible a la venta en Amazon.

Sobre la autora

Jeanette Watts ha escrito tres novelas inspiradas en Jane Austen, otras dos obras de ficción histórica, melodramas teatrales, anuncios de televisión y ensayos humorísticos para Kindle Vella.

Cuando no está escribiendo, está bailando, cosiendo o paseando disfrazada en un festival del Renacimiento hablando con un acento gracioso y ofreciéndose a encontrar nuevas doncellas para todas las personas que encuentra con vaqueros rotos a la moda.

Sigue a Jeanette a través de sus redes sociales y sitios oficiales:

jeanettewatts.squarespace.com

Facebook: [fb.com/JeanetteWattsAuthor](https://www.facebook.com/JeanetteWattsAuthor)

Twitter: [@jeanetteawatts](https://twitter.com/jeanetteawatts)

El día de Navidad

Un fragmento de la novela

«Desenvolviendo al señor Darcy»

por Leslie Diamond

Elizabeth se puso el último arete mientras su mirada se encontraba con los ojos dorados de su gato Grunt en el espejo. —Sé que me acurruqué contigo anoche, pero sigo enfadada contigo, ¿sabes? —Habló en lo que casi sonó como un gruñido, pero eso no intimidó en absoluto a la bola de pelo negro. En lugar de mostrarse triste como un perro, continuó sentado solemnemente sobre la almohada peluda y con la mirada fija. No le importaba que ella hubiera llegado a casa anoche después del festejo de cierre de año para encontrar su bonito árbol de Navidad desparramado de forma poco elegante sobre la mesa de centro, y que el ángel estuviera al otro lado de la habitación, tumbado de lado.

Esta mañana, después de un analgésico y una taza de café bien cargado, su cabeza no estaba tan confusa y ya no le dolía, pero su estómago seguía revuelto: iba a tener que pasar el día con William Darcy. William Darcy, su Santa Secreto en el intercambio de regalos de la oficina. William Darcy, su jefe. Además, tendría que ser amable, porque Jane no toleraría ningún tipo de sarcasmo o de antipatía en Navidad. Nadie podía ser un Scrooge frente a la siempre sonriente Jane Bennet.

Cuando salió de la habitación, el suave tintineo de la campanilla del collar de Grunt la siguió. Sacó sus botas afelpadas favoritas del armario del vestíbulo y se sentó en el sofá para ponérselas. Los Bennet nunca se vestían elegantemente para Navidad, así que hoy se vistió casual como de costumbre, aunque se puso sus mejores vaqueros y su suéter rojo favorito. No es que quisiera lucir bien para Darcy, por supuesto. Buscó su abrigo; el pequeño, negro y peludo equipo de demolición se había acomodado encima de este como si fuera su dueño.

—No me mires así. No me he puesto esto por él—. Grunt continuó mirándola fijamente. —De acuerdo, no me importa si me crees o no. Tengo que irme. Volveré más tarde, y si el árbol sigue en pie, consideraré darte una lata de atún—. Él emitió ese habitual gruñido profundo que siempre hacía cuando ella lo levantó para colocarlo en el piso. Se abrigó, se puso los guantes y la bufanda, tomó la bolsa de regalos, que por supuesto contenía dos botellas de vino, y se apresuró a salir por la puerta.

Afortunadamente, el departamento de Charlie y Jane no quedaba lejos, así que se preparó para el frío y caminó rápidamente, cruzando la calle y apurando el paso al atravesar el parque. Cuando llegó a su edificio, Charlie accionó el intercomunicador para que subiera y le abrió la puerta del departamento mientras ella se acercaba.

Él se mordió el labio inferior y se metió las manos en los bolsillos, con un aspecto muy parecido al de un cachorro que espera unos golpes con un periódico. —Llegaste a tiempo. A Jane le preocupaba que te hubieras quedado dormida—. Elizabeth

había planeado arremeter contra él y contra Jane cuando llegara, pero ¿por qué de repente ya no tenía ganas de hacerlo?

—Me las arreglé para salir de la cama esta mañana.

Él le tomó la bolsa y ella se quitó el abrigo, los guantes y la bufanda, colgándolos en los ganchos de la puerta del armario del vestíbulo. —Le dije a Jane que no te quedaste tan noche en la fiesta como para llegar tarde hoy, pero ya conoces a tu hermana, siempre se preocupa de que las cosas no sean perfectas.

—Ella siempre ha sido así. Quiere que todo el mundo sea feliz—. Lo siguió a la cocina, donde Jane estaba poniendo la cobertura de nueces confitadas en las papas dulces con su celular apoyado en la oreja.

—Sí, mamá, Lizzy va a venir hoy. ¿No te pudiste comunicar con ella para desearle Feliz Navidad esta mañana?

Elizabeth empezó a agitar las manos de un lado a otro y a mover la cabeza con locura. “¡No!” gesticuló. No se había perdido la llamada de su madre, simplemente no había contestado. Ya hablaría con su madre más tarde, cuando hubiera pasado la resaca. Atender la llamada de su madre ahora sólo la llevaría a beber más.

Cuando finalmente captó la atención de Jane, su hermana puso los ojos en blanco. —Lizzy aún no está aquí, pero le diré que te llame cuando pueda—. Jane asintió. —Bueno, no la sentaré y la obligaré a hablar contigo. Si no tienes noticias de ella para esta tarde, creo que deberías volver a marcarle. Estoy segura de que la encontrarás entonces... De acuerdo, lo haré... Sí, lo prometo... Dile a papá que lo quiero. Yo también te quiero... Adiós.

Jane dejó la espátula, colgó la llamada y resopló. —¡Elizabeth Shae Bennet! ¡No deberías evitar a nuestra madre en Navidad y lo sabes!

Charlie se rio mientras sacaba el vino de la bolsa y lo ponía sobre la isla de la cocina, besando a Jane en la mejilla antes de escabullirse a la sala de estar con los regalos.

—Jane, simplemente no pude esta mañana. Me desperté con la cabeza palpitando. Habría gritado si tuviera que escuchar más chismes sobre los vecinos de mamá y papá. No me importa si la señora Long tiene una aventura con su jardinero, o que el señor Goulding haya sido elegido alcalde de Nápoles y que su mujer haya llevado el traje más feo de la historia a su toma de posesión. Una de las muchas razones por las que no vivo en Florida es porque necesito mantener una cierta distancia con mamá o me volverá loca—. Sacudió la cabeza mientras Jane fruncía los labios en un esfuerzo por no reírse. —No estoy bromeando.

Después de cubrir el plato, Jane se limpió las manos en un paño de cocina cercano. —Sé que mamá puede ser difícil, pero deberías tener más paciencia con ella.

—Mamá puede poner a prueba la paciencia de un santo. Prometo llamarla más tarde o enviarle un mensaje.

Jane exhaló y sus hombros se relajaron al dejar salir el aire. Sí, estaba decepcionada con Elizabeth, pero no todo el mundo poseía la paciencia o la amabilidad de Jane. —Tengo todo listo. Vamos a abrir los regalos. Ya quiero que veas lo que te he comprado. Te va a encantar.

Tomó la mano de Elizabeth y la llevó hasta la espaciosa sala, donde se sentaron en el suelo junto al árbol. Charlie hizo de Santa y repartió los regalos de uno en uno, para que juntos pudieran disfrutar cómo abrían cada regalo. Jane y Elizabeth siempre habían estado buscando el regalo perfecto para sorprenderse mutuamente, así que siempre querían ver la reacción de la otra al abrir su regalo. Elizabeth no pudo evitar una sonrisa cuando Jane abrió el suéter con hombros descubiertos de cachemira color azul bígaro. Jane llevaba meses hablando sobre su deseo de tener un suéter azul, pero nunca había encontrado el adecuado. Cuando Elizabeth encontró éste en la tienda Bloomingdale's, no dudó en comprarlo. Era totalmente del estilo de Jane.

—¡Me encanta! —Jane lo apretó contra su pecho mientras abrazaba a Elizabeth. —Abre el tuyo—. Los ojos de su hermana brillaron mientras se sentaba sobre sus talones. Charlie le entregó el regalo, que era bastante grande, y Elizabeth lo acercó a su oreja mientras se afanaba en sacudir la pesada caja con suavidad.

—¡Basta, Lizzy! Quiero ver que lo abras.

Tras una rápida risita, Elizabeth dejó el regalo sobre su regazo y empezó a tirar lentamente de la cinta. Siempre sacudía el regalo que Jane le obsequiaba, y ésta nunca dejaba de responder de la misma manera. Con un largo rasgón de papel en la parte superior, Elizabeth se quedó boquiabierta al ver la imagen de la caja. Era la batidora de pedestal que había estado deseando desde hacía un año. —¿Dónde la encontraste?

—La pedí por Internet. Sé que preferías comprarla en una tienda por si había algún problema, pero sé lo mucho que la querías en color cobre.

Cada vez que estaban cerca de una tienda de artículos de cocina, arrastraba a Jane, pero o bien no tenían la batidora en color cobre, o bien se habían agotado las existencias, o bien no tenía el dinero extra. Nunca imaginó que Jane le comprara una.
—Gracias.

Charlie se rio. —Sabes que sólo la compró para que hornees algo para Año Nuevo. ¿Te ha contado lo del pastel de cerezas que intentó hacer la semana pasada? —Se agachó para esquivar el montón de papel de envoltura que Jane le lanzó a la cabeza. Su hermana era una excelente cocinera, pero, sin importar cuánto se esforzara, siempre arruinaba los postres. Elizabeth había traído una tarta de manzana con arándanos y otra de nueces al Bourbon para Charlie en Nochebuena.

—No me importa hornear. Ya lo sabes—. Abrazó a Jane y se sentó. —¿Eso es todo?“ Colocó la batidora a su lado y, cuando se giró, tenía delante un paquete que le resultaba familiar, con sus números plateados y brillantes guiñándole el ojo. ¡Oh, no!

—No sé por qué está aquí eso, pero le dije a Darcy que no podía aceptarlo—. Ella no lo había notado antes a causa de la resaca, pero ¿dónde estaba Darcy? —Y de todos modos, ¿a qué horas va a venir?

Jane se aclaró la garganta y le tomó la mano. —Lizzy, él no vendrá.

—¿No iba a venir? —Sí, va a venir. Me dijiste que sí, y él lo confirmó anoche.

—No sé qué fue lo que le dijiste después de descubrir que es tu amigo secreto en el intercambio de regalos de la oficina —dijo Charlie —, pero se acercó a mí y me dio tu último regalo. Dijo que no quería incomodarte en Navidad.

Elizabeth tragó saliva en un intento de aflojar el nudo que se le formó en la garganta. —¿Tenía otro lugar al que ir?

—No lo creo—. Jane recogió los trozos de papel que la rodeaban y empezó a meterlos en una bolsa cercana. —Su hermana está...

—En Maine, con su novio y su familia—. Una parte de ella quería meterse en un agujero y esconderse. Por su culpa, él iba a pasar el día de Navidad solo.

Una vez recogida la mayor parte del desorden, su hermana tomó el regalo de las manos de Charlie y lo colocó en el regazo de Elizabeth. —Sé por qué te incomoda aceptar regalos onerosos, pero he llegado a conocer un poco a William desde que empecé a salir con Charlie. En algunos aspectos, se parece mucho a mí. No es extrovertido. De hecho, es muy reservado. También he visto la diferencia entre cómo se comporta en público comparado a cuando está con un pequeño grupo de amigos, y entiendo que su actitud reservada es la forma en que lida con la incomodidad que siente.

—Jane, nunca pensé que se sintiera incómodo conmigo. Pensé que, simplemente, no le caía bien.

—En realidad —dijo Charlie mientras se trasladaba a una silla.— A Darcy le han incomodado los grandes grupos de personas desde que éramos niños, y no es bueno entablando conversación con gente que no conoce bien.

—Se desenvuelve bien en reuniones de negocios con clientes que no conoce—. Elizabeth volvió a colocar el regalo bajo el árbol.
—Puede que sea reservado, pero no es maleducado.

Charlie se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en las piernas.—Se puede sentir incómodo en las reuniones de trabajo, pero tiene un objetivo, algo que debe cumplir. Hace lo que tiene que hacer por el bien de la empresa. Sé que fue terriblemente grosero contigo el primer día y no lo justifico, pero en su defensa, él no sabía que estabas allí. Nunca te habría dicho esas cosas a la cara—. Respiró profundamente.—Créeme. Cada día se arrepiente más de lo ocurrido.

Elizabeth se quedó mirando el regalo bajo el árbol. No podía apartar los ojos de éste, como si la llamara, debilitando cualquier resistencia de su parte.

—Sabes que quieres ver qué es —le susurró Jane cerca del oído.—Te han encantado todos los regalos que te ha dado antes. Puede que te hayas sentido incómoda por el costo, pero él nunca me ha pedido consejo sobre qué comprarte. Lo ha hecho todo por su cuenta.

—Sin contar que tenía a Charlie manipulando quien sería mi amigo secreto para el intercambio.

La risa de Charlie rompió un poco la tensión en la habitación.
—Pensé que él te lo debía después de que escuchaste aquel comentario.

Ella se puso de pie y se sentó en el sofá, justo frente a Charlie.
—¿Y cómo sé que no fueron sus sentimientos por mí los que me consiguieron el ascenso?

Charlie se levantó de su silla mientras la señalaba. —¡Alto ahí! No vuelvas a decir eso, y te diré por qué. Si alguien te oye, podría creer que es verdad y contárselo a todos los de la oficina, entonces nadie te tomaría en serio. También, considera hace cuanto que lo conozco. Sé que él nunca promovería o contrataría a alguien basándose en una relación personal. Es muy consciente de su responsabilidad no sólo con sus empleados, sino también con sus accionistas. No puede permitirse el lujo de contratar y despedir basándose en sentimientos personales, y nunca se había planteado salir con alguien que trabajara para la empresa, hasta que tú llegaste.

Ella se cruzó de brazos. —Bueno, eso no va a suceder. Nunca he conocido a un hombre que me haga sentir más incómoda que él.

Su hermana entrecerró los ojos hacia ella e inclinó un poco la cabeza hacia un lado. —¿Qué quieres decir?

Elizabeth se echó hacia atrás y fingió tallar una marca invisible en sus vaqueros favoritos. —No importa.

Jane mantuvo sus ojos fijos en Elizabeth. —Claro que importa.

—No, no importa.

Charlie miró entre ellas. —No lo entiendo.

—Lizzy se siente atraída por él.

—¡No, no lo estoy!

Un lado de los labios de Jane se tensó hacia arriba. —Y por su negación, yo diría que en gran medida.

¡¿Es en serio?! pensó Elizabeth. ¡Ella no había venido aquí para escuchar esto! ¿Por qué lo estaba soportando? Ante la risa ahogada de Charlie, levantó los brazos, se puso en pie y entró en la cocina, dirigiéndose directamente al armario que contenía las copas de vino. Jane entró y apoyó la cadera contra la isla mientras Elizabeth ponía la copa sobre la encimera.

—Estamos las dos solas. Dime qué te tiene tan alterada— Jane colocó otro vaso junto al suyo, además del regalo de Darcy.

Elizabeth ignoró a Jane mientras se concentraba en abrir la botella de vino. Una vez que sirvió dos grandes copas para Jane y para ella, tomó un gran sorbo de vino y preguntó —¿Por qué?

—Porque siempre te has reído de los comentarios de la mayoría de la gente, pero los de William realmente te han inquietado. Siempre te has tomado todo lo que ha dicho como algo personal. También me confesaste hace un tiempo que ninguno de los hombres con los que has salido tenía esa chispa. ¿Y qué me dices de William Darcy?

—¿Cómo voy a saberlo? Ya sabes que no lo he besado— Tomó otro sorbo de vino, pero al apartar la copa de sus labios, Jane se la quitó de la mano.

—¿Te ha tocado alguna vez, aunque simplemente fuera que, al entregarle unos papeles, sus dedos rozaran los tuyos?

Sus mejillas ardían como si estuviera sentada directamente frente a un fuego ardiente. Recuperó la copa y bebió otro gran trago.

—¿Y bien?

—Anoche puso su mano sobre la mía—. Puso su brazo libre alrededor de sí misma. La sola mención de ello erizó su piel. — He pensado que es bien parecido, incluso sexy, pero nunca pensé que fuera porque me atrajera. Me convencí a mí misma de que no le gustaba en absoluto, y yo... pensaba que la forma en que reaccionaba era por lo poco que me gustaba.

—¿Se te pone la piel de gallina?, ¿sientes cierto calor al tocarlo?, ¿tienes mariposas en el estómago?

Elizabeth sólo pudo asentir con la cabeza.

—Creo que deberías abrir esto —dijo Jane suavemente, acercando el regalo. —Puso tanto cuidado en todos y cada uno de esos regalos. No se tomaría tantas molestias si no le importaras. Incluso Charlie me dijo que, en el pasado, William hacía que su asistente se encargara de comprar los regalos del amigo secreto, pero insistió en ocuparse de todos y cada uno de los tuyos él mismo. Si hubiera querido comprarte, podría haber sacado la artillería pesada y comprado joyas o un coche, pero no

lo hizo. Sus regalos no eran muy costosos, pero su prioridad era encontrar algo que te gustara. ¿No crees que merece darle una oportunidad en tu corazón?

Elizabeth dejó el vino y recogió la fina caja. —Cuando nuestras manos se tocaron, sentí que perdía el control de mí misma.

—Pero eso no es algo malo. Siempre buscas tener el control de todo. Claro que alguna vez tuviste un flechazo o saliste con alguien, pero desde que eres adulta, nunca te has dejado enamorar por alguien. La escuela y tu carrera siempre fueron lo más importante.

—Ningún hombre me ha hecho sentir así.

Jane esbozó una sonrisa burlona. —Ningún hombre te ha hecho enfadar tanto en el pasado. Creo que esa fue la mayor pista. Justo esa. Todavía me sorprende que nunca se me ocurriera.

Sus ojos ardían y se nublaron un poco. —¿Realmente hoy se quedó en casa por mí?

Con un encogimiento de hombros, Jane tomó un poco de vino. —Eso es lo que le dijo a Charlie.

Tomando aire, rasgó el extremo del paquete, sacó la caja y levantó la tapa. Al retirar el papel de seda, se quedó inmóvil, mirando lo que había dentro. ¿Cómo lo supo? Con dedos temblorosos, levantó un único boleto de entrada.

Un silbido salió de Jane. —Antes de que digas nada, nunca le dije que fuera tu favorito. Creo que ni siquiera se lo he dicho a Charlie.

Elizabeth volvió a tapar la caja y se apresuró a salir al pasillo, tomando su abrigo, su sombrero y sus guantes. —Tengo que hablar con él. Debe de odiarme después de lo de ayer.

—Lo dudo. Sin embargo, deberías preguntarle a Charlie dónde vive Darcy antes de salir corriendo por la puerta.

Elizabeth dio un paso hacia la esquina. —¿Charlie? ¿Dónde vive Darcy?

Él desvió su mirada del partido de fútbol en la televisión. —En Riverside Drive. ¿Recuerdas cuando tú, Jane y yo fuimos de paseo al parque y señalaste la gran casa de piedra gris de la esquina y comentaste lo mucho que la adoras?

—¿La que tiene las buhardillas ornamentadas? —chilló ella.

Charlie se rio. —Esa misma.

Ahora sería un buen momento para golpear su cabeza contra la pared. ¡Carajo! Esa casa era increíblemente grande y ¿él vivía allí solo? Tomó el regalo de las manos de Jane y le dio un beso en la mejilla. —Con un poco de suerte, volveré con una boca más que alimentar.

Jane abrió la puerta y exclamó: —¡Buena suerte!

§

Tembló durante toda la caminata, pero no era por el frío. La casa no estaba lejos. Había pasado por delante de ella con bastante frecuencia cuando iba al parque de Riverside o a correr. Le encantaba esa casa.

Cuando se acercó, sus ojos recorrieron el exterior y una sensación de nerviosismo se apoderó de su estómago, pero antes de que pudiera acobardarse, subió los escalones y llamó al timbre.

Al cabo de unos instantes, respondió una señora mayor.
—¿Sí?

—Hola, necesito hablar con el señor Darcy. ¿Estará él por casualidad? Me llamo Elizabeth Bennet.

La mujer negó con la cabeza. —Lo siento, pero no está en casa.

Por supuesto, no estaba. Probablemente había hecho otros planes después de que ella lo hubiera insultado la noche anterior.
—¿Podría decirle por favor que pasé por aquí? Necesito hablar con él.

Después de asentir con la cabeza y decirle “Feliz Navidad”, la puerta se cerró en su cara, y los hombros de Elizabeth cayeron. Tendría que volver a intentarlo más tarde. Necesitaba hablar con él, pedirle disculpas por ser una idiota ciega. Mientras volvía a la acera, miró a un lado y a otro. Tal vez iría a dar un paseo por el parque antes de volver a casa de Jane.

—¡Señorita Bennet!

Se giró. Era el chofer que la había llevado la noche anterior quien se acercó a ella por detrás. —¿Carson? ¿Cierto?

—Sí, señorita. Me disculpo por mi esposa. Ella sólo estaba haciendo lo que el señor Darcy le indicó. Esta mañana, le dijo que no estaba en casa para recibir invitados, pero creo que si supiera que era usted, haría una excepción.

—No quiero meterla en problemas —comentó ella, negando con la cabeza.

Con una sonrisa, le indicó que entrara. —Permítame dejarla entrar. Le prometo que podré aguantar la situación si me he excedido.

Antes de que pudiera pensar lo demasido, lo siguió al interior, observando las molduras decorativas de la entrada y el alto techo y los suelos de mármol del vestíbulo. Lo siguió bajando un tramo de escaleras y doblando una esquina donde un sonido metálico resonó a través del corredor. Carson abrió una puerta y se hizo a un lado para que ella pudiera entrar.

—Creo que los dos necesitan hablar—. Las palabras fueron pronunciadas en voz baja antes de dejarla allí sola. ¿Qué demonios? ¿Cuánto le había contado Darcy a él?

El sonido del tintineo la hizo girarse y... ¡por todos los cielos! Volvió su vista al pasillo por donde entró. ¿Por qué la dejaría entrar ahí sola el chofer? Se dio la vuelta y se obligó a cerrar la mandíbula inferior. ¿Acaso Carson no se había dado cuenta de que Darcy sólo traía puestos unos pantalones cortos para entrenar?

De espaldas a ella, Darcy se agachó un poco para equilibrar la barra de pesas sobre sus hombros e hizo varias sentadillas mientras ella casi gemía al ver los músculos de su espalda moviéndose y tensándose. Y qué decir de su trasero, que se perfilaba bastante bien con esos pantalones cortos cuando hacía una sentadilla completa.

Ella tosió en un intento de llamar su atención, pero él no debió oírla porque volvió a colocar la barra en su soporte y se enderezó. Extendió las manos hacia el techo en un largo estiramiento, y los ojos de ella se posaron en un brazalete tatuado en tinta negra sobre su bíceps izquierdo. ¿El impecable Darcy, la cabeza de Darcy Holdings, tenía un tatuaje?

El repentino silencio la hizo sobresaltarse y levantar la vista hacia los ojos oscuros que ahora la observaban desde el otro lado de la habitación. Él tiró de un cordón en la base de su cuello y un auricular inalámbrico cayó de su oreja. Eso explicaría por qué no la había oído.

—No viniste a casa de Charlie y Jane—. ¡Bueno, dah! ¡Qué manera de mencionar lo obvio!

Él se quitó el otro auricular. —No, pensé que sería mejor para todos si desaparecía.

Ella adelantó un pie, pero se detuvo. Tal vez era mejor quedarse donde estaba. Él no estaba precisamente dándole la bienvenida. —Espero que no te importe. Tu chofer, Carson, me dejó entrar. Su esposa dijo que no estabas en casa.

—Está bien —dijo él. Recogió su camiseta de un banco cercano y la deslizó por encima de su cabeza, cubriendo esos anchos hombros de los ojos que ella necesitaba fijar en su rostro cara en lugar del bufet de piel que tenía delante. No era fácil. Él señaló hacia la mano que sostenía su regalo. —¿Lo has abierto?

Ella levantó la mano y miró hacia la caja. —Sí. *El Fantasma de la Ópera* ha sido mi favorito desde que era una niña, pero lo

que no puedo entender es cómo lo supiste—. Sus ojos se abrieron de par en par cuando los volvió a dirigir a él.

—¿No te acuerdas?

Sus cejas se hundieron en el centro mientras fruncía el ceño de forma adorable. —Hasta la cena en Giorgio's, no recuerdo haber tenido una conversación contigo que no estuviera relacionada con el trabajo.

—Tú y yo no hablábamos de ello, pero tú y la señorita Lucas sí. Un día estaba en el ascensor cuando ambas entraron, creo que para ir a almorzar. Una vez que me saludaron, se dieron la vuelta y procedieron a continuar la discusión que seguramente comenzaron mientras esperaban el elevador.

Una pequeña curva apareció a un lado de los labios de Elizabeth. —Charlotte y yo siempre tenemos alguna conversación completamente trivial y sin sentido. Tendrás que recordarme cuál fue el asunto.

Recogió su toalla y se la echó al cuello. —Creo que la controversia en esta ocasión era si Josh Groban sería un mejor Fantasma o Raoul. La señorita Lucas opinaba que Groban debía ser el Fantasma, y tú...

—Creo que su voz es más adecuada para Raoul—. Volvió a mirar el boleto. —Me había olvidado por completo de eso.

—Pensé que alguien con opiniones tan particulares sobre el tema debía ser un admirador—. Tomó su botella de agua y se acercó, sin detenerse hasta estar directamente frente a ella. Definitivamente lo había sorprendido cuando se dio la vuelta. No

había esperado que ella lo llamara, y mucho menos que viniera a su casa, pero no se molestó por ello. Le hizo tener esperanzas que antes no se había permitido tener. El reconocimiento que hizo ella de su trasero y que él captó cuando se dio la vuelta, no hizo más que avivar ese fuego.

Ella esbozó una sonrisa tensa. —Parece que sabes mucho de mí, pero yo apenas sé nada de ti.

—No soy tan interesante.

—Eso lo dudo —dijo ella en voz baja. Si al menos lo mirara a él en lugar de seguir mirando al boleto.

Él le tendió el brazo para que le acompañara de nuevo arriba. —Tengo el otro boleto en mi escritorio. Si quieres llevar a Jane o quizás a la señorita Lucas, te lo daré con mucho gusto—. Se le hizo un nudo en el estómago al decir esas palabras. Tenía que ofrecérselo, pero deseaba tanto ser él quien estuviera a su lado si ella se lo permitía.

Ella se detuvo en los escalones y se enfrentó a él. —¿Tienes otro boleto?, le preguntó.

—Sí, aunque me debatí entre decírtelo o no la noche de la fiesta. Mi plan original era encontrar alguna forma de darte el último regalo sin revelarme. Quería sorprenderte en el teatro. Pensé que nos daría la oportunidad de hablar fuera de la oficina. Por supuesto, no sabía que te sentirías incómoda con los otros regalos. Anoche, cuando intentaba decidir si debía esperar o no, me descubriste con esto.

Los dedos de ella juguetearon con la caja. —Te debo una disculpa por la discusión. No sé por qué me enfadé tanto.

—No, me lo merecía. No debería haber dicho lo que dije cuando te contrataron, ignoré por completo las normas del amigo secreto para el intercambio de regalos y te puse en una situación incómoda. No tuve en cuenta cómo podrían percibir los demás la situación—. Él avanzó y ella lo siguió hasta que estuvieron de nuevo en el vestíbulo y se colocó detrás de él cuando se giró y entró en su estudio. Abrió un cajón de su escritorio y sacó un sobre. Cuando lo sostuvo frente a ella, lo miró como si fuera a morderla.

Elizabeth se mordisqueó el labio inferior y volvió a mirar a la caja que tenía delante. —Creo que deberías quedártelo.

—¿Estás segura? —preguntó él, retirando la mano.

Ella asintió con la cabeza y finalmente lo miró a los ojos. —Lo estoy. Si todavíaquieres acompañarme, yo... bueno, creo que eso me gustaría.

Esa calidez, aquella que se instalaba en su pecho cuando miraba a Elizabeth, se extendió por todo su cuerpo ante la tímida sonrisa y la aceptación de ella. La sonrisa que se dibujó en su rostro debió de ser ridícula, de tan grande que era.

Elizabeth miró alrededor de la habitación: las estanterías teñidas en color oscuro que cubrían del suelo al techo, las molduras alrededor del techo y la parte superior de su escritorio. ¿Estaba buscando algo o simplemente evitando su mirada? —Mientras tanto, deberías vestirte. Tenemos que asistir a una cena de Navidad.

¿Quieres leer la historia completa?

Apoya a la autora y encuentra
“*Unwrapping Mr. Darcy*”
disponible a la venta en Amazon.

Sobre la autora

L.L. Diamond es mejor conocida por sus amigos como Leslie y por sus tres hijos como Mamá. Originaria de Luisiana, la mayor parte de su vida residió a no más de una hora de Nueva Orleans hasta que se convirtió en la esposa de un militar. Luisiana, Mississippi, California, Texas, Nuevo México, Nebraska, Inglaterra, Missouri, y ahora Maryland han sido su hogar a lo largo de este tiempo.

Además de madre y escritora, Leslie se considera una estudiante permanente. Tiene estudios de Biología y de Arte, pero se podría devorar cualquier tema sólo por el interés de aprender más. Sus esfuerzos más recientes han incluido certificaciones como entrenadora de natación, preparadora física, instructora de ciclismo de interiores, entrenadora personal y especialista en ejercicios correctivos.

Como artista, se concentra en el diseño gráfico, pero la acuarela es su medio preferido. Una de sus obras aparece en la portada de su segundo libro, *A Matter of Chance*.

Es miembro de la *Jane Austen Society of North America*. Leslie también toca la flauta y el piano, pero, al igual que Elizabeth Bennet, de *Orgullo y prejuicio*, siempre necesita practicar.

Una tranquila conversación

por Joana Starnes

—¿Le apetece tomar nuestro brandy en la biblioteca, señor Bennet? —preguntó Darcy y su suegro accedió de inmediato, sus voces sonando casi demasiado fuerte, una vez que el bullicioso contingente había abandonado la mesa y seguido a Elizabeth fuera del comedor.

Fue solamente Frederick quien se tomó su tiempo para doblar la servilleta, lo que no pudo evitar que los labios de Darcy mostraran una leve mueca de diversión, a pesar del mal humor en el que se encontraba. Era evidente que su hijo esperaba que le pidiera que se quedara y se le considerara por fin un hombre, ahora que había regresado de Harrow con un año más de edad y casi cinco centímetros más de altura.

El gesto de diversión se convirtió en una sonrisa genuina. Era bueno tenerlo de vuelta, y a Edmund también. Así era como debía ser: todos en casa. Porque se acercaba la Navidad.

Edmund se había contentado perfectamente con abandonar el comedor junto con sus hermanas, y con toda razón. Sólo tenía doce años, y no tenía expectativas de ser considerado un adulto durante un buen tiempo. A la avanzada edad de dieciséis años, Frederick parecía albergar nociones diferentes. Por fin levantó la vista de su trabajo cuando el señor Bennet se rio: —Eso estará bien, ¿no lo crees? ¿Eh, Frederick? Si alisas la servilleta durante mucho más tiempo, la desgastarás.

Con una sonrisa superficial para su abuelo, Frederick cuadró los hombros y fue al grano:

—¿Puedo unirme a ustedes, papá, quiero decir, padre? — preguntó, y Darcy se vio obligado a reprimir una mueca.

La rápida corrección era otra pretensión de madurez, y no podía sino encontrarla tan desalentadora como notoria. No había nada malo en «papá». El apelativo habitual les había servido bastante bien durante todos estos años. Francamente, le habría gustado mucho más. ¿Por qué tenía tanta prisa por crecer?

—¿Para el brandy? No, me imagino que no —murmuró Darcy, luego se enderezó en su asiento y se esforzó por ser justo. Después de todo, no había sido Frederick quien le había amargado el placer del día. De modo que forzó una sonrisa y añadió: —Pero no es necesario que vayas al salón todavía si no te gusta el té y los juegos de salón. Si lo prefieres, puedes pasar un rato a solas. Estoy seguro de que tu madre lo entenderá. Ella preferiría tener una charla tranquila contigo más tarde en la noche. Y yo también. De hecho, ¿qué te parece una partida de ajedrez antes de que nos retiremos? —le sugirió, y se alegró de ver que el rostro de su hijo se iluminaba.

—Eso me gustaría. Como en los viejos tiempos —dijo Frederick, y Darcy sonrió.

El muchacho había pedido que le enseñaran “ese juego de los cuadrados” cuando apenas tenía cuatro años porque Anne había aprendido a jugarlo, y a esa edad estaba demasiado ansioso por seguir los pasos de su hermana. A los nueve años ya era lo suficientemente hábil como para montar una buena defensa y

plantear un desafío. En poco tiempo, los juegos diarios se habían convertido en una costumbre. Esos eran los “viejos tiempos” de los que hablaba Frederick. Pero entonces, era un joven de carácter vivaz e impaciente. Los primeros días de la infancia debían parecer a una eternidad de distancia.

El semblante arrugado del señor Bennet se frunció aún más en una sonrisa muy divertida. Sin embargo, dicho sea a su favor, frunció los labios y se mantuvo en silencio hasta que Frederick se excusó y los dejó. Sólo entonces el señor Bennet dio rienda suelta a su humor.

—Ah, el poco generoso candor de la juventud —dijo entre dientes una vez cerrada la puerta. —Si aquellos eran los “viejos tiempos”, el querido muchacho debe pensar que Matusalén y yo fuimos niños juntos—. Sacudió la cabeza, vació su copa y abandonó su asiento. —Vamos, hijo, y alabemos que estos antiguos pies aún puedan llevarme a la biblioteca.

Que se dirigiera a él en ese modo no era nuevo en absoluto. El viejo caballero había comenzado a hacerlo casualmente hace mucho tiempo, y para empezar había provocado sentimientos encontrados. Había tenido un tono extraño, muy extraño en realidad, y nada confortable, ya que la palabra no pertenecía en los labios del señor Bennet, a la manera de pensar de Darcy. Era la palabra de su difunto padre. Le parecía profundamente incorrecto que otra persona la reclamara y se le permitiera usarla. Y, sin embargo, era reconfortante de todos modos. Una señal de confianza, afecto y aceptación. El mayor cumplido que el cariñoso padre de Elizabeth podría haberle hecho.

Los años habían volado y la sensación de incomodidad había desaparecido. La gratitud permanecía. Hasta la fecha, ninguno de los otros yernos había recibido ese honor. Ni siquiera Bingley.

—Creo que me quedaré con el oporto — observó el señor Bennet mientras atravesaba la biblioteca para sentarse junto al fuego, y Darcy asintió silenciosamente.

Sirvió generosas porciones para ambos y llevó los vasos a la pequeña mesa situada junto al codo del señor Bennet, luego tomó asiento al igual que su suegro y estiró sus largas piernas. Durante un buen rato, bebieron a sorbos sus bebidas en un agradable silencio. Uno de los rasgos más admirables del señor Bennet era que rara vez hablaba a menos que tuviera algo que decir.

De hecho, tenía algo que decir, pero podría haber elegido un mejor momento para su pregunta. Darcy estuvo a punto de atragantarse con su trago de oporto cuando el señor Bennet dijo: —¿Puedo preguntar qué, o más bien quién le ha sacado de quicio? ¿El joven Montrose, acaso?

Bastante contento de no haber caído en desgracia por haber escupido el líquido color rubí por todas partes, Darcy se incorporó, volvió a dejar el vaso sobre la mesa y respondió a la pregunta de su suegro con otra.

—¿Qué le hace pensar eso?

El señor Bennet se encogió de hombros.

—Es bastante obvio. Él está aquí a todas horas y nunca se aparta de Anne.

Darcy frunció el ceño y se obligó a hacer un gesto desdenoso.

—Eso no es nada fuera de lo común. Los dos han sido compañeros de juego desde que eran niños —argumentó, sólo para encogerse ante el falso timbre de confianza de su voz y el alcance de su intencionado autoengaño.

Fiel a su costumbre, al señor Bennet no se le escapaba nada. Arqueando la ceja con divertida indulgencia, lo reprendió.

—No es propio de usted cegarse ante el mundo que lo rodea. Ya no son niños, ¿no es así?

Darcy giró la cabeza para mirar el fuego con el ceño fruncido mientras murmuraba: —No hablaré por Robert Montrose, pero Anne apenas ha salido de la escuela...

—Elizabeth era menos de dos años mayor cuando usted puso por primera vez los pies en Meryton.

Esta vez, el gesto desdeñoso fue tan rápido como instintivo.

—Eso no viene al caso. Dos años marcan la diferencia. Además, Elizabeth era más inteligente para su edad.

El señor Bennet soltó una risita.

—¿Y Anne no lo es? Ella no agradecerá esa estimación. Pero puede mirarlo de esta manera y ver si le reconforta: al menos ella no tiene planes de casarse con un desconocido taciturno y vivir en la otra punta del país.

—Eso es cierto —asintió Darcy con una media sonrisa dibujada en la comisura de sus labios. Pero el cambio de perspectiva fue una lección de humildad, y la profunda respiración que hizo salió en un largo suspiro.

¿Cómo podía un hombre dar un paso atrás y confiar la felicidad de su amada hija a otra persona? Ya era bastante difícil imaginarse a Anne abandonando su hogar y su protección para vivir en Hadley, a sólo treinta kilómetros de distancia. Aunque conocía a Robert Montrose desde que el muchacho había nacido. ¡Que el cielo no permitiera que Anne se encariñara con Dios sabe quién de Dios sabe dónde!

Se estremeció y se inclinó hacia delante para contemplar el fuego, con los codos sobre sus rodillas y la barbilla sobre sus manos entrelazadas. ¿Cómo lo había soportado el señor Bennet?

Los troncos en la chimenea se asentaron con un ruido sordo, haciendo saltar chispas y provocando su sobresalto. Darcy se removió en su asiento y fijó la mirada en su acompañante.

—Le agradezco por confiarle la mano de Elizabeth hace tantos años —dijo con apacible energía. —En aquel momento creí entender lo mucho que estaba pidiendo. Ahora veo que no sabía ni la mitad.

Una sonrisa vulnerable revoloteó en los labios del señor Bennet.

—La vida tiene una forma de ponernos en los zapatos de otros hombres —dijo, y entonces sus ojos recuperaron su brillo travieso. —Espero esto también sirva de consuelo: usted está en la flor de la vida y no es dado a los excesos, así que hay muchas posibilidades de que siga por aquí para ver al esposo de Anne resoplar mientras se enfrenta al espinoso asunto de los pretendientes para sus hijas.

A pesar de su propia voluntad, Darcy soltó una carcajada. Se recostó y recuperó su vaso, agradeciendo en silencio el sentido del humor de su suegro y el hecho de que sólo tuviera que preocuparse por Anne por ahora. Afortunadamente, Madeleine y Flora eran demasiado jóvenes para tener pretendientes.

—¿Podría preguntar qué es lo que ha provocado esta situación? —El señor Bennet reanudó tras un breve silencio.
—¿Simplemente el afán de Montrose por escabullirse con las damas después de la cena y estar al pendiente de la chica? ¿O le ha dado alguna indicación de que pretende declararse?»

—Cielos, no —replicó Darcy, deseando de corazón que el muchacho no albergara ninguna idea de esa clase por lo menos durante dos años más. —No, fue la señora Webb...

El señor Bennet chasqueó la lengua con desaprobación.

—¿Ah, sí? Mm. Creía que Kitty ya había superado su afición a hablar sin pensar...

—Le pido perdón, me refería a la vieja señora Webb, la madre del vicario —Darcy se apresuró a corregir el malentendido y limpiar el nombre de su cuñada.

—Ah, ya veo —murmuró el señor Bennet, y Darcy no pudo dudar de que el anciano caballero efectivamente había notado las similitudes entre la suegra de Kitty y la propia madre de ella, sobre todo la propensión a hablar fuera de lugar.

El señor Bennet terminó su bebida y soltó una risita de pesar.

—Bueno, debe admitir que existe un placer en entrometerse cuando se carece de una mejor ocupación. Entonces, ¿qué hizo la señora Webb? ¿Acaso le ha dado un empujón para que preste atención a asuntos que preferiría no investigar demasiado... al menos no todavía?

—Algo de esa naturaleza —reconoció Darcy con una mueca.
—Hoy me ha hablado en la iglesia, y me ha dicho que la boda de Anne con Montrose es un acontecimiento seguro, como si lo único que quedara por decidir fuera la fecha. Señaló que no ha habido una boda en Pemberley desde la de Georgiana y Vernon, y dijo que ya era hora de que la actual señorita Darcy siguiera el ejemplo de su tía.

—¡Ja! Esa es una buena manera de poner al gato entre las palomas —bromeó el señor Bennet. —¿Y qué dijo Anne al respecto? ¿O Lizzy?

—Estaban varios metros adelante. Dudo que hayan escuchado. Y aún no he tenido la oportunidad de mencionarle nada de esto a Elizabeth.

Sin previo aviso, el calor familiar se extendió a través de él, calmante como siempre, y curativo, y edificante.

—No dudo de que ella me sorprenderá. Siempre lo hace —dijo Darcy en voz baja, como si se lo dijera a sí mismo, y su tenso semblante se iluminó con una sonrisa.

FIN

Sobre la autora

Joana Starnes vive en el sur de Inglaterra con su familia. A lo largo de los años ha cambiado de sombrero (médico, profesora, analista de datos clínicos), pero se siente más cómoda con un bonete. Lleva décadas viviendo en la Inglaterra de la Regencia en su imaginación, y planea continuar en ese rumbo hasta que consiga una máquina del tiempo. Le encanta buscar destellos de Pemberley y del mundo de Jane Austen, y escribir sobre la Inglaterra de la Regencia y el señor Darcy enamorándose de Elizabeth Bennet una y otra vez.

Es autora de once novelas inspiradas en Austen y colaboradora de las antologías de Quill Ink. Todas las novelas de Joana están disponibles a través de Amazon, en Kindle Unlimited y en tapa blanda, algunas también han sido publicadas en Audible.

Encuentra más sobre Joana en sus sitios y redes sociales:

www.joanastarnes.co.uk

austenviations.com/joana-starnes

Facebook: fb.com/joana.a.starnes

Twitter: [@Joana_Starnes](https://twitter.com/Joana_Starnes)

Instagram: [@joana_starnes](https://www.instagram.com/joana_starnes)

Goodreads: [goodreads.com/joanastarnes](https://www.goodreads.com/joanastarnes)

Visita también su página de Facebook *All Roads Lead to Pemberley* para descubrir lugares y detalles que han inspirado sus novelas.

Un fragmento de la novela
«Un caballero para Navidad»
por Marilyn Brant

Puede que fuera un fin de semana de mediados de diciembre en una pequeña ciudad de la región del medio oeste de Estados Unidos, pero Emma Westwood era como un comandante militar que emprendía una misión de gran alcance e importancia internacional. Trazó su plan de acción para el día y luego se dispuso a hacer realidad un milagro.

Pero incluso los líderes militares y los obradores de milagros pueden encontrarse con grandes obstáculos durante las fiestas decembrinas.

A pesar de haber sondeado todos los negocios del centro de Crystal Corners (Minnesota), de haber utilizado sus considerables habilidades sociales para conseguir nombres de posibles ayudantes y de haber intentado que numerosas y diversas fuentes le devolvieran favores muy atrasados, Emma aún seguía con las manos vacías.

Ginger Mae tenía un primo en Rochester que podía construir muebles de forma espléndida y rápida, pero estaba ocupado hasta marzo.

Adele tenía una buena amiga que estaba casada con un carpintero profesional, pero la pareja estaba en Aruba por Navidad y no regresarían a Minnesota hasta después de Año Nuevo.

Y Jason trabajaba con un escenógrafo local que no estaba ni sobrecargado ni de vacaciones, pero justo cuando Emma estaba a punto de hacerse ilusiones, su amigo le explicó las malas noticias.

—Desgraciadamente, Leo se lesionó mientras trabajaba en el montaje de un escenario derrumbado para una producción de *The Play That Goes Wrong* en Saint Paul. Se rompió la mano derecha y estará sin trabajar al menos un mes.

Kent, que estaba terminando su ejercicio del sábado por la tarde en el gimnasio mientras Jason y Emma conversaban a su lado, dejó las pesas y recuperó el aliento. —Creo que me estoy haciendo viejo —murmuró. —Sólo he conseguido hacer tres series de doce repeticiones.

Jason puso los ojos en blanco. —Sí, a la avanzada edad de treinta y dos años. Deja de ser vanidoso y concéntrate. Emma necesita de nuestra ayuda. ¿A quién puede conseguir para construir esta cosa del gabinete en, digamos, diez días o menos?

Kent jugueteó con su toalla negra y roja y se limpió la frente mientras consideraba la pregunta. —¿La vitrina tiene que ser exactamente como la que se destruyó en el incendio? Porque si sólo necesitas una estantería, tal vez una librería o una biblioteca podría prestarte...

—No —dijo Emma con obstinación. —La había imaginado así durante meses y la diseñé específicamente para que fuera lo que necesitaba. No solo agradable a la vista, sino también resistente y segura. ¿Recuerdas lo inestable que era la otra estantería? Casi aplasta a un niño el año pasado. No, no lo voy a hacer así otra vez.

—Pero tal vez podrías hacer todo el evento en un interior —sugirió Jason de forma reflexiva — en lugar de llevarlo a cabo junto al árbol de la ciudad. Entonces los estantes podrían estar asegurados y...

—Definitivamente no —espetó Emma, su paciencia se estaba agotando tras un largo día de dificultades, aunque apreciaba profundamente que sus amigos hicieran el intento de aportar otras ideas. —El objetivo es que sea una experiencia comunitaria compartida para los niños. No tenemos un recinto lo suficientemente grande para que todos los niños de la zona se reúnan en torno a un árbol de Navidad. El escenario del Crystal Corners Theater es demasiado estrecho, como ya lo sabes, Jason. La sala de asambleas del ayuntamiento es demasiado pequeña. Y los espacios de reunión del centro comunitario ya están reservados para esta temporada navideña. No puedo estar desplazando a los voluntarios y grupos de servicio que ya se han comprometido a...

—De acuerdo, de acuerdo. Lo entendemos, chica. Necesitas la vitrina que quieras, y la necesitas tal y como la has pedido. Déjame pensar —dijo Kent, con su rostro esbelto y cincelado arrugándose mientras se concentraba. —Oye, ¿ya has hablado con Austin Knightley sobre una donación al cofre de regalos de la comunidad? Porque el tipo dirige una empresa de construcción. Probablemente conozca a un buen contratista, o incluso podría hacerlo él mismo.

Por supuesto que no, quiso gritar Emma, pero sabía que Kent sólo intentaba ayudar. Así que se limitó a negar con la cabeza y dijo: —Todavía no le he pedido una donación, pero no creo que sea el tipo adecuado para ayudar a construir esta vitrina.

Él construye cosas grandes, como rampas y cobertizos y cosas así. Además, estoy segura de que está muy ocupado con sus padres, su familia y sus negocios. No quiero molestarlo.

Jason levantó una delgada ceja rubia oscura con evidente incredulidad. —¿En serio? Quiero decir, Em, te quiero como a una hermana, pero ¿desde cuándo no quieres “molestar” a alguien si puede ayudarte a conseguir lo que quieras?

Kent ahogó una carcajada. —Lo que quiere decir, y con mucho más tacto, es que lo pienses, Emma. Sólo si te quedas sin otras opciones, por supuesto —añadió rápidamente. —Pero no descartes ningún camino viable todavía, ¿de acuerdo? Puede que te sorprenda por lo que, um, lo que es posible.

—Supongo que si estoy desesperada —aceptó ella, pero no creía que llegara a ese punto.

Estaba equivocada.

Al anochecer del domingo, Emma tuvo que admitir que “desesperada” era exactamente lo que sentía.

Había contactado a muchos residentes de la ciudad. Y casi todos habían hecho lo posible por ayudarla. Su fracaso hasta el momento no se debía a la falta de esfuerzo, amabilidad o deseo por su parte, sino simplemente a que lo que necesitaba en ese momento no estaba disponible. Y ni su encanto ni su dinero podían conseguirlo, al menos no en el limitado plazo de tiempo con el que contaba.

Era desalentador, pero si no tenía otra opción, haría lo que tuviera que hacer.

Así que el lunes por la mañana, tan temprano como era razonable, Emma se presentó en la residencia de la familia Knightley y llamó a la puerta.

La madre de Austin respondió. —Vaya, hola, Emma. Que bueno verte —dijo Pam Knightley, haciéndola pasar al interior de la casa y a salvo del frío. —¿Qué te trae por aquí hoy?

—Yo... em, tenía una pregunta para Austin—. Echó un vistazo a la silenciosa sala de estar, en la que había un hermoso árbol de Navidad recién cortado y adornado sólo con una serie de luces de colores, pero no vio inmediatamente a la persona que había venido a ver. —¿Está aquí? Si no, no pasa nada—. Dio unos pasos en dirección a la puerta, su valor comenzaba a flaquear, lo que era muy inusual en ella. —Puedo visitarlo más tarde o, tal vez, llamar...

—No seas tonta, querida —dijo la señora Knightley riendo. —Sólo está trayendo leña de la cochera. Volverá en un momento. Déjame tomar tu abrigo. ¿Quieres un poco de café caliente? ¿Té? ¿Chocolate caliente?

—Oh, no, gracias. Es muy amable. Pero estoy bien. De verdad, no pienso quedarme mucho tiempo, sólo necesitaba preguntarle...

—Oye, mamá, he visto un auto en la entrada. ¿Quién...? —Austin apareció en la puerta y se detuvo bruscamente. La expresión amistosa desapareció de su rostro, y Emma sintió un escalofrío de inquietud. Puede que estuviera desesperada, pero no era estúpida. Austin Knightley la miraba con malos ojos. No

sabía muy bien el por qué, pero su reacción al verla allí era tan clara como un faro, y no era nada positiva.

Inmediatamente, se arrepintió de haber venido. Si sólo se tratara de ella, habría tomado su abrigo y habría salido corriendo de la casa sin mirar atrás.

Pero no se trataba sólo de ella. Y, aparentemente, esto era algo que tenía que seguir recordando cuando estaba ante la presencia juiciosa de Austin.

Se aclaró la garganta. —Hola, Austin.

Él parpadeó y se dirigió a la chimenea de piedra en la esquina de la habitación y dejó un montón de troncos. Cuando se incorporó de nuevo, la saludó lentamente con la cabeza. —Hola, Emma.

Y luego... silencio.

—Ella vino aquí para hablar contigo —comentó su madre alegremente. Se giró hacia Emma. —¿Estás segura que no puedo ofrecerte algo caliente para beber? Afuera hace mucho frío. Me estoy preparando un latte con mantequilla y ron. Leche caliente, un poco de café y esta deliciosa crema dulce. Es mi nueva bebida favorita de invierno.

Eso sí que sonaba bien, pero Emma no estaba segura de poder tragar nada en ese momento. Estar cerca de Austin y tener que hablar con frases coherentes ya era bastante difícil sin tener que manejar una bebida también. No recordaba haber tenido esta dificultad cuando estaban juntos en la escuela. ¿Por qué le estaba ocurriendo ahora?

Pero a su madre sólo le dijo: —No, pero gracias de nuevo.

—¿Y tú, cariño? —le preguntó la señora Knightley a su hijo.
—¿Un poco de café? ¿Té?

Él negó con la cabeza en silencio, sin dejar de mirar con desconfianza a Emma.

—Muy bien, entonces —dijo su madre. —Ahora voy a ir a la cocina a limpiar. Ustedes dos llamen si necesitan algo, ¿escucharon? —Y con eso, la única cara sonriente en la habitación giró sobre sus talones y se alejó, dejando a Emma con un poco hospitalario Austin.

—Entonces, ¿qué te trae por aquí, Emma? —preguntó, su voz educada aunque emocionalmente distante.

—Bueno, la semana pasada tuve un... un incidente desafortunado—comenzó diciendo ella, informándole brevemente sobre el incendio del almacén y la posterior destrucción de la bonita vitrina que había encargado. Sacó una fotografía del original y se la mostró. —Tenía este aspecto, ¿lo ves?.

Él apenas si miró la imagen. —Sí. Siento mucho lo del incendio. El propietario debe estar destrozado. Espero que nadie haya resultado herido.

Emma podía responder a esto, después de haber leído la carta de la empresa de muebles más de tres mil veces desde el viernes por la noche. —Afortunadamente, no. Todas las personas y animales que estaban en la propiedad en el momento del incendio se pusieron a salvo, pero mi vitrina giratoria no.

Austin exhaló un largo y lento suspiro antes de responder. —Por supuesto, es muy triste que hayas perdido el mueble que esperabas, pero realmente no entiendo por qué vienes a mí con esto. No conozco a la empresa ni sus productos.

Emma casi puso los ojos en blanco. ¿Acaso no entendía la indirecta? ¿Tenía que explicárselo todo? La mayoría de los hombres de la ciudad no eran ni la mitad de ingenuos, incluso los que no eran tan inteligentes como Austin.

—Bueno, esperaba que, tal vez, estuvieras dispuesto a echar una mano en su reconstrucción— dijo Emma con cuidado. —Especialmente alguien con tanto talento con la madera y los clavos y esas cosas como tú—. Le dirigió su sonrisa más cautivadora.

Él frunció el ceño en respuesta. —Madera y clavos y esas cosas... —repitió. Luego negó con la cabeza. —No lo creo, Emma. Pero, gracias por pensar en mí. Estoy seguro de que hay muchas otras personas que conoces que estarían encantadas de ayudar. Pero estoy muy ocupado.

Ella se lamió los labios, que estaban increíblemente resecos. Tal vez debería haber aceptado la oferta de su madre de una bebida caliente. Luego exhaló y lo intentó de nuevo, planeando ir un poco más allá con los halagos esta vez. —En realidad, he hablado con bastantes personas del pueblo y... tu nombre surgió como la persona más adecuada para construirlo. Has tenido mucho éxito en la construcción de cosas, así que cuando mis otros posibles contactos no se concretaron tan rápido como pensaba, realmente quise plantear este proyecto contigo.

—¿Estás diciendo que soy tu último recurso?

—Oh, no, no, Austin, por supuesto que no. Sólo que, em, el tiempo es esencial con esto. Tiene que estar listo para la mañana de Navidad para un evento de la comunidad—. Ella esperaba que al decirle esto se activara su lado caritativo, pero él no parecía estar más cerca de comprometerse.

En cambio, la sorprendió sacando a relucir algo que no tenía nada que ver. —Me encontré con Mack Morales el otro día. Me contó una historia muy interesante sobre cómo él y Lila Harris se convirtieron en pareja.

—Sí —dijo Emma, sonriendo ante aquel triunfo casamentero especialmente grato. —Hacen una pareja tan perfecta. Cuando les sugerí que salieran para una primera cita, simplemente supe que serían felices juntos.

—Parece que estás acostumbrada a que la gente sea receptiva a tus... sugerencias —señaló él, entrecerrando los ojos. —Tal vez demasiado acostumbrada.

¿Qué estaba diciendo? Casi parecía que estaba insinuando que ella era una manipuladora. Lo cual era simplemente cruel, por no mencionar ingrato.

—¿No son amigos tú y Mack, Austin? ¿Habrías querido que s-se sintiera solo? ¿O que fuera in-infeliz? —espetó ella.

—Por supuesto que no —respondió él bruscamente. —Pero creo que tus “proyectos” deben estar limitados a personas que los acojan. No creo que yo sea esa persona.

—No te estaba pidiendo que hicieras esto gratis —dijo ella. —Quiero decir, por supuesto, te pagaré por tu tiempo y tu trabajo.

—No necesito tu dinero, Emma. No soy un mercenario y no pueden comprarme.

—Pero esto no es para mí, es para la comunidad —recalcó ella, tratando de aludir una vez más a que él podría ser más amable y comprensivo con las necesidades de los demás.

Pero él no iba a tolerar su insistencia.

—Lo siento —dijo simplemente. —No soy tu hombre.

Ya ella no le quedó más remedio que marcharse, confundida, frustrada y sintiéndose inusualmente incomprendida.

¿Por qué no quería ayudar? ¿Por qué era tan poco receptivo? Cualquiera pensaría que un hombre que intenta reintegrarse a su ciudad natal estaría ansioso por querer ser de utilidad para su comunidad. Pero, no. No el engreído rey del mohín sin fin, Austin Knightley.

Ella arrugó la nariz. Eso casi rimaba, y no le gustaba cómo sonaba. En absoluto. Además, tenía toda la intención de bajarle los humos. Sólo deseaba no necesitar tanto su ayuda.

¿Quieres leer la historia completa?

Apoya a la autora y encuentra

“*The Knight Before Christmas*”

disponible a la venta en Amazon.

Sobre la autora

Marilyn Brant es una autora del New York Times y del USA Today con más de 20 libros de ficción femenina contemporánea, comedia romántica y misterio. Su primera novela sobre Jane Austen ganó el prestigioso premio *Golden Heart Award®* de los *Romance Writers of America* (2007), y fue nombrada Autora del Año (2013) por la *Association of Teachers of English* de Illinois.

Es una adicta a los viajes, fanática de la música, insaciable colecciónista de libros y gran amante del chocolate.

Para saber más sobre las obras de Marilyn, incluidas sus novelas inspiradas en Austen: *According to Jane; Pride, Prejudice and the Perfect Match; Pride, Prejudice and the Perfect Bet; The Knight Before Christmas*; y la mayoría de las historias de la serie romántica *Mirabelle Harbor*, visita su página web:

www.marilynbrant.com

Un fragmento de la novela
«La sorpresa de Navidad del señor Darcy»
por *Debra-Ann Kummoung*

Era la tarde del día siguiente cuando un preocupado Adams buscó al señor Bennet. Llamó a la puerta de la biblioteca. El señor Bennet respondió a su puerta: —¡Adams! ¿Qué ocurre? Tiene un aspecto bastante exaltado.

Adams le respondió: —Señor Bennet, estoy preocupado por mi amo. Anoche, después de regresar a su habitación, se negó a cenar antes de irse a descansar. Esta mañana, cuando traté de despertarlo, se sacudió y dijo que estaba cansado, que lo dejará dormir. Hoy no lo he visto salir de la habitación en absoluto y temo que pueda hacerse daño de alguna manera.

El señor Bennet se puso en pie y exclamó con urgencia: —Vamos, lléveme hasta su amo. Quiero estar seguro de que está bien.

Los dos hombres se apresuraron a subir a la habitación de Darcy. Adams abrió la puerta en silencio para no molestarlo. En voz baja, el señor Bennet preguntó: —¿Se ha movido algo el señor Darcy, o sigue llevando la misma ropa que ayer?

Adams estudió a su amo. —Se ha movido un poco. Un momento, ¿qué es eso que tiene en la mano?

El señor Bennet siguió la dirección en la que el ayuda de cámara señalaba algo en la mano derecha de Darcy. Estudió la

mano y el rostro del joven antes de soltar una triste risa. —Es tinta. Creo que el señor Darcy ha estado escribiendo en su diario.

Adams recorrió la habitación con la mirada y se llevó un dedo a los labios para luego señalar algo al otro lado de la estancia.

El señor Bennet cruzó hacia lo que Adams señalaba, una pequeña pila de libros. Ojeó los libros sin leerlos. El señor Bennet señaló la puerta para que Adams le siguiera.

Adams siguió en silencio al señor Bennet de vuelta a su biblioteca, donde le ofreció al hombre más joven un vaso de whisky.

El señor Bennet se volvió hacia Adams. —Su amo se pondrá bien. Sólo está agotado. Al parecer, el señor Darcy se tomó a pecho la sugerencia de Lizzy de anotar los recuerdos de la señorita Darcy. Esa pequeña pila de libros son más diarios que al parecer compró hoy cuando fue a Meryton, mientras nosotros estábamos ocupados. Todos esos diarios estaban llenos de sus pensamientos y recuerdos. Imagino que ahora está tratando de ponerlo todo por escrito por miedo a olvidar algo muy preciado.

Adams le preguntó: —Señor Bennet, perdón que le pregunte, pero ¿qué puedo hacer por él? Nunca antes he atendido a alguien de luto. Sólo he estado con el señor Darcy estos últimos tres años. El ayuda de cámara de su padre fue quien le sirvió antes que yo y me contrataron cuando éste se retiró.

El señor Bennet le respondió: —Primero juzgaría cómo se encuentra por la mañana. Si no se despierta a su hora habitual, le sugeriría que le dé una hora más de descanso y luego lo despertara. Avíseme cuando esté despierto y haré que se reúna

conmigo en mi biblioteca. Mi hija mayor y su esposo deberían regresar la semana que viene. Creo que tal vez yo debería hacer que se entregue uno de los regalos antes de lo previsto.

Adams adivinó: —¿El cachorro, señor?

El señor Bennet asintió: —Sí, el cachorro. Tal vez el tener al pequeño para abrazarlo y amarlo lo ayude. También sugeriré que Lizzy y Mary pasen tiempo con ellos. El señor Darcy parece estar más cómodo con ellas.

Adams respondió: —Normalmente no compartiría esto, pero cuando el señor Darcy abrió el diario por primera vez, declaró que hubiese deseado haber conocido a la señorita Bennet antes para poder presentársela a su hermana. Pensó que si lo hubiera hecho, tal vez las cosas habrían sido diferentes.

El señor Bennet arrugó una ceja. —¿Cómo podría cambiar algo el hecho de que Jane conociera a la hermana del señor Darcy?

Adams aclaró: —Me refiero a su segunda hija, señor, la señorita Elizabeth. Creo que, sin pretenderlo, ha cautivado a mi amo. Es amable y compasiva, pero sigue insistiendo en que mi amo debe seguir adelante. Creo que si él se diera la oportunidad, podría permitirse enamorarse de su hija.

El señor Bennet sonrió. —Sí, ella tiene ese efecto en la gente. Sugiero que los juntemos lo más posible. Ahora, propongo que usted se retire a descansar. Haré los arreglos para que el cachorro sea entregado mañana por la tarde.

Adams se inclinó. —Le agradezco por su ayuda, señor. Siento haberlo molestado tan tarde.

§

A la tarde siguiente, Darcy, Elizabeth y Mary estaban en el jardín cuando la señora Hill se acercó apresuradamente hacia ellos. Hizo una ligera reverencia. —Disculpe, señor Darcy. Hay alguien en la puerta que desea verlo.

Darcy, sorprendido, se señaló con un dedo. —¿A mí? ¿Alguien ha venido a verme? Qué extraño. Muy bien, iré ahora mismo—. Se dirigió a Elizabeth y a Mary: —Disculpen, señoritas. Parece que tengo que atender a un invitado.

Mary le sonrió. —Lo entendemos, señor. Continuaremos nuestro paseo. Si puede, y si lo desea, espero que se reúna con nosotras.

Darcy se inclinó. —Por supuesto, señoritas. Me reuniré con ustedes lo antes posible.

Elizabeth esperó a que Darcy quedó fuera de su vista: —Tengo curiosidad por saber cómo reaccionará el correcto señor Darcy cuando descubra que su invitado es, en realidad, su nuevo cachorro.

Mary soltó una risita y las hermanas reanudaron su paseo por los jardines.

Elizabeth y Mary estaban a punto de iniciar otro recorrido por el jardín cuando Darcy volvió a reunirse con ellas. Elizabeth vio que su rostro estaba tenso y le preguntó: —¿Está usted bien, señor? ¿Está todo bien con su invitado?

Darcy exhaló. —Estoy bien, señorita Bennet. Mi invitado ha sido más bien una sorpresa.

Mary preguntó: —¿A qué se refiere, señor?

Darcy abrió lentamente su gabardina y sacó algo pequeño y peludo. —Este es mi huésped. Es otro de esos misteriosos regalos que he estado recibiendo.

Las hermanas se apresuraron a acercarse a Darcy. —¡Oh, señor, qué regalo tan bonito! —¿Es un macho o una hembra? —¿Piensa quedárselo?

Darcy se rio. —Según la nota que llevaba al cuello, es una hembra y aún no tiene nombre. Como es un regalo y no sé de quién es, pienso quedármela. Sin embargo, la nota advertía que es la más pequeña de su camada y que probablemente no sería un buen perro de caza.

Elizabeth preguntó: —¿Y eso le impediría quedarse con ella?

Darcy negó con la cabeza. —No. Tengo varios perros de caza, pero al crecer siempre tuvimos al menos uno en la casa como mascota. Esta pequeña dama acaba de convertirse en el miembro más reciente de mi pequeña familia.

Elizabeth puso una mano en el brazo de Darcy. —¿Es por eso por lo que parecía molesto, señor? Que el cachorro es un sustituto del que ha perdido. Si eso es lo que pensaba, tal vez debería considerar que al regalársela alguien a usted, le ha salvado la vida, ya que muchos cachorros que son los más pequeños de la camada no viven mucho tiempo.

Sorprendido, Darcy le respondió: —En realidad no, ese pensamiento ni siquiera se me había pasado por la cabeza. No me importa añadir la cachorra a mi familia. Lo que me preocupaba era el hecho de que fuera la pequeña de la camada, pero como mi hermana era pequeña y estaba enferma al nacer, haré todo lo que esté en mi mano para que esta pequeña crezca sana.

Mary le preguntó: —¿Cómo va a llamarla?

Darcy se encogió de hombros. —No estoy seguro. Primero tengo que preguntar al señor Bennet si me permite tener un animal tan joven en su casa. En cuanto a su nombre, he pensado esperar un día o dos para ver qué clase de personalidad tiene. Quiero que tenga un nombre que refleje su personalidad.

Elizabeth le respondió: —Así que, si es tranquila y refinada, puede llamarla Jane... O podría buscar uno de los personajes de Shakespeare para ponerle el nombre.

Darcy exclamó asombrado: —¡Nunca podría ponerle a un cachorro el nombre de la señora Bingley! Podría sentirse insultada.

Mary se rio disimuladamente. —Cuidado Lizzy. Si la cachorra es de algún modo juguetona o impertinente, el señor Darcy podría ponerle tu nombre.

Elizabeth adoptó una actitud regia y decretó: —Las mejores personas son juguetonas e impertinentes. Yo no me ofendería, pero Mary, deja que el señor Darcy le ponga a su cachorra el nombre que más le guste.

Darcy se excusó: —Le ruego que me disculpen. Voy a hablar con su padre y a llevar a esta pequeña dama adentro. Espero que se reúna conmigo pronto.

§

Darcy estaba confundido y no sabía qué hacer con su vida. Había conocido a varias personas de Meryton y, aunque no eran personas con las que se hubiera relacionado en el pasado, todas lo habían tratado con amabilidad o, en algunos casos, como un miembro de la familia. Darcy estaba tan acostumbrado a tener en cuenta los deseos de Georgiana durante las fiestas que, por primera vez en mucho tiempo, tenía la opción de hacer lo que quisiera. Como se acercaba la Navidad la semana siguiente, decidió que debía organizar algunos pequeños regalos para sus nuevas amistades.

Dirigiéndose a su ayuda de cámara, Darcy dijo: —Adams, me gustaría pedirte que lleves esta lista de artículos para mandarlos a pedir a la ciudad y que sean enviados por correo a aquí.

Adams le respondió: —Muy bien, señor. Aquí hay algunas cartas que acaban de llegar para usted. ¿Hay algo más que necesite?

Darcy se encogió de hombros. —Agradecería tu ayuda con un nombre para la cachorra. No puedo seguir llamándola “pequeña”.

Adams le preguntó: —¿Qué nombres han sugerido las señoritas Bennet, señor?

Darcy sonrió. —Cuando recibí a la cachorra por primera vez, los nombres sugeridos fueron Jane, Lizzy o algo de Shakespeare. Sin embargo, quise esperarme a estar un poco más con ella para ver cómo era su personalidad antes de ponerle un nombre. Lamentablemente, no estoy cerca de decidirme por ninguno.

Adams disimuló una risa con una tos. —Perdóneme, señor, pero creo que ya ha decidido cómo quiere llamar a la cachorra. Simplemente tiene miedo de ofender a la joven.

Darcy se rio. —Irónicamente, en un principio había pensado llamarla Georgie, pero después de verla robar las flores de la señorita Bennet y de la señorita Mary y dejar un rastro de pétalos y agua por el salón de la señora Bennet ayer me hizo pensar que Lizzy sería el nombre perfecto para ella. De antemano visitaré al señor Bennet para asegurarme de que no se ofenderá en nombre de su hija.

Adams se inclinó. —Muy bien, señor. Llevaré su carta a Meryton para ser depachada. Las tiendas están muy ocupadas en esta época del año.

Darcy le contestó: —Gracias. Me había olvidado de eso.

Antes de salir de Longbourn rumbo a Meryton, el joven se detuvo en la biblioteca del señor Bennet y llamó a la puerta. El señor Bennet abrió la puerta y lo miró sorprendido. —¿Adams? ¿Hay algo que pueda hacer por usted?

El joven se inclinó. —Siento molestarlo, señor Bennet. Estoy haciendo un recado para el señor Darcy y pensé en comprobar si usted necesitaba algo en Meryton mientras estoy allá.

El señor Bennet asintió. —Sí, gracias. Tengo una carta en mi escritorio para enviarla. Pase y déjeme recogerla de mi escritorio.

Adams entró y cerró la puerta tras de sí. —Le pido disculpas por el engaño, señor, pero quería comunicarle que el señor Darcy acaba de recibir una carta de su primo, quien parece haber llegado a Londres. El remitente era la casa del conde.

—Bien, bien—. El señor Bennet se ajustó los anteojos. —Necesitaré la dirección del buen coronel. Creo que le debo una carta.

El joven se inclinó de nuevo. —Muy bien, señor. Debo darme prisa. Ah, y debería esperar una visita de mi amo pronto en relación al nombre para su nueva cachorra.

El señor Bennet soltó una carcajada. —Ya veo. Bueno, no le pediré que me revele el nombre, pero me imagino que puedo adivinarlo. Gracias, Adams.

§

Poco después, Darcy llamó a la puerta de la biblioteca del señor Bennet y entró al ser invitado. Al ver a su anfitrión, se inclinó y lo saludó: —Buenos días, señor Bennet. Me preguntaba si podía hablar con usted.

El señor Bennet estudió al joven: —¿Le ocurre algo, señor Darcy? ¿En qué puedo ayudarle?

—Señor Bennet, usted, su familia y gran parte del pueblo de Meryton han sido muy amables conmigo. Debo confesar que, en el

pasado, tal amabilidad solía ser una estratagema para acercarse a mí o, más bien, una forma de comprometerme de un modo u otro.

Las cejas del anciano se alzaron con sorpresa. —¿De verdad? ¿Por qué razón?

Darcy le explicó: —Principalmente por el patrimonio y la fortuna de mi familia. La mayoría de la gente no se interesa por mí personalmente, ya que soy poco sociable por naturaleza.

El señor Bennet asintió en señal de comprensión. —Puedo ver por qué cuestiona esa amabilidad. Pero creo que lo he distraído de su verdadero propósito. Me ha buscado para hacerme una pregunta.

—Sí. Como ya sabe, me han regalado una pequeña cachorra a la que todavía no le he puesto nombre. En primer lugar, me gustaría agradecerles a usted y a la señora Bennet por permitir que la cachorra se quede aquí. Sé que ella ha hecho su vida aquí aún más... interesante. Sí, creo que es la palabra que estoy buscando. Finalmente llegué a una decisión para el nombre de la cachorra, pero temo que mi elección pueda ofender a su familia. Es por eso que estoy aquí, señor, para poner bajo su consideración el nombre que elegí.

El señor Bennet se rio. —Señor Darcy, tiene mi bendición para llamar a la cachorra Lizzy. Esa pequeña cachorra ha hecho sonreír a todos los miembros de esta casa. Sus travesuras son bastante entretenidas, incluso cuando usted trata de reprenderla.

Darcy se quedó boquiabierto. —¿Cómo sabía que ese era el nombre que deseaba ponerle?

El señor Bennet sonrió. —Fue Mary quien me compartió sobre la conversación que mantuvieron cuando le regalaron a la cachorra, y la forma en que Lizzy se comportó me hizo pensar que sería adecuado que le pusiera ese nombre. Creo que con el tiempo, su Lizzy tendrá un compañero y si no me equivoco, ese cachorro llevará el nombre de su querida hermana. Sólo que es demasiado pronto y demasiado tierno para que usted lo haga.

Darcy asintió: —Es cierto. Había pensado en llamarla Georgie, pero no pude. Tal y como están las cosas, me siento culpable por encontrar la felicidad sin mi hermana. Aún no han pasado seis meses y, en los últimos días de mi luto por ella, usted, su familia y la gente de Meryton ha estado a mí alrededor para demostrarme que no estoy solo y que sigo formando parte de una familia.

El señor Bennet preguntó en voz baja: —¿Cuándo termina el periodo de su duelo, señor Darcy?

Darcy tragó. —El día antes de Nochebuena. Salgo del luto durante la temporada festiva, que es una época en la que las familias se reúnen.

El señor Bennet puso una mano en el hombro del joven. —Bueno, su amigo regresará cualquier día y sé que, aunque ha sido un momento difícil para usted, recuerde que siempre será bienvenido entre las familias de Meryton. Ahora, me acaban de entregar este paquete para usted. Parece que siguen llegando sus regalos misteriosos, sin importar dónde se encuentre usted.

Darcy aceptó el paquete y lo abrió para revelar una partitura de música que había sido doblada en forma de una intrincada

flor. Le comentó a su anfitrión: —Quienquiera que esté enviando estos regalos es muy creativo. Nunca sé que será lo siguiente que recibiré. Creo que sé cuál es el mensaje, pero necesito unas cuantas notas más para estar seguro.

El señor Bennet preguntó con renuencia: —Sé que es un mal momento para usted y que probablemente no querrá asistir, pero como su luto termina el día antes de Nochebuena, ¿asistirá al baile que está previsto para esa noche?

Darcy lo pensó por un momento: —Creo que sí asistiré. Sí, sigue siendo difícil, pero no puedo honrar a mi hermana si no encuentro la felicidad, y así podré bailar con sus hijas.

Sagazmente, el señor Bennet le preguntó: —¿Todas mis hijas, señor Darcy, o sólo una en particular?

El señor Darcy enrojeció. —Creo que ya le he quitado suficiente tiempo, señor Bennet. Le agradezco su comprensión—. Con eso, se retiró a reflexionar sobre la insinuación del señor Bennet.

§

Elizabeth tomó la carta de su padre y la añadió a la pila de correo por enviar. Estaba más callada de lo que acostumbraba. El señor Bennet observó: —Lizzy, creo que echas de menos al señor Darcy desde que regresó a Netherfield con su amigo.

Miró a su padre: —Sí que echo de menos su compañía, papá. Aparte de ti, es un hombre muy culto que parece disfrutar de nuestros debates.

—¿Te molestó que le permitiera ponerle a la cachorra tu nombre?

Elizabeth negó con la cabeza. —No, papá. Me pareció muy dulce que el señor Darcy pensara que la cachorra es tan traviesa como yo. Como le dimos la cachorra antes de tiempo, por fin he encontrado su regalo para Nochebuena.

—Bien, Lizzy, ¿qué será este regalo? —El señor Bennet se sentó hacia adelante.

Elizabeth sonrió. —He encontrado una pequeña estatuilla de una rana que me ha parecido perfecta.

Su padre se rio. —Sí, puedo ver que él disfrutaría de un regalo así y, como es justo antes de que se complete el mensaje, no importará si el señor Darcy adivina que tú eras la persona que estaba detrás de los regalos.

Elizabeth le preguntó: —¿Has sabido algo de su primo? ¿Sigue pensando en quedarse aquí?

—He tenido noticias del coronel y tiene previsto llegar temprano en Nochebuena y llegar al baile una vez que esté en marcha para que el señor Darcy no se entere de su arribo.

Elizabeth se mordió el labio inferior. —Papá, ¿crees que el señor Darcy se enfadará con nosotros o conmigo por lo que hemos hecho? Sé que es un caballero muy correcto y lo que estamos haciendo va en contra de las reglas de decoro.

Meditó la pregunta por un momento: —No lo creo, querida. Has conseguido hacer lo que habías planeado. Has hecho que un hombre afligido vuelva a encontrar la alegría de vivir. El

señor Darcy siempre echará de menos a su hermana, pero ahora comprende que es bueno volver a vivir la vida y encontrar de nuevo la alegría y el amor. Tengo entendido que piensa venir esta tarde a hablar contigo.

Elizabeth se sonrojó. —Entonces me quedaré aquí y ayudaré a Mary a terminar de arreglar su vestido para el baile de Nochebuena.

§

Darcy y Elizabeth estaban paseando por los jardines de Longbourn, con Mary detrás como su chaperona. Darcy estudió a Elizabeth por un momento antes de preguntarle: —Señorita Bennet, mi primer evento social al salir del luto será el baile de Nochebuena. ¿Podría solicitar un baile con usted?

Elizabeth lo miró. —Será un honor, señor, siempre que no le incomode bailar tan pronto.

Darcy le agradeció: —Es usted muy amable al pensar en mi dolor, pero he descubierto que necesito vivir mi vida y no regodearme en el pasado. El regalo del diario por parte de tu familia fue un gran consuelo para mí y pude anotar muchas cosas.

Elizabeth asintió. —Me alegro de que le haya sido de ayuda. Sólo teníamos la intención de que anotara algunos pensamientos al azar, pero parece que ya ha llenado las páginas.

Darcy se sonrojó. —Lo hice, sí. De hecho, salí a comprar más diarios y también llené esas páginas. Descubrí que una vez que empezaba a escribir no quería detenerme.

Elizabeth no dijo nada y siguió caminando a su lado en silencio durante varios minutos.

—Señorita Bennet, hace un tiempo usted me preguntó qué le había sucedido a mi hermana. Creo que estoy preparado para contárselo si aún desea saberlo.

Elizabeth levantó una mano. —Señor, no era asunto mío y no debería haberle hecho una pregunta tan insensible en este momento. Le ruego que olvide lo que le pregunté y me perdone.

Darcy la estudió detenidamente.—Señorita Bennet, es usted una dama muy amable y atenta y no ha hecho nada malo. Creo que si mi hermana viviera, habría disfrutado de su compañía. Ahora, ¿puedo hablarle de mi hermana, Georgiana?

Elizabeth asintió. —Por supuesto, señor. Sería un honor saber sobre su hermana.

Darcy procedió a pasar la siguiente hora paseando por los jardines con Elizabeth hablando de su hermana. Le habló de lo que significaba tener una diferencia de edad tan grande entre hermano y hermana y, a pesar de ello, de la cercanía que compartían y del amor y el respeto que existía entre ellos. Al final de su conversación, Darcy sintió una ligereza en su corazón que nunca antes había sentido.

Elizabeth intervino cuando él terminó de hablar. —Puedo entender por qué esto ha sido tan difícil para usted. Espero que regrese a visitar a su amigo, el señor Bingley, con frecuencia. Mi padre y yo hemos disfrutado de su compañía en las últimas semanas.

Él le sonrió. —Espero hacerlo. Ahora, debo pedirle disculpas y partir, pues su padre ha mencionado que usted iba a asistir a una cena con los Lucas esta noche. Antes de irme, deseo asegurar mis bailes para este evento. Ya que ha aceptado bailar conmigo, me gustaría pedirle el primero si no tiene otro compromiso y luego pedirle también el de la cena.

Elizabeth se sorprendió, pero le respondió: —No estoy comprometida para esos bailes.

Darcy se inclinó. —Entonces le deseo a usted y a su familia una agradable velada.

Mary se unió a Elizabeth mientras veían partir al señor Darcy y observó: —Lizzy, creo que el señor Darcy está enamorado de ti.

§

Darcy levantó su regalo más reciente. Ahora podía adivinar el mensaje del que todos los habitantes de Meryton habían sido partícipes: *“Le deseamos una feliz Navidad y un próspero Año Nuevo. Sus amigos y vecinos del pueblo de Meryton. Piense en el pasado conforme el recuerdo le depare placer.”* Darcy estaba ahora seguro de que Elizabeth estaba detrás de estos regalos. Porque tanto el regalo de hoy como el de la última fase eran cosas de las que ella había formado parte. Cuando la había conocido por primera vez, Elizabeth había usado esa frase y el regalo de hoy era una pequeña y linda rana verde. Sólo podía ser ella. Darcy no podía esperar al baile. Él nunca se había emocionado por un baile, pero estaba ansioso por que comenzara el de esta noche.

Estaba oficialmente fuera del luto y estaba listo para vivir la vida al máximo.

¿Quieres leer la historia completa?

**Apoya a la autora y encuentra
“*Mr. Darcy’s Christmas Surprise*”
disponible a la venta en Amazon.**

Sobre la autora

Debra-Ann Kummong se enamoró de *Orgullo y prejuicio* cuando lo leyó en preparatoria. De día, trabaja como una asistente administrativa y es una gran lectora cuando no está ocupada tramando su siguiente libro. Fue durante una de sus sesiones de escritura cuando se dio cuenta de que se había casado con su propio señor Darcy, que también tenía una pizca de coronel Fitzwilliam.

Cuando no está leyendo o escribiendo, Debra-Ann pasa tiempo con su esposo, Jeff, y sus pastores alemanes, Fitz y Lizzy (sí, los perros llevan el nombre de los personajes, incluso se comportan como ellos). Si quieras contactar con Debra-Ann puedes seguirla a través de sus redes sociales:

Facebook: [fb.com/DebraAnnKummoung](https://www.facebook.com/DebraAnnKummoung)

Twitter: @DKummoung

Instagram: @debraannkummoung

Un pícaro al rescate

Un fragmento de la novela

«Step Lively, Mr. Darcy»

por Laura Hile

John e Isabella Thorpe (de “La abadía de Northanger”) son primos lejanos que han sido invitados a pasar las festividades de Navidad con los Bennet en Longbourn. ¡Oh cielos!

—Nunca he entendido —refunfuñó Charles Bingley —por qué uno no puede hacer una visita matutina hasta bien entrada la tarde.

—Es de suponer que es porque no quieres sorprender a la familia Bennet durante el desayuno —dijo Darcy.—Especialmente la mañana siguiente a un baile—. Una ráfaga agitó la solapa de su abrigo de montar. —Parece que va a llover —agregó él.

—Como he dicho, deberíamos haber venido antes. Pero no tiene sentido llorar sobre la leche derramada. Vamos.

Charles animó a su caballo para que empezara a galopar. Darcy le imitó.

La Residencia Longbourn, construida con un suave ladrillo rojo, destacaba en el terreno de la propiedad. El jardín que la rodeaba contaba con magníficos árboles maduros, desnudos contra el cielo gris de diciembre. Debajo de uno de ellos, Darcy notó un destello de color. Redujo su paso. Quienquiera que fuera llevaba una capa azul. Algo en la mujer le resultaba familiar.

—Tú continúa —le dijo Darcy a Charles. —Yo iré enseguida.

Charles tiró de las riendas. —¿El caballo perdió una herradura? —gritó.

Darcy le hizo un gesto para que siguiera adelante. Era tal el anhelo de Charles por ver a Jane Bennet que accedió sin preguntar.

Efectivamente, la mujer estaba acomodada estrechamente contra el tronco de un enorme roble, como si se estuviera escondiendo de alguien. Era una impresión ridícula, pero Darcy no podía quitársela de encima.

También pudo comprobar que su presentimiento inicial era correcto: allí estaba Elizabeth Bennet. Se bajó de la silla de montar y se acercó a ella a pie. —Buenas tardes —dijo en voz baja.

Ella se giró para mirarlo. —¿Señor Darcy? —Sus hombros se hundieron, ¿podría ser de alivio? —Gracias a Dios —dijo ella. —Creía que usted era otra persona.

Los labios de Darcy se torcieron en una sonrisa. —Sería una experiencia novedosa para mí. Por lo general, me reconocen enseguida, por mucho que desee ocultarme—. Puso una expresión de interrogación.

Elizabeth entendió su significado. —Si fuera verano, y si esto fuera un árbol del huerto, me sentiría tentada a subirme a las ramas. Es una forma conveniente de permanecer fuera de la vista.

—Ya veo —dijo él amablemente. —Supongo que ocultarse es un asunto de cierta importancia.

—Lo es—. Hizo una pausa, como si estuviera debatiendo si continuar o no. —Mi primo, al que usted conoció anoche, está llevando su pequeño carroaje a los establos y regresará con un caballo ensillado. Tiene la intención de darme una lección de equitación, independientemente de que la quiera o no.

—¿Usted aceptó ir a dar un paseo en el carroaje de su primo?

—Es absurdo, lo sé. Pero aquí estoy.

—Perdóneme, pero después del modo en que él se comportó en la asamblea...

—No tuve elección. Gracias por rescatarme, por cierto.

—Fue un placer.

—Aunque sólo agregó leña al fuego al insistir en dos bailes.

—Pero entonces, también lo hizo el señor Thorpe —señaló Darcy.

De nuevo, ella suspiró. —Por desgracia.

—Esto no explica por qué aceptó acompañarlo a salir.

—Si yo no me hubiera ofrecido, él se lo habría pedido a Jane. Está muy prendado de ella, y ella es demasiado bondadosa para negarse.

—¿Un hombre como él?

—Jane está influenciada por la preocupación de mamá por nuestro futuro y...— Elizabeth se detuvo. —Parece que pronto tendremos una tormenta.

—Qué mejor momento para sacar el carruaje, ¿no es así? —refunfuñó Darcy.

Fue recompensado con una sonrisa. —Mi primo pretendía buscar muérdago, pero cuando se enteró de que no cabalgo, se vio sorprendido. Si empieza a llover pronto, mi lección de equitación no tendrá lugar. Nunca he tenido tantas ganas de rogar para que llueva.

—¿Cómo es que su hermana cabalga y usted no? Habría pensado que usted es una intrépida amazona.

—Tuve el infortunio de sufrir una estrepitosa caída. Después de eso, nadie fue capaz de convencerme de que aprendiera.

Darcy podía enseñarle, ¡oh, pero claro podía! —Una caída es culpa del instructor —dijo él con firmeza. —No del alumno.

—Y con el señor Thorpe, sin duda tendrá otra caída—. Levantó la barbilla. —Y si usted cree que accederé a montar un pony, se equivoca.

—¿Un golpe al orgullo?

Ella se rio alegremente. —En efecto, sí. ¡Cómo acertó! Me alegro de corazón de que no tengamos un pony. O un caballo para montar que cuente con la aprobación del señor Thorpe. Él es muy riguroso.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque cada oportunidad que tiene, él siente el deber de anunciar su experiencia. Créame, si pudiera montar, le robaría su caballo en este mismo instante y me iría galopando lejos de aquí.

Darcy no pudo evitar sonreír.—¿Dejándome a mí la búsqueda del muérdago con el señor Thorpe?

—Sería muy malo de mi parte, pero sí. Tiene usted razón al despreciarme, señor Darcy.

¿Despreciarla? ¡Esto no podría estar más lejos de la verdad!

§

Las nubes negras parecían amenazantes y las ráfagas de viento hacían correr las hojas de otoño por el césped, pero el señor Darcy permaneció a su lado. Elizabeth sabía que debía regresar a la casa, pero cuando supo que el señor Bingley había llegado, se mantuvo en su sitio. Jane debía tener la oportunidad de hablar con él. Si su ruidoso primo entraba a toda prisa en el salón, lo arruinaría todo.

Además, no era desagradable conversar con el señor Darcy. Al parecer, el señor Bingley planeaba invitar a los Bennet a cenar.—No tenemos una anfitriona adecuada —le explicó, justo cuando la voz de John Thorpe llegó resonando a través de los árboles.

—Hola-hola.

Con un escalofrío, Elizabeth se volvió para mirar a su primo. Pero ¿dónde estaba el caballo para montar? John Thorpe conducía su carroaje y, como era de esperarse, se acercó a ellos a toda velocidad. Sólo en el último momento frenó.

—Ese sujeto, Ned (o como se llame), no tiene un caballo adecuado para montar en ninguna parte —gritó.—Sólo una bestia con cara de losa que no tiene por qué llamarse caballo— El señor

Thorpe soltó una risotada que más parecía un rebuzno. —Así que volveremos a conducir en el carruaje.

Señaló con un pulgar al señor Darcy. —¿Quién es él?

—Lo conociste anoche en la asamblea.

—A él y a una veintena de otros. ¿Cómo puede un hombre recordarlos a todos? Además, sólo me fijé en las mujeres bonitas—. Se inclinó para tirar de Elizabeth hacia el interior del carruaje, pero fue el señor Darcy quien le tomó la mano y la ayudó.

El rostro del señor Thorpe se nubló. —Por Júpiter, es el caballero que bailó contigo. No una, sino dos veces—. Bajó la voz.

—No estoy seguro de que me guste.

—Es el señor Darcy —dijo Elizabeth con suavidad.

John Thorpe se removió en su asiento. —¿Cómo está? —dijo.

—Soy Thorpe, el primo de Elizabeth. Un primo lejano pero cercano, podría decirse. ¡Ja, ja!

Incómodo por el comentario, el señor Darcy le hizo al señor Thorpe la más leve de las reverencias de cortesía. ¡Qué encantador que aquel hombre supiera cómo desalentar a los pretenciosos!

Desgraciadamente, a John Thorpe no le servían las sutilezas sociales. —¿Qué le parece mi carruaje, Darcy? Es muy impresionante, ¿verdad? Con un diseño de currículo y fabricado en la ciudad. No es muy adecuado para el campo, pero eso no le importa a nadie.

A Elizabeth le dijo: —He tomado prestado un cuchillo para cortar muérdago. El tal Ned me ha dicho que hay un poco de

muérdago en el huerto de manzanas, como si yo supiera dónde está. Qué gente tan poco servicial tienen aquí.

—Los árboles están sin hojas, señor Thorpe. No debería ser difícil encontrar matas de muérdago. El huerto —añadió ella— está al sur de la casa.

El señor Darcy estaba ahora montado en su caballo. —Iré con ustedes —dijo. —Bingley tiene mucho interés en encontrar muérdago. Él es del norte, donde no es tan común ver muérdago.

—Bingley —refunfuñó John Thorpe. —¿Es alguien más a quien debería recordar de la asamblea?

—Es amigo de Jane. Y nuestro también, por supuesto.

—Oh, ese sujeto. Tampoco estoy seguro de que me agrade.

—Está ocupando Netherfield Park hasta el día de San Miguel.

John Thorpe asimiló el comentario: —Un hombre con recursos, ¿verdad? ¡Oh! ¿Sabe mi hermana de él? —De nuevo rompió a reír.

Elizabeth no podía creer lo que estaba oyendo. ¡Incluso el señor Collins tenía mejores modales que esto!

—Digo, vaya pedazo de carne de caballo que tiene, Darcy—. El señor Thorpe clavó su codo en las costillas de Elizabeth. —¡Eso es lo que yo llamo un caballo! Si tus establos tuvieran uno como él, tendrías tu lección, prima.

El señor Darcy frunció el ceño. —Seguramente no puede estar hablando en serio. Esta no es una montura para un principiante.

La única respuesta del señor Thorpe fue reírse ruidosamente y azotar a su caballo. —¡Al huerto! —gritó, mientras empezaban a caer gotas de lluvia.

§

Las ligeras lluvias fueron más bien una suerte, ya que acortaron su expedición. El primo de Elizabeth estaba satisfecho con su cosecha, y anunció su determinación de adornar la Residencia Longbourn de inmediato.

—Muchas oportunidades para ser útil, ¿eh? —cacareó él, sonriendo ampliamente. —¡Cuántas primas bonitas para besar! Un cielo para mí.

La forma en que miraba a Elizabeth hizo hervir el temperamento de Darcy. Además, la afición de Thorpe a conducir a tope, de lo que se jactaba repetidamente, mantenía a Darcy en alerta. Si Thorpe rompía un eje y lanzaba a Elizabeth a una zanja, tendría mucho por lo que responder.

El vehículo llegó a toda velocidad a la entrada de los carroajes, con Darcy a su lado. Thorpe se detuvo, bajó de un salto y ayudó a Elizabeth a hacer lo mismo. Con el muérdago en la mano, se dirigió hacia la casa dando brincos.

Darcy le entregó su caballo al mozo de cuadra y le ofreció su brazo a Elizabeth. —Me disculpo por estar mal preparado —dijo en voz baja. —Deberías poder contar con un paraguas en este momento.

—Estoy demasiado aliviada como para preocuparme. La odiosa lección de equitación no tuvo lugar, por lo que doy gracias a Dios. Esta bendita lluvia— agregó —fue una respuesta a mis plegarias.

Darcy dio un paso hacia la casa, pero Elizabeth lo retuvo.
—Debo advertirle. La hermana del señor Thorpe ha estado haciendo preguntas.

Sus ojos se encontraron con los de ella.—Preguntas —repitió.
—¿Sobre mí? —¿Por qué estaba ahora él sonriendo?

—Le aseguré a la señorita Thorpe que usted no sólo es orgulloso, sino también muy desagradable. En otras palabras, ella no merece gastar su tiempo.

—Gracias.

—El problema es que, debido a su riqueza y posición social, ella obviamente piensa que usted sí lo merece.

—Prometo estar en guardia —dijo seriamente.

—¿Lo hará? ¿Puedo señalar, señor, que no le conviene sonreír?

Darcy bajó la voz. —¿Ni siquiera a usted?

—Especialmente no a mí. Ella es la clase de joven que se complace en robarle el pretendiente a otra joven.

Darcy sintió que el rubor subía a sus mejillas. Maravilla de maravillas, ¿era así como Elizabeth lo veía? —¿Soy su pretendiente? —logró decir.

—Desde luego que no. ¿Por qué habría de serlo?

—En realidad, yo...

—Sólo digo que Isabella no se detendrá ante nada para... —
Fue interrumpida por el sonido de una puerta abriéndose.

—Vaya, señor Darcy —exclamó la señorita Thorpe.

Darcy se ahogó en una carcajada.

—Oh, cielos —dijo Elizabeth. Los hoyuelos en sus mejillas se marcaron adorablemente.

—¡Qué encantador que haya venido! Venga a resguardarse de la lluvia. No puedo imaginarme por qué está aquí fuera de esta manera tan absurda.

—¿No puede? —preguntó Darcy. —Le aseguro que tengo una muy buena razón.

—No tiene ninguna —susurró Elizabeth.

—Oh, pero claro que la tengo.

Elizabeth entrecerró sus ojos risueños ante él. —¡Qué poco sincero es usted! Y yo que pensaba que estaba orgulloso de su honestidad.

Darcy no pudo resistirse; la oportunidad era simplemente demasiado perfecta. —Muy bien —dijo. —Se lo demostraré.

Con la mano que tenía libre, tomó la barbilla de Elizabeth. Luego se inclinó hacia adelante y presionó suavemente sus labios sobre los de ella. No se apartó inmediatamente.

La señorita Thorpe lanzó un grito.

—Espera un momento —murmuró Darcy, con sus labios contra los de Elizabeth. La puerta principal no tardó en dar un satisfactorio portazo.

Elizabeth se echó hacia atrás. Tenía los ojos muy abiertos. Era evidente que estaba nerviosa, al igual que él. ¿Por qué diantres la había besado?

—Gracias por rescatarme —dijo él. —No tendré más problemas con ella.

—Usted no solo es orgulloso y desagradable —espetó Elizabeth—, sino que también es un pícaro. Sí, y un sinvergüenza también.

Darcy sintió que sus labios se curvaban en una sonrisa. —Así es —dijo humildemente.

—¡Usted es mucho peor que el señor Thorpe!

Darcy le apartó un mechón de cabello húmedo de la mejilla. —Las cosas que un hombre descubre sobre sí mismo.

—Además —continuó ella, como si él no hubiera hablado—, es probable que mis hermanas nos estuvieran espiando a través de la ventana. Y sólo el cielo sabe quién más.

Este fue un pensamiento feliz. —¿Está Wickham ahí dentro? ¿Está mirando hacia afuera ahora? Con gusto le devolveré el favor y la rescataré de él.

—¡Hombre insufrible! ¡No necesito ser rescatada, señor, de nadie!

—Con la excepción de Thorpe—. Darcy le ofreció su brazo.
—¿Entramos?

Ella dio un suspiro y colocó una mano bajo su codo. —No sé cómo voy a enfrentarme a ellos.

—Yo no me preocuparía, querida. Su primo entró con el muérdago, y ya sabes lo ruidoso que es. La única que nos vio fue la señorita Thorpe.

—¿No es eso suficiente?

—A las mujeres ambiciosas no les gusta anunciar sus fracasos. He conocido suficientes para saberlo—. Le cubrió la mano con la suya y añadió: —Lamento que el beso no haya sido de su agrado. Estoy tristemente fuera de práctica cuando se trata de besar.

—No precisamente... —Ella dejó de hablar. —Muy bien. Estaremos de acuerdo en dejar el pasado en el pasado, señor. Siempre y cuando no vuelva a suceder.

—Ah —dijo Darcy, sonriendo. —Puedo prometerle muchas cosas, señorita Elizabeth. Pero esto que pide no estoy dispuesto a aceptarlo.

—¿No lo lamenta?

—Vamos. ¿Qué clase de pícaro sería si lo hiciera?

¿Quieres leer la historia completa?

Apoya a la autora y encuentra

“Step Lively, Mr. Darcy”

disponible a la venta en Amazon.

Sobre la autora

Los lectores adoran las alegres novelas de la Regencia de Laura Hile. Su estilo característico -con tramas entrelazadas, momentos de suspense, humor a carcajadas y un romance casto- hace que vuelvan por más. La comedia le viene a Laura a través de su profesión como maestra. ¡Nunca hay un momento aburrido con los estudiantes adolescentes!

Vive en el noroeste del Pacífico con su marido, su jardín y una colección de relojes antiguos. Algun día le gustaría añadir un gato... ¡o tres!

Sigue a Laura a través de sus redes sociales y sitios en línea:

laurahile.com

Facebook: [fb.com/LauraHileAuthor](https://www.facebook.com/LauraHileAuthor)

Instagram: [@laura_hile](https://www.instagram.com/laura_hile)

El ángel de nieve

por Suzan Lauder

El mundo exterior había cambiado mientras Elizabeth había bailado y disfrutado durante el baile de Netherfield, y sin embargo apenas se había percatado de ello. En lo que a ella se refería, pudo haber sido verano, pero se había convertido en pleno invierno. Mientras tanto, su mente daba vueltas a todo esa nueva y desagradable información. A pesar de su distracción, se apretó la capa alrededor de los hombros para protegerse del frío. ¡Oh, no! Estuvo a punto de resbalar con el hielo. La grava, húmeda por los tres días consecutivos de lluvia, se había congelado, lo que hacía que el camino hacia el carroje fuera traicionero. Eso le enseñaría a no prestar atención a su entorno.

Tras un suspiro ante la belleza que la rodeaba, sacó la lengua para intentar atrapar un copo de nieve que caía. Tenían suerte de que la nevada fuera ligera por el momento, y la familia Bennet llegaría a casa antes de que se acumulara. Con suerte, mañana estaría soleado, derritiendo el hielo y la nieve y sin dejar rastro de este tiempo para la mañana temprano. Necesitaba dar un paseo para reflexionar sobre la nueva información que la confundía, y no podía ser interrumpido por un camino helado.

Había esperado a ir con mamá y papá por instrucciones de éste mientras sus hermanas se adelantaban a Longbourn y devolvían el carroje. Mamá estaba indignada. Había querido que Jane fuera de las últimas en partir. Su plan era que Jane se casara

con el señor Bingley y creía primordial que ambos estuvieran juntos hasta el último minuto, que eran las tres de la mañana.

En el carroaje, la voz de papá era tan tensa, casi tan tensa como lo había sido el cuerpo del señor Darcy durante su discurso esa misma noche en la biblioteca de Netherfield. Por supuesto, mamá se negó a escuchar la explicación de papá.

—No, no, debes estar equivocado. El señor Darcy debe estar mintiendo. ¿Cuatro mil libras gastadas en tres años? Oh, vaya. ¿Cómo podría el señor Wickham lograr semejante hazaña? Yo no podría, y tengo cinco hijas en las que gastar mi dinero.

—Señora, ¿alguna vez has pensado qué clase de vida disoluta se robaría semejante suma? Sin embargo, ese no es el final de la historia. Esa parte sólo demuestra que debemos advertirle a nuestras amistades y vecinos de sus inclinaciones como apostador.

—Lo haces sonar tan terrible cuando hablas así. No puede haber sido tan disoluto.

—Escucha, y escucha bien, señora Bennet. Es más corrupto de lo que puedes imaginar, pues no sólo gastó ese dinero y exigió el sustento, sino que también ha estado jugando con varias damas.

—Has oído que está cortejando a esa horrible pequeña Mary King en lugar de a una de nuestras niñas. Bueno, ella no retendrá su interés por mucho tiempo, y pronto volverá a cortejar a una de mis hijas. Ya lo verás.

—Espero que nunca más ponga un pie cerca de una de nuestras hijas. De hecho, tiene prohibida la entrada a Longbourn y estar a diez metros de nuestras hijas.

—¿Diez metros, señor Bennet? ¡No seas ridículo! ¿Cómo van a atrapar a un esposo si el mejor de los oficiales debe mantenerse tan alejado?

—Escucha y sabrás que es un peligro para ellas.

Entonces papá procedió a contarle la historia del señor Darcy acerca de la joven hija de un caballero con la que el señor Wickham había intentado fugarse, todo por su gran fortuna de treinta mil libras. La joven se quedó con el corazón roto cuando el señor Wickham descubrió que no podía acceder al dinero, su único objetivo. Sin embargo, el señor Darcy también tenía claro que el señor Wickham había abandonado a muchas jóvenes de la misma manera, por lo que nunca debería estar a solas con ninguna joven de cualquier condición social. —El crimen de robarle a una heredera, y algo peor. Por eso no nos asociaremos más con ese bribón libertino.

Mamá abrió y cerró la boca varias veces tras el discurso. —¿El señor Darcy está seguro de esto? —preguntó cuando recuperó el uso de la lengua. —¿No habrá algún error?

—Él me comentó algunos detalles que no estoy dispuesto a divulgar y que me convencieron, señora, y tiene un testigo fiable—. El señor Darcy había revelado que la dama con la que el señor Wickham había intentado fugarse era su propia hermana, Georgiana, y que también fue motivado por su deseo de venganza contra el señor Darcy. Su primo, un coronel del ejército podía

atestiguar la historia. Aunque Elizabeth se había escandalizado, ella y papá nunca le revelarían a nadie los detalles sobre la señorita Georgiana Darcy.

Después de permanecer en silencio y haberle permitido que papá dirigiera la conversación, Elizabeth no pudo seguir conteniendo la lengua. Era necesario convencer a mamá, o el peligro para Lydia y Kitty estaba garantizado, ya que sus dos hermanas menores estaban enamoradas del señor Wickham y además eran unas ridículas coquetas. Ella y papá necesitaban la ayuda de mamá para mitigar el entusiasmo de las niñas por aquel horrible hombre. —Me asusta la idea de que coquetee con una de mis hermanas siendo ellas tan ingenuas me asusta. Mamá, él podría hacerles lo mismo.

—No tienen una gran fortuna. Es imposible que sean su de interés.

—Pero ellas sí han sido de interés para el señor Wickham. Como lo he sido yo. Me convenció con su lengua de plata de que él era el agraviado, y en el proceso, me hizo ser prejuiciosa en contra de un buen hombre.

—¿Y quién es ese buen hombre?

—El señor Darcy. Él le dio tres mil libras al señor Wickham para su educación, e incluso el señor Wickham dice que es bueno con su hermana. El señor Darcy es también un buen amigo del señor Bingley, y nosotros también deseamos la amistad del señor Bingley, ¿no es así? Él estima que el señor Darcy es mejor persona de lo que le hemos dado crédito. Entonces, esta noche, él fue honesto con papá y conmigo para preservar a nuestra familia

de un daño inminente. Puede ser orgulloso, pero es un hombre tenaz.

§

A la mañana siguiente

La vista desde la cima del monte Oakham era espectacular hoy, con todo el mundo alfombrado por unos pocos centímetros de nieve. Las texturas del suelo mostraban por aquí y allá donde la nieve no se había pegado a las cimas de los campos arados, sino que se acumulaba en los surcos. Una roca parecía llevar un sombrero, y los árboles del sendero brillaban con la helada. El aliento de Elizabeth estaba escarchado, y dio vueltas para disfrutar de las hermosas vistas, aunque agradeció que su pelisse de lana y su manguito la protegieran de la leve mordedura del aire.

Después de levantarse mucho más temprano que los demás en la casa, había venido antes del desayuno con la esperanza de encontrar algún sentido a los conflictivos pensamientos que tenían lugar en su mente, todos relacionados con el relato del señor Darcy de la noche anterior y su nueva opinión de él.

Por lo general, buscaba un tronco para sentarse cuando necesitaba pensar, pero ahora no se le apetecía ningún asiento que no fuera a humedecer su parte inferior. Arrugó el ceño y frunció los labios mientras daba unos pasos en una dirección y luego en otra. Lo único que estaba haciendo era arruinar la nieve inmaculada de la parte llana de la cima del monte. Se le ocurrió una idea y sonrió. Con mucho cuidado, se tumbó en una zona

despejada y extendió los brazos, luego movió los brazos y las piernas en abanico para hacer un ángel de nieve. Se le escapó una pequeña carcajada mientras se acomodaba en medio de su creación para pensar.

La noche anterior, durante el baile, cuando desafío al señor Darcy acerca del señor Wickham, este la tomó por sorpresa cuando pidió hablar con ella en la biblioteca.

—¿A solas? ¿No le importa mi reputación, señor?

—Traiga a su padre. Él también debería escuchar lo que tengo que decir.

El señor Darcy estuvo muy serio al narrar de su historia. Su semblante se mostraba afligido mientras describía las andanzas del señor Wickham en la universidad, aunque no había sido capaz de revelar ese deshonroso estilo de vida a su querido padre, que consideraba al señor Wickham casi como un hijo más. Eso le estrujó el corazón a Elizabeth. El señor Darcy mantuvo los puños apretados y adoptando una actitud rígida mientras contaba la casi fuga de su hermana, y ella no pudo contener las lágrimas en sus ojos. Cuando miró a su padre de reojo, él también se veía conmovido.

Sus anteriores opiniones tanto del señor Darcy como del señor Wickham se debieron a sus propios prejuicios, y eso la hizo reconsiderar sus interacciones previas con cada uno de ellos.

Cuando había hablado con el señor Wickham acerca del señor Darcy, fue ella quien mencionó primero el orgullo del señor Darcy. Fue su culpa de que el señor Wickham se haya sentido

lo suficientemente cómodo de hablar tan abiertamente de sus supuestos males y mentir acerca de su pasado con dicho caballero.

¿Y qué había del señor Darcy y su historia de ella con él? Tenía que admitir que lo había encontrado atractivo desde el primer momento en que él había entrado en la Asamblea de Meryton, pero ella se llevó una decepción por su comentario, que era meramente tolerable, por lo que tuvo que tragarse su orgullo y restarle importancia, ya que, de lo contrario, se habría sentido terriblemente herida.

Mientras Jane estuvo enferma en Netherfield Park, su mayor conciencia del señor Darcy que hizo que quisiera complacerlo, por lo que evadió sus sentimientos con pequeños comentarios burlones. Debería haber adivinado que algo distinto estaba ocurriendo cuando se sintió mortificada por la visita de su madre y sus hermanas menores y el trato de mamá hacia el señor Darcy la hicieron desear desaparecer.

¿Cómo podía creerse tan inteligente cuando se había estado engañando a sí misma todo este tiempo? El señor Darcy era enigmático de una manera magnética; por alguna razón, no podía dejar de pensar en él, incluso cuando estaba segura de que le desagradaba. Aquellos sentimientos nunca habrían podido llamarse respeto o estima, y sin embargo ella lo apreciaba de alguna manera imposible, ¡y eso la volvía loca!

¿Cómo iba a tratar con él ahora que había descubierto esto sobre sí misma? Wickham era fácil. Sólo obtendría indiferencia de parte de ella, en el mejor de los casos, e indignación, si acaso él procuraba vencer su intento de alejarlo.

El ruido de los cascos perforó el silencio de la mañana. Alguien se acercaba a caballo. Elizabeth hizo un esfuerzo para levantarse de la posición en la que estaba, estropeando parcialmente su ángel. ¿Quién podría estar cabalgando tan temprano?

§

Cuando se acercó al claro, la presencia de otra persona hizo que Darcy redujera la velocidad de su caballo a un paso. ¡Era la señorita Elizabeth Bennet! ¡Vaya, era muy madrugadora! Darcy desmontó yató a Hércules a un árbol, y luego se acercó para saludarla, a lo que ella respondió con una reverencia.

—Buenos días, señor Darcy.

—¡Buenos días a usted también! Veo que ha estado disfrutando! —Darcy señaló un ángel de nieve ligeramente dañado cerca de los pies de Elizabeth.

—Me he levantado con prisa, así que no está del todo perfecto. Veo que a menudo me inspiro en mis jóvenes primos—. Ella no lo miró. En su lugar, sus ojos permanecieron fijos en su deteriorado pero perfecto ángel de nieve.

—Siempre es agradable probar de vez en cuando algo del sabor de la juventud.

Cuando ella le ofreció una apretada sonrisa, él luchó para no confesarle el contenido de su corazón. Oh, Dios. ¿Realmente había desarrollado esa profundidad de emoción tan pronto? Una cierta atracción había crecido con el tiempo, por supuesto, pero se había convencido de que su atractivo no era más que

físico. ¿Acaso se estaba encariñando con esta dama? El poderoso sentimiento en su pecho seguramente así lo implicaba.

—Confieso que necesitaba un lugar para pensar, y no había ningún sitio donde sentarse que no estuviera cubierto de nieve, así que decidí que bien podría descansar sobre mi pelisse como en cualquier otra parte. Admito que disfruté haciendo el ángel de nieve, ya que me ayudó a reducir parte de la ansiedad de mis pensamientos.

La ligereza de su corazón se desplomó. Él debía adaptarse a su estado de ánimo y entablar una conversación apropiada. —Usted estaba contemplando todo lo que le dije anoche con respecto al señor Wickham—. Soltó un suspiro estremecedor. —No me extraña que el ángel de la nieve se sienta infeliz. ¿Tiene alguna pregunta para mí?

—No, señor. Usted fue bastante minucioso en su narración a mi padre y a mí. Ahora sé que elegí creerle al que tenía todo el encanto y la apariencia de un hombre honesto y desprecié al verdaderamente digno.

—No merezco tal cumplido, no obstante, se lo agradezco.

—Debería haberlo sabido. Por todo lo que se cuenta y por mis propias observación, usted parece caprichoso, y ha declarado que lo último que le gustaría es exponerse al ridículo. Todas las alegaciones del señor Wickham apuntaban a lo contrario.

—Tiene usted razón. De hecho, soy cuidadoso con mi reputación y, al reflexionando, puedo ser orgulloso hasta el hartazgo.

—¿Cuándo tuvo lugar esta reflexión?

—Casi toda la noche. Dormí poco pensando en las acusaciones que usted me ha propinado desde que la conozco.

Ella se sonrojó. ¿Qué había dicho él que causó tal incomodidad? O más bien, ¿lo que él había dicho que le había provocado algún pensamiento? —Tuve varios pensamientos similares mientras descansaba sobre mi ángel. Me equivoqué con respecto a usted y a mí, y lo lamento.

Ah. ¡Si fuera capaz de leer esos pensamientos! ¿Podría ella explicarse? Él permaneció en silencio durante unos momentos con la esperanza de que ella dijera algo más, pero no lo hizo. Sus ideas erróneas debían ser reflexiones secretas o le causaban una mayor mortificación. En cualquier caso, no las divulgaría ahora.

—¿Qué fue lo más convincente de mi relato? —preguntó él.

—Todo fue revelador. La parte que más me molestó fue la historia de la fuga fallida de su hermana. Casi lloré por la pobre niña. Lo hice una vez a solas en mi habitación.

—Al igual que yo, tan pronto como me alejé de ellos. ¿Eso la conmociona? —¿Fueron acaso sus profundos sentimientos hacia su propia hermana y el dolor resultante de una confesión demasiado reveladora?

Bajando la mirada, ella deslizó la mano por el manguito y luego la volvió a meter dentro. —Ya no tanto. Usted es un hombre más complejo y compasivo de lo que supuse anteriormente. Su ayuda en la educación del señor Wickham fue el primer indicio

de tal revelación. Una profunda empatía hacia una hermana lo seguiría de seguro. ¿Debo asumir que ustedes dos son cercanos?

—Sí, lo somos. Como usted y la señorita Bennet, si mis observaciones son correctas.

—Jane y yo somos hermanas, así como las más cercanas amigas, por lo que su comentario es acertado. Supongo que pasará la Navidad con la señorita Darcy en Pemberley.

—Ese era mi plan. Sin embargo, Bingley me dice que se quedará en Netherfield, y él es como un hermano para mí. He considerado recoger a Georgiana y traerla a Hertfordshire para que podamos estar todos juntos aquí, pero la presencia de Wickham lo hace imposible.

—¿Y renunciar al hermoso Pemberley?

—Es mi hogar y tiene muchas tradiciones. Estoy encariñado con los sirvientes, la mayoría de los cuales llevan mucho tiempo allí, y me complace pasar la Navidad con ellos tanto como con Georgiana. También disfruto visitar a los arrendatarios en Navidad; ninguna otra época puede sustituir ese viaje tan especial. Por otra parte, Bingley es como de la familia.

—Usted podría invitarlo a Pemberley.

—Él tiene sus razones para quedarse en Hertfordshire. Anoche observé un estado de ánimo similar en su hermana—. Se sintió realmente aliviado de no tener que separar a Bingley de la señorita Bennet. Su madre los había empujado a estar juntos por razones mercenarias, pero la mirada de la señorita Bennet cuando le hablaba a Darcy de Bingley era de puro amor.

—Suena como si estuviera indeciso—. La mirada de Elizabeth poseía un sutil brillo y su tono indicaba compasión.

La verdad era que cuanto más tiempo pasaba hablando con ella, más deseaba quedarse con ella. Netherfield estaba ganando la carrera por ser el lugar preferido para pasar las festividades. A menos que... no, era demasiado tonto, demasiado impulsivo invitarla a Pemberley y alejarla de su familia para una fecha tan importante. Ella ni siquiera conocía todavía a Georgiana. Si se casaban... no, ¡ahora sí que se estaba dejando llevar por ideas descabelladas! ¿Cómo podía pensar en algo tan lejano?

—Ahora debo seguir mi camino. Debo ir a Londres hoy, y luego a Pemberley —agregó Darcy.

—¿Con toda esta nieve?

—Si usted fuera de Derbyshire, no consideraría que uno poco de nieve sean una gran dificultad durante el viaje—. Giró el rostro hacia el cielo gris pálido. —El sol está luchando por abrirse paso entre las nubes. La nieve se derretirá pronto. Al menos los caminos no están embarrados por el momento.

—¿Pero cómo se puede ver el camino al comenzar?

—La hierba crece al costado, mucho más alta que la nieve. No se preocupe, señorita Elizabeth, avanzaremos despacio y con cuidado. Mi cochero me dirá si no es seguro viajar.

—Muy bien. Adieu.

Notando su frente todavía arrugada, Darcy le tendió la mano con la esperanza de que ella pusiera la suya en ella. Cuando ella la sacó de su manguito y lo hizo, él besó el dorso de su guante

mientras se inclinaba. El contacto le proporcionó una sensación de intimidad con ella que nunca antes había experimentado. Tal vez ella sintiera lo mismo, y la sensación le proporcionaría cierto consuelo.

§

Casi dos semanas después

Era inusual que su padre la citara en la biblioteca a una hora tan tardía. Elizabeth se apresuró a responder y lo encontró de pie junto al fuego con una carta en la mano. Seguramente esta misiva debía ser el motivo de su pronta aparición.

—Ah, ahí estás, Lizzy. Bien, bien. Tengo una curiosa carta en la mano, y gran parte de su contenido te concierne.

—¿Es de mi tío?

—No, de hecho es del señor Darcy, y acaba de llegar por expreso desde la ciudad.

Por alguna razón, sintió un nudo en su pecho al oír ese nombre. —¿El señor Darcy? ¿Por qué habría de escribirte sobre mí, y por qué está en la ciudad y no en Pemberley?

—Bueno, ¿recuerdas que esperábamos que el señor Bingley regresara hasta que la señorita Bingley envió esa carta a Jane que te dejó escéptica sobre sus motivos?

—Efectivamente, lo recuerdo.

—El señor Darcy señala que podemos esperar el regreso del señor Bingley a Netherfield Park, junto con la del señor Darcy

y la señorita Darcy, para la temporada navideña. Los Hurst y la señorita Bingley no se unirán a ellos.

—¿No se unirán a ellos para Navidad? Eso es bastante extraordinario.

—En su lugar, irán con la familia del señor Hurst. El señor Darcy menciona que el señor Bingley tenía fuertes razones personales para regresar a Netherfield tan pronto como pudiera, y que él y la señorita Darcy tenían intereses similares en el vecindario y deseaban unirse a él—. Papá se quitó las gafas y estrechó los ojos hacia Elizabeth. —Me pregunto qué es lo que motiva al señor Darcy a irse de Pemberley en un momento como éste.

—¿Estará al tanto de que el señor Wickham ya no está en... la comarca?

—Así es. Le escribí y le conté mis conversaciones con el coronel Forster, sus investigaciones y los descubrimientos de los pequeños robos, así como la posterior fuga de Wickham con dinero de la señorita King. Pero todo esto ya lo sabes y no necesitamos discutirlo. Me burlo de ti cuando te pregunto qué trae al señor Darcy de visita en Navidad, ya que conozco la respuesta. Ha solicitado en su carta que se te haga saber que tiene la intención de visitarte la mañana siguiente a su llegada a Netherfield, el 12 de diciembre.

—¿Desea... venir a verme? —Ahora sentía que su corazón se le metía en la garganta, ya que no tenía espacio para latir dentro de su apretado pecho. Le costaba hablar.

Papá se puso las gafas y volvió a hojear la carta, y después sonrió. —Con el deseo de continuar con tu amistad y que puedas conocer a su hermana, así es como lo expresó.

—¡Oh! —¿Podría estar más mortificada? Si pudiera cubrirse la cara con las manos para ocultar el rubor que seguramente se había producido allí, el calor de sus mejillas lo evidenciaba.

Él se apoyó en el manto de la chimenea, levantando sus tupidas cejas. —Ahora, querida, siempre pensé que estabas en desacuerdo con el señor Darcy, hasta que lo defendiste ante tu madre de camino a casa tras el baile de Netherfield. Incluso entonces, supuse que te limitabas a contrastar su excelente carácter con el del señor Wickham para demostrar cuan desagradable es el señor Wickham en comparación. Ahora no sé qué pensar. El señor Darcy parece creer que tendrá un buen recibimiento cuando aparezca en nuestra puerta con su hermana dentro de tres días.

—El señor Darcy y yo tuvimos una breve charla en el monte Oakham el día después del baile. Resolvimos algunos malentendidos, y ya no pienso con tanta severidad sobre él. De hecho, lo considero un hombre respetable, aunque estoy tan asombrada como tú de que se fije en mí.

—No me sorprende que se fije en ti, querida, si has superado tu anterior antipatía. Eres la clase de dama que le conviene al señor Darcy, y él está mostrando su buen gusto al reconocerlo.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Él es un hombre culto y de mundo, pero tiene dificultades debido a su inseguridad con los extraños. Tú eres una joven

ingeniosa y vivaz cuyos méritos equilibran bien los suyos. Tu mente inteligente hará que nunca le falte un divertimiento a la altura de su propia inteligencia. Mi único recelo es que las desigualdades de la posición social podrían traer complicaciones.

—Su familia podría no aceptarme.

—Eso es cierto. Pero si te elige, sospecho que es el tipo de hombre al que no le importará y construirá él mismo los puentes necesarios. Pero esto sólo importa si tienes la intención de darle la oportunidad de cortejarte. ¿Qué dices a esto?

—Creo que lo haré. Me interesa conocer mejor al señor Darcy.

—Entonces ya sé cómo voy a responderle.

§

24 de diciembre, 1811

Elizabeth se desperezó ampliamente, echó hacia atrás la colcha y se levantó de la cama con un afán aún más pronunciado que en el pasado. Siempre había sido una persona madrugadora, que disfrutaba de la primera luz del día y salía a pasear para contemplar el paisaje cambiante a medida que el sol se alzaba en el cielo. En los últimos días, esos paseos se habían postergado para más tarde, ya que ella primero desayunaba, esperaba a que los caballeros llegaran y luego caminaba con el señor Darcy. La señorita Darcy también se les unió en algunas ocasiones.

El suelo estaba frío cuando dejó la alfombra para dirigirse a la jofaina, pero el agua estaba tibia, ya que la criada había esperado que se despertara a esa hora. No todas las criadas eran tan amables, pero Elizabeth tenía afinidad con la criada que servía a las hijas de los Bennet. La muchacha debió de haberla oído despertarse, ya que entró para ayudarla a vestirse y arreglarse el cabello. Desde el primer día de las visitas del señor Darcy y el señor Bingley, se había prestado especial atención a los preparativos de ella y Jane para esas visitas matutinas. Sin embargo, Jane dormiría una hora más, mientras Elizabeth se movía inquieta en la biblioteca de su padre, incapaz de concentrarse en otra cosa que no fuera pasar tiempo con el señor Darcy.

Cuando se asomó a la ventana, notó que una capa de nieve fresca había caído durante la noche y ahora cubría el jardín. A sus jóvenes primos Gardiner, que habían llegado el día anterior con sus padres, les encantaría jugar en la nieve. Tal vez al señor Darcy no le importara que los niños los acompañaran en su paseo. De hecho, ella llevaría a los pequeños fuera en cuanto desayunaran y se vistieran, y el señor Darcy podría unirse a ellos en el jardín cuando llegara.

Como de costumbre, a la hora más temprana y educada para hacer una visita, dos finos caballos se acercaron a la entrada. Sus jinetes desmontaron y uno de ellos la saludó y se apresuró a cubrir el terreno donde ella jugaba con los niños, mientras el otro se dirigía a la casa. La joven se sintió muy esperanzada cuando aquella figura alta y esbelta se acercó a ella. Todo su cuerpo se sintió ligero y cálido al mismo tiempo al verlo, y se produjo un

revoloteo en su pecho. ¿Acaso estaba adoptando algunos de los nervios de su madre? No, no era así en absoluto.

Cuando el señor Darcy le besó la mano enguantada, se produjeron los habituales cosquilleos. No podía describirlos, pero formaban parte del misterio de su atracción por este hombre de Derbyshire.

—Veo que el objetivo de hoy es tener un ejército de ángeles de nieve —dijo.

—En efecto, señor, y tiene usted suerte de que los niños estén ahora ocupados en una actividad tan amistosa. Hace un rato, nos enzarzamos en una pelea de bolas de nieve junto a la ermita—. Señaló la zona para que él pudiera ver el desorden que habían dejado. —Me temo que habría sido emboscado si hubiera llegado entonces.

La niña más alta se acercó corriendo a ellos. —Perdone, pero ¿podría el señor hacer también un ángel de nieve? Es tan grande y alto que sería el mejor de todos.

Elizabeth soltó una risita detrás de su mano mientras miraba desde el rostro suplicante de la niña hasta el semblante desconcertado del señor Darcy.

—No he hecho algo así desde que era un niño —dijo él.

—Alethea, los caballeros no hacen ángeles de nieve. El señor Darcy es el amo de Pemberley, y es bastante orgulloso y formal. No estaría bien que se cubriera de nieve, ¿verdad?

—Supongo que tienes razón—. La expresión de la pequeña decayó, bajando sus pequeños hombros.

—Espere —dijo el señor Darcy. —Creo que podría arreglármelas, si me ayuda a ponerme de pie después para que mi ángel no se arruine. Es más difícil ponerse de pie sin destruir el ángel de nieve cuando uno es grande.

Elizabeth logró contener un jadeo, pero no pudo evitar sonreír cuando él le hizo un pequeño guiño. ¡El señor Darcy le guiñó el ojo! ¡La magia que podían producir los niños en él!

Alethea tomó la mano de cada uno y tiró de ellos para que los siguieran hasta una zona despejada del jardín. Los otros tres niños se contuvieron inicialmente, demasiado tímidos para aproximarse a un extraño. Para cuando el señor Darcy se puso de espaldas y se estiró para hacer su ángel de nieve, todos se habían acercado. Era evidente que luchaba por contener su risa, y su cautivadora sonrisa hacía difícil no reírse junto con los niños.

—¡Es muy alto! —exclamó el más pequeño, y todos estuvieron de acuerdo.

—¿Debo quedarme aquí contemplando mis problemas, como han hecho algunos? —le preguntó a Elizabeth una vez que se hubo sacudido los brazos y las piernas.

—Hoy no. ¡La Nochebuena es para divertirse! respondió ella. —¿No es así, niños? ¿Vamos a jugar en la nieve?

Una ronda general de “sí” y luego bulliciosos “hurra” le siguieron mientras los enérgicos pequeños bailaban cerca del tendido señor Darcy.

Cuando los niños consideraron que su ángel era aceptable, todos lo tomaron de las manos y lo ayudaron a levantarse con

bastante torpeza, aunque se cayó una vez, ante los sonidos generales de aflicción de su público.

Sin embargo, el señor Darcy no se levantó del todo, sino que permaneció de rodillas mientras se alejaba del ángel de nieve. Alethea le quitó parte de la nieve de la espalda. —Se lo agradezco, señorita Gardiner. Niños, acérquense—. Seguía siendo más alto que todos ellos, así que se inclinó ligeramente para dirigirse a ellos. —Ahora que he hecho el ángel más grande, deben hacer otro cada uno mientras hablo con la señorita Elizabeth. Vayan a buscar el mejor lugar y hagan su mejor ángel.

Buscaron un buen lugar y se produjo una pequeña discusión entre los niños sobre su pedazo favorito de nieve intacta, que se resolvió con la ayuda de su hermana mayor, Alethea. Elizabeth estaba encantada con lo bien que trataba el señor Darcy a los jóvenes, casi tanto como con la atención genuina que le había prestado a ella en los últimos días.

Sus visitas habían sido un paraíso. Nunca antes alguien le había prestado tanto interés y, sin embargo, no era exagerado ni demasiado empalagoso; el señor Darcy parecía estar interesado en ella como tal y nada más. Sus conversaciones habían sido animadas e interesantes, y ella había descubierto que su fascinación por él se profundizaba hasta el punto de que ya no podía estar sin él. Él era lo único en lo que pensaba cuando estaban separados. ¿Era esto amor? Ella creía que sí. El recuerdo hizo que todo su cuerpo se estremeciera como si tuviera un escalofrío, y se detuvo antes de temblar.

—Señorita Elizabeth... Elizabeth, mi amor—. La voz de Darcy interrumpió sus pensamientos de la forma más inesperada que podría haberse imaginado. ¿Qué podía querer decir con semejante discurso? Él se había movido de tal manera que ya no estaba sobre ambas rodillas, sino sobre una de ellas. Sin duda, ella abrió mucho los ojos al verlo. ¿Cómo no iba a hacerlo? Tragó profundamente, incapaz de determinar qué debía decir. Pero la suerte la ayudó, ya que el señor Darcy la salvó de tener que hablar.

—Has capturado mi corazón, y cuando te vi con tu ángel de nieve, creo que ese fue el momento en que fue evidente cuan cautivado estoy por ti, y desde entonces ese sentimiento ha crecido y se ha solidificado a través de nuestro cortejo. Me has hecho cambiar para bien, y ya no puedo volver a ser el hombre que era sin perder mi corazón. Te admiro y te amo y deseo que te conviertas en mi esposa.

¿Qué más podía decir? —Yo también te amo y acepto tu propuesta—. ¿Realmente sonaba así cuando estaba sin aliento?

Él se levantó, la tomó entre sus brazos y la hizo dar vueltas para que sus pies volaran del suelo. Los giros sólo aumentaron el éxtasis que la envolvía. Antes de que pudiera dejarla en el suelo, los niños se pusieron a tirar de ella y le rogaron que les diera vueltas.

—¡Bueno, Fitzwilliam, veo que has encontrado una actividad que es preferible a hacer ángeles de nieve! —exclamó ella mientras él hacía girar a los dos niños más pequeños a la vez.

—Hubiera preferido darte un beso para acompañar tu giro. Pero para eso, necesito encontrar un momento en el que podamos estar solos—. Esta vez ella sí se estremeció.

—En la mañana de Navidad, podríamos encontrarnos en el monte Oakham.

Él le dirigió una intensa mirada que contenía una gran promesa de un futuro de amor.—Ese es un buen plan, mi Elizabeth.

Tal vez también podrían hacer ángeles de nieve juntos y reclinarse en sus creaciones contemplando su situación. Sin embargo, en lugar de deliberar sobre el pasado, soñarían con sus futuras Navidades juntos.

FIN

Sobre la autora

Amante de Jane Austen, de la investigación y el vestuario de la época de la Regencia, del yoga, del fitness, de la renovación del hogar, del diseño, de la sostenibilidad y de los viajes independientes, Suzan Lauder, madre de gatos, se mantiene ocupada incluso cuando no está escribiendo novelas basadas en *Orgullo y prejuicio* de Austen, todas ellas publicadas por Meryton Press. Ella, el señor Suze y su gato atigrado rescatado dividen su tiempo entre un loft con vistas al mar de Salish y una casita colonial española de 150 años en México.

Para encontrar más sobre la animada prosa de Suzan y sus viajes por la carretera, puedes seguirla a través de sus redes y sitios:

www.suzanlauder.merytonpress.com

Facebook: fb.com/SuzanLauder

Twitter: [@SuzanLauder](https://twitter.com/SuzanLauder)

Instagram: [@SuzanLauder](https://www.instagram.com/SuzanLauder)

Un fragmento de la novela
«El regalo del señor Darcy»
*por **Regina Jeffers***

—Asumí que te habrías levantado temprano —comentó su padre cuando Elizabeth entró en su estudio.

—Todos los demás están todavía en la cama —explicó ella.

—Y tu curiosidad no podía esperar más —respondió él con un guiño.

Elizabeth se encogió de hombros. —Uno de mis defectos.

—Entonces supongo que lo mejor es descubrir algo del remitente antes de que los demás bajen a desayunar—. Metió la mano detrás de una pila de libros en una mesa cercana para recuperar el paquete. «Creo que lo mejor es que yo haga los honores. No quisiera que te encariñaras demasiado con lo que hay dentro, ya que debo devolverlo.

La anticipación de Elizabeth aumentó cuando su padre retiró cuidadosamente el cordel y desdobló el papel.

—Es un libro. Tal y como esperábamos —murmuró mientras pasaba a la primera página. —Cowper, Gray, Goldsmith y varios otros. Poesía.

Ella miró el libro con anhelo, pero no lo tomó, pues sabía que su padre lo desaprobaría. —¿No hay ninguna tarjeta?

—No veo ninguna—. Su padre hojeó las primeras páginas, pero no se veía ninguna tarjeta ni firma. Entonces levantó el libro del envoltorio de papel, dejando al descubierto no sólo una tarjeta, sino también un objeto envuelto en tela. Desdobló la tela para dejar al descubierto un pequeño alfiler de rubí. Elizabeth nunca había tenido una joya, sólo un collar de perlas que le había heredado su abuela paterna, y deseaba examinar el alfiler más de cerca. El señor Bennet palpó la tarjeta para leerla. —Parece, querida, que has conquistado el corazón de uno de los mejores hombres de Inglaterra.

Él le entregó la tarjeta y ella se dio cuenta de cómo le temblaban los dedos al tomarla. Al leer su nombre en la tarjeta de visita, Elizabeth estuvo tentada de trazar las letras con la yema del dedo. Al final, al darse cuenta de que su padre estaba estudiando su respuesta, le dio la vuelta para leer el mensaje: He aprendido mucho de mí mismo gracias a ti. Rezo para que las campanas de boda que deseas te den alegría.

—¿Y qué enseñanzas le proporcionaste al señor Darcy? —le preguntó su padre.

—La verdad es que no lo sé —admitió ella con una exhalación. Elizabeth no pudo apartar los ojos de la tarjeta. —A menudo estábamos en desacuerdo. Yo decía que el cielo era azul, y él declaraba que era el rosa más intenso.

—Debes haber atraído al hombre sin saberlo —razonó su padre. —Tal vez fue tu resistencia lo que le fascinó. Un hombre que puede tener todo lo que quiere debe considerar una mujer a la cual le desagrada como un desafío. Ahora que lo pienso, aparte

de las hermanas de Bingley, el señor Darcy no danzó con ninguna otra del vecindario durante el baile de Netherfield, y recuerdo que también te invitó a bailar en la velada de Sir William. Aun así, no creo que un hombre de su carácter sugiriese una relación. ¿Nunca expresó su afecto por ti?

Elizabeth finalmente sucumbió a frotar su pulgar hacia adelante y hacia atrás sobre su nombre en el anverso de la tarjeta. —No supe nada de su afecto hasta que el señor Darcy me lo propuso —dijo distraída.

Su padre se atragantó con el café que estaba sorbiendo. —¿El señor Darcy se te declaró? ¿Cuándo sucedió esto?

Elizabeth contempló sus entrañables facciones. —En el baile de Netherfield. En el jardín. ¿Pero lo rechacé?

—¿Y por qué, te ruego que me digas, rechazarías a un hombre de la categoría del señor Darcy?

—Lo consideré demasiado crítico. Lo tomé en cuenta, pues lo escuché a él y a la señorita Bingley discutiendo la partida del señor Bingley, y sabía que eso devastaría a Jane. Y ambos estamos al tanto de los agravios que el señor Wickham ha dicho del hombre —argumentó ella.

—En cuanto a Bingley, me complace que haya regresado al lado de Jane, pero si no era una persona susceptible de ser guiada, ni siquiera alguien de la reputación del señor Darcy podría convencerlo. Me complace pensar que Bingley y Jane se establecerán felizmente si deciden unirse. No tengo dudas de que les irá muy bien juntos. Sus temperamentos no son en absoluto diferentes. Cada uno de ellos es tan complaciente que nunca se

resolverá nada, tan fáciles, que todos los sirvientes los engañarán, y tan generosos, que superarán sus ingresos—. La voz de su padre mostraba de manera clara lo realmente contento que estaba con la situación de Jane, pero no estaba tan satisfecho con la de Elizabeth.—Parece que los cuentos del señor Wickham ya no son de tu agrado. ¿O me he equivocado en mi criterio? —preguntó con una ceja alzada.

—El señor Bingley conoció al señor Wickham en Cambridge. Recientemente compartió sus observaciones. Se desvían de la versión de los hechos del teniente en varias áreas importantes.

—Entonces, ¿qué deseas que haga con el regalo del señor Darcy? No podemos permitir el envío de este regalo sin una respuesta. Tienes una reputación que mantener, y sabemos cómo la sociedad juzgaría a tus hermanas si te ven como menos que pura. Puedo devolver tranquilamente los objetos y exigirle al hombre que no vuelva a buscarte, o puedo enviarle al señor Darcy una nota diciendo que espero su visita en los próximos días. Pero la elección es tuya, Lizzy. No te forzaré a un matrimonio que no deseas.

—¿Puedo pensarlo hoy? Es Navidad y no será posible tener un mensajero. Sonará extraño que lo diga en voz alta, pero durante las últimas semanas, la presencia del señor Darcy no me ha abandonado. Viene a mi mente con frecuencia, y debo decidir si esto es para bien o para mal. Además, el señor Bingley dice que los Darcy están con su tío, el Conde de Matlock, y que no se encuentran en Londres.

—Como quieras, Lizzy, pero no podemos vacilar en la decisión. Si no respondes, el caballero puede forzarte a un matrimonio haciendo pública esta declaración.

Elizabeth se levantó para regresar a su habitación. —Debes saber que el señor Bingley habló hace sólo unas noches de que había enviado todas las tarjetas para los regalos que el señor Darcy decidió repartir esta Navidad. Por lo tanto, el señor Bingley tiene conocimiento del regalo y de su destinatario. Además, Bingley ha dicho que el señor Darcy planea casarse con su prima, la señorita de Bourgh. Y es posible que ya le haya propuesto matrimonio a la dama.

§

Llegaron a su casa cuando se acercaba el atardecer. Conversaron un poco en el carro, ya que él y Georgiana lo compartieron con Sheffield y la señora Annesley, la acompañante de Georgiana, pero al llegar a la casa Darcy, él sugirió: —Por favor, acompañenme en el salón matutino. Le pediré a la cocinera que suba algo sencillo para nuestra comida. No perturbaré la celebración de abajo.

Y así, en tres cuartos de hora y sin los sirvientes habituales, a los que había dispensado por el día de Navidad, él y Georgiana cenaron queso duro, pan negro, fiambre en rodajas, frutos secos y fruta. —Pensé que deberíamos hablar de lo ocurrido en Rosings.

—Actué tontamente —se apresuró a decir Georgiana.

—Tus sentimientos nunca son tontos. Al menos, no para mí. Me gustaría que hablaras abiertamente en todos los asuntos—. Él

se detuvo para elegir cuidadosamente sus palabras. —Me temo que tu encuentro con el señor Wickham te ha robado el “brote” de confianza que parecías haber desarrollado al dejar atrás la escuela para señoritas.

Georgiana bajó la mirada en señal de arrepentimiento. —Siempre me cuestiono mis decisiones.

—Permíteme diferir —corrigió Darcy. —Este mismo día mostraste una gran compasión por nuestra prima cuando rechacé la exigencia de Lady Catherine de que le propusiera matrimonio a Anne. No te cuestionaste si debías actuar o si la tía Catherine lo aprobaría. Tu instinto fue el de brindarle consuelo a Anne.

—Pero no siempre elijo tan sabiamente —protestó ella.

—Ninguno de los dos lo hace —insistió él.

—Tú sí —argumentó su hermana. —No recuerdo una vez que no hayas practicado la prudencia.

Darcy le dedicó una sonrisa cómplice. —Permíteme hacer un recuento de la suma de errores que he cometido en los últimos meses—. Durante la siguiente media hora le contó a su hermana una versión modificada de su desaire a Elizabeth Bennet en la asamblea de Meryton, su creciente interés por la dama y su torpe propuesta de matrimonio después del baile de Netherfield. Georgiana marcó su relato con una serie de jadeos y risas. Al final, habló de cómo había recibido la tarjeta destinada a Elizabeth.

—No puedo imaginarme que la señorita Elizabeth haya apreciado el sentimiento que contenía la tarjeta más que yo —observó Georgiana.

—Ni el regalo ni la tarjeta estaban destinados a los ojos de la dama —le confió Darcy.

Georgiana lo estudió detenidamente. —Entonces, ¿de quién es la tarjeta que recibió la señorita Elizabeth?

Darcy se sonrojó. —Eso no es lo importante. Basta con decir que la tarjeta habla de mi deseo de que ella tenga la boda que desea. La tarjeta lleva mi nombre. Debo cumplir con mi deber para con la dama. Pero el corazón de la señorita Elizabeth está puesto en otro. No se alegrará de que le hayan quitado la posibilidad de casarse.

—¿Cómo podría ella pensar que otro hombre es superior a ti? —preguntó Georgiana.

La tristeza tiñó la respuesta de Darcy. —El hombre que ha llenado la cabeza de la señorita Elizabeth con historias de mis malos tratos es...

—El señor Wickham —término de decir su hermana.

—¿Como lo supiste? —preguntó asombrado.

—La señora Annesley. La querida señora ha pasado muchas horas escuchando mis divagaciones y explicándome cómo las intenciones de algunos hombres son poco sinceras. Me resultaba difícil admitir que el señor Wickham nunca me tuvo en consideración, sino que sólo buscaba mi dote. En verdad, tenía grandes esperanzas.

—La señora Annesley es una maravilla si te llevó a comprender mejor el engaño del señor Wickham. Lo que no puedo comprender es por qué eligió a la señorita Elizabeth Bennet. La

dote de la dama no es nada para un hombre como Wickham. Ruego que él no se aproveche indebidamente de ella y luego la abandone.

—Tal vez el señor Wickham se dio cuenta de tu interés por la señorita Elizabeth —razonó su hermana. —La señora Annesley afirma que una vez conoció a dos hermanos, uno de los cuales estaba tan celoso del otro que intentó arruinar la reputación de su hermano en múltiples ocasiones—. Darcy hizo una nota mental de aumentar el sueldo de la señora Annesley. La mujer había obrado pequeños milagros. —No importa la opinión de la dama, debes extender tu protección hacia la señorita Elizabeth. ¿No podemos reunirnos con el señor Bingley en Netherfield? Hace tiempo que deseo ver la propiedad del señor Bingley, y estoy muy interesada en conocer a una mujer que ha puesto en jaque tu renombrado razonamiento.

—¿No me has oído decir que el señor Wickham forma parte de la milicia de Meryton? No puedo ponerte en una posición en la que te encuentres de nuevo con él —protestó Darcy.

—Entonces, ¿cómo voy a poner en práctica la confianza que dices que tengo? —preguntó su hermana con un gesto obstinado en la mandíbula, que le recordó a Darcy a su padre. —No buscaré al señor Wickham, pero no debo esconderme de la sociedad porque él se encuentre en los alrededores. Si lo hiciera, le daría el poder sobre nosotros—. Ella le sonrió levemente. —Es más, debo acompañarte porque alguien debe aconsejarte sobre cómo debes hablarle a la señorita Elizabeth para ganar su corazón.

§

Él había creado una anomalía. Mientras que ayer su hermana se acobardaba en presencia de lady Catherine, hoy conversó alegremente durante las tres horas de viaje desde Londres hasta Hertfordshire. En cambio, Darcy apenas podía tragarse la saliva. Pensaba que conocía algo del corazón de un condenado, no porque deseara eludir la soga del reverendo, sino porque temía que Elizabeth no le permitiera albergar sus esperanzas de felicidad conyugal.

—Oh, William, es encantador —dijo Georgiana mientras él la ayudaba a bajar del carro ante Netherfield. —El señor Bingley debe estar muy contento con la casa solariega.

—Debes preguntarle a Bingley sobre su idoneidad —refunfuñó Darcy. —Aquí viene ahora—. Notó la mirada de confusión de su amigo mientras se acercaba.

—Darcy. Señorita Darcy —dijo Bingley al bajar los escalones.
—Que agradable sorpresa.

—Me disculpo por no haber avisado, Bingley —dijo Darcy en tono serio. —La señorita Darcy y yo ya no somos bienvenidos en Kent—. Le devolvió a Bingley la reverencia.

Bingley alzó una ceja con curiosidad. —¿Acaso a tu prima no le gustó por la caja de música? —preguntó con perplejidad.

—La historia es un poco más compleja que una caja de música. Tal vez podamos entrar para darte mi explicación. Te ruego que nos proporciones alojamiento por unos días.

—Por supuesto —declaró Bingley. Extendió su brazo hacia Georgiana. —Ha llegado a tiempo de conocer a la dama con la que pretendo casarme, señorita Darcy. Espero que la apruebe.

—Estoy segura de que lo haré, señor Bingley —dijo Georgiana. —Darcy me ha hablado de su encantadora señorita Bennet.

Darcy sacudió la cabeza con incredulidad mientras seguía a su hermana y a Bingley por los escalones hasta la entrada principal. Una anomalía, sin duda, pensó. Nunca entendería la mente de las mujeres ni las múltiples facetas de sus personalidades.

Mientras su hermana se acomodaba y se arreglaba la ropa, Darcy se reunió con Bingley. —Dime —le preguntó su amigo —, ¿qué ha precipitado esta visita? No tengo ninguna queja. Esperaba pedirte que seas padrino en mi boda si la señorita Bennet aceptaba mi propuesta.

Darcy se tragó la creciente inquietud que reclamaba su respiración. —He venido a Hertfordshire, porque tengo mi propia propuesta que hacer—. Hizo una pausa para calmar los latidos de su corazón. —A la señorita Elizabeth Bennet.

Bingley se derrumbó entre las alas de su sillón. —¿Pretendes reclamar a la señorita Elizabeth porque alguien pensó que tú le habías enviado un regalo? Ni la dama ni su padre han expresado ningún indicio de haberlo recibido. Aunque ayer cené en Longbourn, no mencioné el paquete. ¿Estás seguro de que fue entregado?

—El señor Sears dijo que su jinete le presentó el paquete al caballero de la casa. Y mi propuesta no sería por deber, sino por afecto —corrigió Darcy.

—¿Le tienes afecto a la señorita Elizabeth? —preguntó Bingley con asombro.

Darcy no le respondió. Había dicho más de lo que deseaba compartir. —Es probable que te pida que me ayudes con el contenido de la tarjeta. Dudo que la dama o su padre me crean.

—¿Por qué no? —lo cuestionó Bingley. —El mensaje era bastante inocente.

—No es como crees —explicó Darcy. —Verás, una de las criadas tiró las tarjetas de la mesa antes de que las envolvieras. Tuve un enfrentamiento con el pretendiente de la señora Osborne, el señor Cohn, cuando él interpretó que mi referencia a los encuentros pasados, que estaba destinada a la señorita de Bourgh, como una invitación para que la señora Cohn fuera mi amante después de su matrimonio.

Los ojos de Bingley se agrandaron de asombro. —Acompañada de tu deseo de encuentros similares en el futuro. Es una maravilla que el hombre no te haya retado.

—Es una maravilla que yo no hiciera lo mismo con él. La señora Osborne ha realizado un pacto para un futuro con el señor Cohn que el hombre no tiene intención de cumplir.

—Entonces, ¿de quién fue la tarjeta que recibió la señorita de Bourgh? —preguntó Bingley con su habitual desconcierto. Darcy supuso que su amigo disfrutaba de la caída en desgracia de Darcy.

—La sirvienta primero firmó que sólo se cayeron dos tarjetas al suelo. Naturalmente, supuse que únicamente se habían visto

afectadas las de la señora Osborne y la de la prima Anne. Sin embargo, en Rosings, mi hermana rompió en lloranto cuando la que debía acompañar al libro se incrustó en el envoltorio de su anillo. Mi hermana pensó que la formalidad del contenido significaba que yo estaba negando mi aprobación, aunque el mensaje en la tarjeta hablaba de admiración y respeto —relató Darcy.

—Ah, el misterio de la mente femenina —observó Bingley.

Darcy respondió encogiéndose de hombros. Deseaba terminar con su historia para poder probar la voluntad de Elizabeth de aceptarlo. No estaba seguro de que su coraje durara mucho más. —Lady Catherine me acusa de mimar demasiado a mi hermana, mientras que yo creo que a la señorita de Bourgh le vendría bien un poco de afecto.

—¿Qué ocurrió con la señorita de Bourgh?

Darcy suspiró con fuerza. —La prima Anne recibió la nota destinada a Georgiana.

Bingley dijo: —La que decía que ella siempre estuvo destinada a ser una Darcy.

—Me vi obligado a ser muy cruel con Anne para sofocar la insistencia de lady Catherine de que me case con mi prima. Afortunadamente, mi hermana calmó tiernamente la ansiedad de la señorita de Bourgh. En verdad, creo que mi prima se sintió aliviada de que yo no accediera a las manipulaciones de su madre.

—¿Entonces qué tarjeta fue entregada a la señorita Elizabeth? —preguntó Bingley.

—La que estaba destinada para la señora Osborne. Decía algo en el sentido de que he aprendido mucho de mí mismo a través de sus observaciones, así como la esperanza de que las campanas de boda le proporcionen alegría.

§

—¿De quién puede ser ese carro? —preguntó Kitty mientras miraba por la ventana.

La señora Bennet levantó la vista, expectante. —Probablemente sea el señor Bingley. No tardará en hacerle una propuesta a Jane.

Elizabeth miró a su hermana mayor, quien permanecía en la mesa. Como era de esperar, Jane no levantó la vista de su labor de aguja, pero un suave rubor apareció en las mejillas.

—Es el señor Bingley —anunció Kitty a los presentes. —Pero hay otro caballero con él. Me pregunto quién lo acompaña hoy. Tal vez sea uno de los oficiales.

Después de oír la reprimenda que el señor Bingley le había dado al teniente Wickham, a Elizabeth le sorprendería que Bingley recibiera en su casa a otros oficiales de la milicia, a menos que estuvieran acompañados por el coronel Forster.

—Ha de ser algún otro conocido, querida —dijo la señora Bennet mientras guardaba su costura en la cesta.

—¡La! —respondió Kitty. —Se parece al hombre que solía estar con él. El señor como-se-llame, ese hombre alto y orgulloso.

—¡Por Dios! —Su madre se precipitó hacia la ventana. —¡Y así es, lo juro! —exclamó la señora Bennet. —Bueno, cualquier amigo del señor Bingley será siempre bienvenido aquí, sin duda, pero debo decir que odio la sola presencia del señor Darcy.

—Yo, en cambio —declaró la tía Gardiner antes de que Elizabeth pudiera ofrecerle una cautela a su madre —, estoy muy ansiosa por conocer al caballero.

—Al igual que yo —añadió el señor Gardiner.

Elizabeth era la única que entendía el motivo de su llegada, y se sintió incómoda. Sabía que su padre estaba en ese mismo momento dirigiendo una carta al caballero, ya que, como ella le había prometido, le entregó al señor Bennet su decisión a primera hora de la mañana. La inquietud corrió por sus venas. Ni siquiera su padre reconocía cómo habían cambiado sus sentimientos en el último mes. A pesar de su promesa de despreciar al señor Darcy, ahora se veía a sí misma con un interés sino tan tierno, al menos tan razonable y justo, como el que Jane sentía por Bingley.

—Hay una dama con los caballeros —informó Kitty. —Vaya, que elegante es su vestido. Y mira. Creo que la capucha de su capa está forrada de raso.

El corazón de Elizabeth se hundió. Tal vez él había venido a silenciar cualquier reclamo que ella pudiera tener sobre él. ¿Era la dama su prima, la señorita de Bourgh? ¿Había traído a su prometida para demostrarle a Elizabeth que estaba por encima de sus conexiones sociales? Apenas tuvo un momento para recomponer sus facciones antes de que el trío fuera conducido

a la sala de estar, sin siquiera darle tiempo a la doncella que los dirigió al interior a anunciar su presencia.

—Señor Bingley, que amable es usted al visitarnos —dijo su madre con regocijo. —Y el señor Darcy —pronunció con fría cortesía. —No sabíamos que había regresado al vecindario.

—He llegado hoy temprano —respondió él con sencillez.

Elizabeth sabía que sus mejillas se habían ruborizado, pero no podía evitarlo. Hasta ese mismo momento, no se había dado cuenta de lo mucho que había echado de menos su ahora familiar rostro.

—¿Se encuentra bien, señorita Elizabeth? —le preguntó Darcy en voz baja.

—Bastante bien —murmuró ella. Luego, recordando a sus parientes, dijo: —Con su permiso, señor, me gustaría presentarle a mis tíos, el señor y la señora Gardiner.

La presentación fue un golpe de cortesía para el que ella no estaba preparada. Todo era ahora tan incómodo entre ella y el señor Darcy.

—El señor Gardiner conoce a mi padre —explicó Bingley.

—Y mi tía es de Lambton —agregó Elizabeth para establecer un punto en común.

El señor Darcy se inclinó debidamente. —No sabía de la relación de la señorita Elizabeth con Derbyshire —admitió él.

La joven se movió a su lado y el señor Darcy le sonrió. A pesar de sus esfuerzos por permanecer inmune al hombre, Elizabeth

descubrió que los celos formaban parte de sus emociones. Deseó que él le concediera una de sus apreciadas sonrisas. La dama parecía más joven de lo que Elizabeth esperaba para la señorita de Bourgh, pero ¿a quién más escoltaría el señor Darcy a Longbourn? La dama era alta y de mayor tamaño que Elizabeth, pero su figura estaba bien desarrollada y su aspecto era femenino y agraciado.

—Señorita Elizabeth —el señor Darcy reclamó su atención.
—Por favor, permítame presentarle a mi hermana.

Elizabeth sabía que los demás en el salón estudiaban su intercambio con atención, pero simplemente agradeció que sus piernas no cedieran ante el alivio que sintió al conocer la identidad de la joven. —Señorita Darcy, he oído a su hermano hablar a menudo de usted. Me complace finalmente poder conocerla. Venga. Permítame presentarle a mis hermanas—. Tomó el codo de la joven y se dirigió hacia donde estaban Jane, Kitty y Mary. Mientras hacía las presentaciones necesarias, se dio cuenta de que el señor Darcy se unía a los Gardiner, mientras su madre se ocupaba del servicio de té.

Esperó unos minutos para que la señorita Darcy se instalara en una conversación con Kitty y Mary sobre música y moda, antes de que ella y Jane se unieran a Darcy al lado de donde estaba sentada la tía Gardiner con el señor Bingley. El señor Darcy ni siquiera miró en su dirección, pero al final se excusó de la compañía de su tía para dirigir los pasos de Elizabeth lejos del alcance de los demás. —Debo hablar con su padre —dijo en tono tranquilo.

—Lo sé —admitió ella.

—Nunca quise forzarla a una unión que usted había rechazado anteriormente —susurró él. —No hay tiempo para una explicación extensa en este momento, pero responderé a todas tus preguntas.

Ella asintió en señal de aceptación. —El estudio de mi padre está más adelante en el pasillo. La tercera puerta a la izquierda. Creo que está redactando una carta destinada a usted.

Él estudió la mirada de ella, y Elizabeth trató de mantener su expresión en blanco. Al final, él miró a su Georgiana. —La señorita Darcy declara tener confianza en conocer a otras personas, pero le pediré que, si el señor Wickham hace una visita a Longbourn mientras yo estoy con su padre, la proteja de él. Ella es más frágil de lo que quiere admitir.

Sus palabras sobresaltaron a Elizabeth. —¿Puedo saber algo con respecto a su preocupación?

El señor Darcy no vaciló, lo cual era una revelación en sí misma. Incluso con un mes de ausencia, su relación había progresado hasta convertirse en una estrecha alianza. —Debería ser ella quien comparta la historia, pero debe saber que el señor Wickham intentó cortejar a la señorita Darcy cuando ésta no tenía más que quince años. Creo que el teniente Wickham alentó una fuga para reclamar la cuantiosa dote de mi hermana.

La mirada de Elizabeth volvió hacia la joven. —Y la señorita Darcy era demasiado joven para reconocer la falta de sinceridad del caballero.

Esperaba que el señor Darcy comentara la incapacidad de Elizabeth para hacer lo mismo, pero él no lo hizo. En su lugar, él

aceptó su culpa por una falta semejante. —Es una lección difícil de aprender. Me llevó varios años saberlo perfectamente—. Era tan propio de él. ¿Por qué no había reconocido que su humildad igualaba su orgullo?

Vio la angustia en las facciones del caballero y quiso liberarlo. —Lo último que supe del señor Wickham es que iba a reunirse con la familia del señor Denny en Londres para la comida de Navidad. No sé cuándo regresará a los alrededores.

Él asintió antes de regalarle una triste sonrisa. —Pongo a mi hermana a su cuidado —dijo enderezando los hombros. —Hablaremos de esto y de más cosas después de que me ocupe de las preocupaciones del señor Bennet.

§

Él tocó a la puerta y esperó a que el señor Bennet le permitiera entrar. Por fin, un “adelante” apagado le concedió el permiso que Darcy buscaba. Abriendo la puerta lentamente, Darcy entró. —¿Podemos hablar, señor Bennet?

El caballero levantó la vista al oír la voz de Darcy. —Señor Darcy —dijo mientras se quitaba las gafas de la punta de la nariz. —Qué casualidad. Estaba preparando una carta para usted.

—Eso me dice la señorita Elizabeth —respondió Darcy con más calma de la que poseía.

—¿Habló con Elizabeth? —Una arruga de confusión surcó el ceño del señor Bennet.

En realidad, era una pregunta tonta. Sería imposible que Darcy estuviera en la misma habitación que Elizabeth y no la buscara. Atravesaría el fuego del infierno para estar a su lado. —La señorita Elizabeth está entreteniendo a mi hermana.

Un músculo se tensó en la mandíbula del señor Bennet. —Supongo que debería entrar. Cierre la puerta. Me parece que así se evita parte de la espontaneidad—. Darcy hizo lo que se le había indicado, ocupando la silla a la que el señor Bennet le señaló. —Evidentemente, su presente tiene a Elizabeth en un mar de nervios.

—Esa nunca fue mi intención —respondió Darcy.

—Entonces, tal vez podría explicarme cuál era su intención.

El calor se apoderó de las mejillas de Darcy. —La verdad es que compré los objetos para aliviar mi orgullo herido. Nunca fueron pensados para ser enviados a su hija.

El señor Bennet ladeó la cabeza como para estudiar a Darcy.
—¿Cómo fue que sucedió eso?

Darcy levantó su mano lastimada. —Mi personal pensó en servirme durante mi recuperación. Bingley se encargó de las tarjetas de cada regalo que elegí. Desgraciadamente, regresó a Netherfield antes de que se produjera el envío, y yo estaba bajo los efectos del láudano cuando le di a mi ayudante de cámara el nombre de la señorita Elizabeth para el paquete que usted tiene delante.

—¿Y su hombre no se dio cuenta de su aprecio por Elizabeth?
—preguntó Bennet.

—El señor Sheffield supuso que estaba ayudando a Bingley en su afán por la señorita Bennet, y que yo ya había hecho arreglos previos con la señorita Elizabeth para enviar el regalo con anticipación.

—¿Y la naturaleza del mensaje de la tarjeta? —preguntó el señor Bennet en un tono defensivo.

El comentario le provocó una extraña sacudida que lo puso en guardia. Si un hombre le hubiera escrito una nota tan íntima a una hija de Darcy, él iría tras el canalla. —Señor, comprendo su preocupación, pero sepa que jamás arruinaría la reputación de su hija intencionalmente. Tengo a la señorita Elizabeth en la más alta estima. Cuando mis sirvientes organizaron el envío de los presentes, una criada confundió las tarjetas de cuatro de ellos. La señorita Elizabeth recibió la tarjeta destinada a una conocida de hace tiempo que tiene intención de casarse después del año nuevo.

—Supongo que dirigió una tarjeta para Elizabeth—. El señor Bennet frunció el ceño, aunque Darcy no podía culpar al hombre. El cuento de Darcy era difícil de creer, y él lo había vivido. —¿Qué pretendía usted decirle a Lizzy?

Darcy enfatizó: —Le repito, no planeaba enviar la tarjeta. Cuando Bingley me preguntó qué mensaje elegiría para enviar con el regalo, se me ocurrieron mil cosas que le diría a la señorita Elizabeth si se presentaba la oportunidad, pero ninguna era apropiada para nuestra relación. En caso de que le preocupe, Bingley no estaba al tanto de a quienes le compré los regalos. Él únicamente fue mi escribano. Le hice escribir algo muy escueto.

La nota decía que la señorita Elizabeth era una mujer que gozaba de mi respeto y admiración. Desgraciadamente, esa tarjeta en particular apareció en un regalo para mi hermana, quien la consideró demasiado formal para nuestra relación.

—No es la decisión más inteligente que usted haya tomado —observó Bennet con una sonrisa de satisfacción.

Darcy se quedó descolocado, pero respondió con seriedad, en vez de con falsa cortesía. —Señor Bennet, no puedo alegar un solo pensamiento lógico desde que conocí a la señorita Elizabeth. Dudo que algo en mi vida tenga sentido a menos que su hija esté a mi lado.

—Elizabeth es una joven inteligente. Nunca someterá su voluntad a la suya —le advirtió su padre.

—Conozco bien el temperamento de la dama —admitió. — Por favor, acepte mi petición por la mano de su hija. Haré todo lo que esté en mi poder para hacerla feliz.

Los ojos de su padre brillaron con una diversión impía. — No voy a obligar a Elizabeth a casarse. Usted debe convencerla de que acepte su mano. De hecho, mi carta para usted incluía la decisión de ella en este asunto.

Una pizca de exasperación se insinuó en el tono de Darcy. —¿Puedo conocer los deseos de la señorita Elizabeth?

El señor Bennet se puso de pie. —Creo que Lizzy debe expresar su decisión—. Arrojó al fuego la carta que estaba redactando. Darcy deseaba sacarla para poder leer su futuro, pero

no hizo ningún movimiento. —Espere aquí. Haré que Elizabeth venga.

§

Unos minutos después, ella apareció en el umbral de la puerta. —El señor Bennet dice que usted desea hablar conmigo—. El señor Darcy se levantó para saludarla, pero la ansiedad seguía ocupando la mente de Elizabeth. Todo había cambiado desde que ella y su padre habían abierto el regalo del señor Darcy. ¿Acaso el caballero había regresado a Hertfordshire porque todavía sentía algo por ella o porque sus acciones podían arruinarla si otros se enteraban del regalo que le había hecho?

—Por favor, acompáñeme—. Él extendió la mano hacia ella.

Elizabeth la tomó con cautela. —Me ha dolido mucho enterarme de su lesión —dijo ella, observando su mano vendada.

—¿De verdad? —dijo él secamente.

Los rasgos de ella se arrugaron por la confusión. —Me temo que no lo comprendo, señor. En un momento podría afirmar que somos amigos, tal vez incluso que nos tenemos afecto, pero al siguiente, una sombría fatalidad se instala en su rostro.

Él preguntó con lo que parecía ser el mismo desconcierto: —¿La he ofendido?

La cautela cubría su voz, pero Elizabeth había decidido que era necesaria una buena dosis de honestidad entre ellos. —¿No le complace que nuestras manos se rocen? —Ella retiró la mano que todavía reposaba en la de él.

Como si de repente se diera cuenta de lo que ella había dicho, el señor Darcy frunció el ceño. —El cielo sabe que eso es imposible —declaró.

—Pero usted se puso rígido ante el contacto de mi mano.

—Yo no diría eso, pero he recurrido a mi capacidad de reserva para no estrecharla en mis brazos —insistió él. —Le aseguro que hay pocas cosas en usted que no me resulten agradables .

—¿Incluso mi lengua afilada? —lo desafió ella.

—No es mi preferida —admitió —, pero espero que con un mejor entendimiento entre nosotros, pero espero que sus reproches disminuyan cuando exista un mejor entendimiento entre nosotros. Y si no es así, estoy igualmente convencido de que el hecho de que usted haga un recuento de mis faltas se debe a que me tiene afecto y desea mi bienestar.

Él le sonrió, y fue todo lo que Elizabeth pudo hacer para apartar sus ojos de la forma en que aquel gesto transformaba sus rasgos en el rostro más bello que jamás hubiera contemplado. Su siguiente pregunta fue un susurro apagado: —¿Convenció al señor Bennet de que no tuvo malas intenciones con su regalo?

—Ya sabe que no soy de los que desean provocarle dolor —respondió él con sencillez.

—¿Fue usted quien alentó al señor Bingley a volver con Jane? —preguntó ella.

Él volvió a sonreírle con lo que parecía ser un afecto genuino, y el corazón de Elizabeth se aceleró en su pecho. —Escuché las confesiones de Bingley y le ofrecí mi opinión—. Volvió a tomarla

de la mano. Esta vez, ella permitió que las yemas de sus dedos recorrieran la palma de su mano.

—Le he pedido permiso a su padre para cortejarla como es debido, pero el señor Bennet dice que usted ya ha decidido si acepta mi promesa de fidelidad o me rechaza una vez más. En cualquier caso, haré todo lo posible para protegerla. Nadie, más allá de mi hermana y Bingley, saben del regalo o de la tarjeta que contiene. Si ese su deseo, me llevaré los objetos de vuelta a Londres, y no volverá a saber de mí.

—¿Me dejaría, señor Darcy? —preguntó ella con un poco de pánico. Elizabeth no deseaba que él se marchara antes de que pudieran arreglar las cosas entre ellos.

—Nunca desearía eso, señorita Elizabeth—. Pero antes de que pudiera decir algo más, un alboroto procedente del salón les hizo correr para descubrir lo que ocurría. Cuando entraron, la señora Gardiner atendía a una angustiada señora Bennet, mientras Jane, Kitty y Mary, acurrucadas, y su padre, su tío y el señor Bingley estudiaban lo que parecía ser una carta.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Elizabeth a su tía.

—Tu madre envió a Mary a buscar a Lydia para tomar el té. Mary regresó con una nota que decía que Lydia se había escapado a Londres—. La tía Gardiner dirigió una mirada ansiosa al señor Darcy. —Supuestamente tu hermana pretende reunirse allí con el teniente Wickham. Lydia dice que están destinados a Gretna Green. Tu tío y tu padre están decidiendo qué hacer para recuperarla.

—Desearía serle de ayuda al señor Bennet —dijo el señor Darcy desde su lado. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que seguía sosteniendo su mano. Sólo una ceja levantada por su tía indicó que alguien lo había notado.

—Se lo agradezco, señor. Determinaré lo que Kitty y Mary saben de los planes de Lydia.

Él asintió con la cabeza. —Mantengan a mi hermana cerca hasta que sepamos el alcance de esta locura.

§

Sin una invitación a unirse a los hombres, Darcy sugirió: —Tal vez debamos trasladar esta conversación al estudio del señor Bennet. La noticia ha alterado a las damas.

Asintiendo, los hombres se retiraron al santuario privado del señor Bennet. Una mirada por encima del hombro de Darcy le indicó que Elizabeth había hecho lo que él le había pedido. Aunque interrogó a sus hermanas menores, el brazo de Elizabeth permaneció cómodamente alrededor de la cintura de Georgiana en señal de protección.

—Permítame leer la nota de la señorita Lydia —pidió Darcy una vez que estuvieron dentro del estudio.

—Le agradecemos su atención, señor Darcy —comenzó diciendo el señor Gardiner —, pero no es necesario que se involucre en este asunto privado.

Darcy ignoró las palabras del hombre. —Como el señor Wickham se empeña en mantener su relación con mi familia, mi

ayuda es necesaria, señor. Conozco al señor Wickham mejor que nadie.

—Darcy tiene razón —le aseguró Bingley a los demás. —Necesitarán su conocimiento del carácter del señor Wickham para poder burlar al teniente.

Bennet le entregó la nota y Darcy examinó los detalles.
—¿Sabemos algo de la residencia del señor Denny en Londres?

—No —respondió Bennet.

Darcy dio las indicaciones: —Bingley, toma el carroaje y avisa al coronel Forster de inmediato. Asegúrate de conseguir la dirección del capitán en Londres. Y pide la discreción del coronel en este asunto—. Sin vacilar ni dudar de la urgencia, su amigo salió por la puerta. —Señor Gardiner, usted y yo debemos ir a Londres de inmediato. Para cuando Bingley regrese, deberíamos estar en camino.

—¿Y yo qué? —cuestionó Bennet.

—Como los intereses comerciales de Gardiner están en Londres, nadie se dará cuenta de su ausencia durante uno o dos días, pero como usted tiene la reputación de despreciar la sociedad londinense, señor, los demás sentirán curiosidad por su ausencia de Longbourn, especialmente el día después de Navidad. Debe contener la noticia de la ausencia de la señorita Lydia. La gente creerá cualquier verdad que les proporcionemos. Hasta que el señor Gardiner y yo regresemos de Londres, diremos que la señorita Lydia y, supongo que también la señora Bennet, han contraído un resfriado. Mantenga a sus otras hijas cerca de la casa. Diga a quienes lo visiten en casa que usted no desea

contagiar a otros. Las señoritas Bennet y Elizabeth, así como señora Gardiner, pueden encargarse de quienes estén haciendo preguntas.

Bennet frunció el ceño. —¿Qué posibilidad hay de que las intenciones de Wickham sean sinceras? No me agrada el hombre, pero al menos, eso serviría a mi familia.

—Nunca he sabido que el señor Wickham se acerque a ninguna mujer con promesas de fidelidad, a menos que la dama posea una dote considerable —respondió Darcy con tristeza.

Antes de que el señor Bennet pudiera replicar, un ligero golpe en la puerta hizo que Elizabeth llegara hasta ellos. —Perdonen la interrupción. Papá, creo que deberías saber que Kitty estaba al tanto de los planes de Lydia, al igual que yo, pero no en la misma medida. Debo confesar que el día que regresó el señor Bingley a Netherfield, me encontré con el señor Wickham en las tierras de Bingley. Aparentemente interrumpí un encuentro entre el teniente y Lydia. Sólo observé un poco de la capa azul de la mujer que se marchaba, pero Kitty me informa que mientras ella, Mary y yo estábamos en el pueblo, Lydia y el teniente se reunieron para fijar sus planes. A su favor, Lydia al menos tuvo el buen tino de tomar el carroje del correo en Sutter's Bend y no en Meryton. Nadie del pueblo habrá visto su partida.

Bennet asintió con la cabeza a las habilidades de su hija para descubrir la verdad de la huida de Lydia, mientras Darcy la miraba con verdadera admiración. Ella sería una excelente esposa. Se ocuparía de todos los problemas que se encontraran en la propiedad con una sensatez tranquilizadora. Ninguna mujer

que hubiera conocido recientemente había demostrado ser tan capaz como Elizabeth.

—Sutter's —observó Bennet. —Eso significa que Lydia subió al carroaje a las cinco. Seguramente ya debe estar en Londres a esta hora. ¿Cómo vamos a encontrarla allí? La ciudad es tan grande.

—También debe saber, señor —continuó Elizabeth —que Lydia “tomó prestado” el dinero que tanto Kitty como Mary habían estado ahorrado.

El señor Gardiner dijo: —Si Darcy y yo iremos a Londres, debería pedir mi carroaje y hablar con la señora Gardiner. Teníamos la intención de regresar a Londres mañana, y hay que hacer arreglos para el retraso—. Se excusó para ir con su esposa.

—¿Volverán a Londres? —preguntó Elizabeth con un tono de decepción.

—Su tío y yo conocemos la capital mejor que su padre. El señor Bennet le explicará nuestro plan. Debería hablar con mi hermana. Estoy seguro de que toda esta conversación sobre el señor Wickham la ha alterado.

Se giró para decirle al señor Bennet: —¿Podría la señorita Darcy permanecer en Longbourn hasta mi regreso? No puedo permitir que resida en una casa de solteros en mi ausencia ni deseo someterla a otro largo viaje a Londres, especialmente si el señor Gardiner y yo debemos discutir la estrategia para recuperar a la señorita Lydia durante el recorrido. Además, la visita de la señorita Darcy con sus hijas disimularía mi partida tan poco tiempo después de llegar a la vecindad.

Elizabeth respondió en lugar de su padre. —La señorita Darcy puede quedarse en la habitación de Lydia hasta que recuperen a mi hermana.

Darcy le dio un apretón en el brazo al pasar junto a ella.
—Gracias. La señorita Darcy disfrutará de la compañía.

§

—Debo decir, Lizzy, que tu joven posee una buena cabeza sobre los hombros —observó su padre cuando el señor Darcy regresó al salón.

Ella tragó para evitar que las lágrimas inundaran sus ojos.
—Me temo que el señor Darcy no es mi joven.

—¿No lo aceptaste? Tú me pediste que le informase de que aceptarías su propuesta. ¿Acaso has cambiado de opinión?

—No —respondió ella sacudiendo la cabeza. —El señor Darcy no tuvo la oportunidad de hacerme una propuesta. La histeria de mamá le impidió pronunciar las palabras.

El señor Bennet la tranquilizó de inmediato. —Entonces hará una declaración honrada cuando se resuelva este asunto con Lydia. Unos días de retraso no importarán en una vida como esposa del señor Darcy.

Su boca temblaba en una débil sonrisa que no disimulaba su angustia. —¿No lo entiendes, papá? Lydia nunca estará tranquila hasta que nos haya expuesto a todos a la vergüenza. La conducta desprevenida e imprudente de Lydia destruirá nuestra respetabilidad ante el mundo. Su volatilidad desenfrenada. Su

desprecio por cualquier moderación. ¿No ves que la naturaleza indulgente de mamá ha puesto a Lydia más allá de cualquier enmienda? Es la más ruin de las coquetas, alguien sin ningún atractivo más que su juventud, pero que actúa desde la ignorancia y una mente vacía, totalmente incapaz de prever del desprecio universal que su avidez por la admiración despertará. También Kitty está en peligro. Seguirá a Lydia dondequiera que la lleve: ¡vanidosa, ignorante, ociosa y absolutamente descontrolada! Oh, mi querido padre, ¿crees que es posible que las hermanas no se vean a menudo envueltas en desgracias?

Su padre la miró con simpatía, pues Elizabeth había puesto todo su corazón en el tema, y la tomó afectuosamente de la mano. —No te inquietes, cariño. En cualquier lugar donde las conozcan a ti y a Jane, serán respetadas y valoradas. No parecerás menos favorecida por tener un par de... o puedo decir, tres... hermanas muy tontas. Cuando Lydia haya vuelto, se reincorporará a mi casa, donde te aseguro que ningún caballero cruzará el umbral hasta que ella alcance la mayoría de edad, o hasta que mi hermano Gardiner arregle un matrimonio entre Lydia y el señor Wickham. Tu señor Darcy volverá pronto a tu lado.

—Si eso fuera posible, pero querido papá, no comprendes lo que ha ocurrido. La impetuosa aventura de Lydia ha arruinado todo entre el señor Darcy y yo. Él no puede reclamarme como esposa si Lydia es señalada como una mujer caída en desgracia. Tampoco puede convertirme en la señora Darcy si mi hermana es la señora Wickham, pues Wickham ha traicionado al señor Darcy de todas las maneras posibles. El señor Darcy nunca podrá ser

hermano del señor Wickham. Él agradecerá el día en que haya escapado de un matrimonio conmigo.

§

—No me demoraré más de lo necesario —dijo Darcy en voz baja a Georgiana. —Los Bennet han acordado que lo mejor es que te quedes en Longbourn durante mi ausencia. Incluso con la señora Annesley como acompañante, podrían surgir rumores sobre tu residencia en una casa de solteros.

—Me gustaría tener la oportunidad de conocer más a la señorita Elizabeth, pero ¿es éste tu deseo, William? Si convences al señor Wickham de casarse con la señorita Lydia, el teniente Wickham reclamará el papel de hermano. Hacia ti. Hacia los dos —le recordó Georgiana.

—¿Te molestaría tanto, querida? —preguntó él con verdadera preocupación.

Su hermana se acercó más. —Nunca te he visto así como eres con la señorita Elizabeth, excepto, por supuesto, cuando estás conmigo en Pemberley. Me preguntaba a dónde había desaparecido este aspecto particular de mi hermano.

—¿Qué aspecto es ese? —preguntó Darcy levantando las cejas.

—La parte que anhela tener una familia —confesó suavemente. —Es como si cuando papá murió tú hubieras muerto con él. No se trata de una crítica. Sé que has cargado una gran responsabilidad sobre tus hombros con el fallecimiento de nuestro

padre. Y has cumplido de manera ejemplar con Pemberley, pero debo admitir que echo de menos al Fitzwilliam Darcy que se apresuraba a entretenarme con una pelea de bolas de nieve en invierno o que me ayudaba a recoger flores silvestres de la ladera detrás de la mansión en primavera. En realidad, creo que la razón por la que recurrí al señor Wickham fue porque quería recuperar esa parte de mi infancia en la que él estaba presente.

Darcy no supo cómo responderle. Nunca se le había ocurrido que Georgiana pudiera estar añorando su “hogar” tanto como él. Había asumido que una vez que él hubiese puesto en orden su vida, la de ella le seguiría de forma natural.

Georgiana se inclinó más para decirle: —Te sugiero que le expliques a la señorita Elizabeth que la señorita Lydia siempre será bienvenida en Pemberley, pero el señor Wickham no. Me parece que poseemos más de un parente con el que raramente nos relacionamos o con el que tenemos la suerte de no encontrarnos nunca. El señor Wickham será uno de ellos. Es importante, William, que reclames tu felicidad con la señorita Elizabeth, pues deseo ser primero una hermana y luego, antes de que pase mucho tiempo, una tía. Y deseo hacerlo antes de que te conviertas en tío.

—Así que planeas que me convierta en tío en un futuro lejano —enfatizó Darcy.

—Ve a buscar a la señorita Lydia. Tráela a Longbourn y luego cásate con la señorita Elizabeth. Es hora de que nuestras vidas comiencen de nuevo. Padre no desearía que estuviésemos tan alejados de su preciado Pemberley.

¿Quieres leer la historia completa?

Apoya a la autora y encuentra

“Mr. Darcy’s Present”

disponible a la venta en Amazon.

Sobre la autora

Regina Jeffers, galardonada autora de novelas históricas de misterio, secuelas y relatos al estilo de Austen, así como de novelas románticas de la época de la Regencia, ha llevado muchos sombreros a lo largo de su vida: hija, estudiante, hija de militares, esposa, madre, abuela, profesora, asesora fiscal, periodista, coreógrafa, bailarina de Broadway, directora de teatro, aficionada a la historia, redactora de becas, consultora de alfabetización mediática y autora. Viviendo en las afueras de Charlotte, Carolina del Norte, Jeffers escribe novelas que toman lo ordinario y le añaden un poco de caos, mientras domina la tensión en su propia vida con un poco de jardinería y la exuberancia de sus “grandes alegrías”. Echa un vistazo a sus 57 novelas (tanto de JAFF como de Regencia) en sus redes sociales y sitios en línea:

rjefferscom.wordpress.com

Facebook: Regina Jeffers Author Page

Twitter: @reginajeffers

Instagram: @darcy4ever

Encuentro en la biblioteca

por Laraba Kendig

13 de febrero, 1812

Londres

—Lizzy, vas a adorar la biblioteca circulante de Hookham —declaró la señorita Jane Bennet con una mirada cariñosa hacia su hermana preferida. —Hay literalmente miles de libros.

Elizabeth Bennet se inclinó hacia delante con entusiasmo y le preguntó: —¿Y creo que has dicho que el catálogo incluye también muchas novelas góticas?

—Efectivamente —le aseguró su tía, la señora Annabelle Gardiner, a su segunda sobrina mayor. —Muchas, muchas novelas góticas, no sólo Ann Radcliffe y Horace Walpole, sino muchos autores y autoras menos conocidos. Por supuesto, no tengo forma de saber si esas novelas están bien escritas, pero en todo caso están disponibles.

—Si son publicados, creo que serán una forma bastante agradable de pasar unas horas —dijo Elizabeth con optimismo. —¡Oh, tía, no puedo agradecerles lo suficiente a ti y a mi tío por invitarme a Londres durante unas semanas!

—Por supuesto, es un gran placer para nosotros —le aseguró la mujer mayor. —De hecho, tú y Jane son un verdadero regalo para nuestra familia, ya que tus pequeños primos las adoran.

—Y yo los adoro a ellos —dijo Elizabeth con fervor.

—Hookham's está justo delante —declaró Jane, haciendo que su hermana mirara con entusiasmo hacia la izquierda del carruaje. Un minuto después, el coche se detuvo y las tres damas salieron al frío día de febrero. Elizabeth apretó más su pelliza y observó con placer cómo los copos de nieve bailaban y giraban en el aire, para aterrizar con suave gracia en el pavimento, los tejados y los árboles. Londres solía ser bastante gris debido al humo de miles de chimeneas, pero con la nieve cubriendo el hollín, la calle tenía un aspecto totalmente encantador, con habitantes abrigados que iban de un lado a otro en la pálida luz invernal.

—Gracias —dijo la señora Annabelle Gardiner al conductor, entregándole su tarifa junto con la generosa propina. —Vamos, niñas.

Elizabeth se obligó a no apresurarse, aunque le resultaba difícil, ansiosa como estaba ante la perspectiva de hojear tantos libros. Su corazón, que había estado decaído durante algunas semanas, se aligeraba cada día, rodeada como estaba de la feliz compañía de sus parientes londinenses y de su querida hermana Jane. Había llegado a Londres sólo una semana antes y había disfrutado cada minuto. Su casa de Longbourn, donde vivían su padre, su madre y sus tres jóvenes hermanas, no era siempre un lugar alegre debido a la indolencia de su padre, los interminables lloriqueos de su madre y la insensatez de sus hermanas.

La propia Jane residía en Gracechurch Street desde principios de enero, y aunque la mayor de las Bennet era conocida por su carácter alegre y constante, últimamente también había estado triste. El otoño anterior, Jane se había enamorado del señor Charles Bingley, propietario de la propiedad de Netherfield,

cerca de su casa, y estuvo esperando ansiosamente una oferta de matrimonio por parte del caballero. Pero, desgraciadamente, a finales de noviembre, Bingley se había marchado del pueblo junto con sus hermanas, su cuñado y su amigo, el señor Darcy, y Jane no había vuelto a ver al hombre desde su partida.

La señorita Caroline Bingley, la hermana menor del señor Bingley, había interpretado el papel de amiga íntima de Jane mientras todos estaban en Hertfordshire. Sin embargo, aquí en la ciudad, surgió el verdadero carácter y disposición de la dama. Durante los dos breves encuentros que tuvieron, trató a Jane con una fría cortesía, y Jane se dio cuenta de que la señorita Bingley no tenía ningún interés en continuar su estrecha relación.

Había sido un golpe doloroso para Jane, y Elizabeth, aunque triste, también estaba enfadada. El señor Bingley había abandonado a su querida hermana sin más razón que su falta de decisión. Elizabeth estaba segura de que el caballero había amado verdaderamente a su hermana, pero las hermanas de Bingley, trepadoras sociales, y su orgulloso y arrogante amigo, el señor Darcy, habían resultado demasiado desalentadores, pues Bingley era un hombre afable que estaba demasiado dispuesto a doblegarse y a ceder bajo la influencia de personajes más fuertes.

—Ya hemos llegado —dijo la señora Gardiner, y Elizabeth sacudió un poco la cabeza para aclarar sus pensamientos. Un momento después, jadeó asombrada por el espectáculo que tenía ante sí. La biblioteca circulante era realmente inmensa, se extendía unos treinta metros en una dirección y por lo menos doce metros en la otra. Las columnatas sostenían el techo y estantes sobre estantes contenían una gloriosa variedad de libros. Por todo

el gran espacio había cómodas sillas y mesas que permitían a los clientes descansar, leer o incluso hablar. De hecho, aunque aún no era el mediodía de un jueves, ya había al menos dos docenas de clientes, en su mayoría damas, con algunos caballeros esparcidos entre ellos. Elizabeth sonrió al verlos; había muy pocos lugares donde las damas de renombre pudieran reunirse en la ciudad, pero la biblioteca circulante era uno de esos lugares.

—¿Dónde te gustaría buscar primero? —preguntó la señora Gardiner.

—Oh, creo que en las obras góticas —contestó Elizabeth. — Me apetece algo de literatura escapista.

—Están por ahí —respondió la señora Gardiner, señalando hacia la esquina sureste de la biblioteca. —Jane, ¿qué deseas leer?

—Iré a la sala de lectura a explorar —dijo Jane con decisión. —Estoy trabajando en mi francés, Lizzy, y Hookham tiene *L'Esprit Des Journaux*.

—Mi querida Jane, ¡qué intelectual eres! Eres mucho mejor que yo.

—Leí a los góticos el mes pasado, antes de que vinieras a Londres —declaró la señorita Bennet, dando un suave empujón a su hermana. —Ahora ve y disfruta, hermana. Tía, ¿dónde estarás?

—Estaré sentada en ese sofá verde de ahí —dijo la señora Gardiner, señalando con una elegante gesto de su mano. —Pueden venir a buscarme cuando estén listas para irse, queridas. No hay prisa, así que no se apresuren.

Jane y Elizabeth asintieron y se separaron en busca de su propio material de lectura. La señora Gardiner se dirigió a su asiento elegido y se hundió con alivio. Su hijo menor, Luke, había estado despierto la noche anterior, probablemente debido al dolor provocado por la dentición. La niñera del pequeño estaba enferma con un resfriado y la señora Gardiner, siempre una madre diligente, se había quedado despierta gran parte de la noche con él. Hoy estaba cansada, pero no se le ocurriría retrasar el viaje a la biblioteca de Hookham, pues sabía que Elizabeth lo había esperado con entusiasmo.

La puerta principal de la biblioteca se abrió y la señora Gardiner se estremeció cuando el viento frío la atravesó. Se dio cuenta de que el sofá que había elegido estaba bastante cerca de la puerta, lo que sin duda era la razón por la que había quedado desocupado. Ah, bueno, su pelisse era cálida, y ella había crecido en Derbyshire, en el norte, donde considerables nevadas a veces bloqueaban las carreteras durante días, por lo que era bastante resistente al frío. Sonrió un poco cuando dos caballeros entraron en la habitación desde la puerta principal, y los delicados copos de nieve ya se derretían con el calor. El invierno era realmente hermoso.

§

—¿Los góticos? —preguntó Charles Bingley con gran sorpresa.

Fitzwilliam Darcy, amo de Pemberley, esbozó una sonrisa y dijo: —Me temo que sí, Bingley. Georgiana tiene acceso tanto

a las bibliotecas de la Casa Darcy, aquí en Londres, como a la de Pemberley, en Derbyshire, y sin embargo anhela las novelas góticas.

—Y tú, siendo el excelente hermano que eres, estás dispuesto a encontrarlas para ella —dijo Bingley jovialmente.

Darcy sonrió, pero sentía un incómodo revoltijo en el estómago. No siempre había sido un buen hermano para su hermana. De hecho, hacía menos de un año, había estado a punto de perder a Georgiana a manos de un avaricioso y pícaro cazador de fortunas, que casi había logrado escaparse con ella a Gretna Greene. Georgiana todavía no se había recuperado del todo de aquella casi catástrofe, por lo que Darcy estaba ansioso por hacer todo lo posible para animarla.

Por eso, él pedía prestadas las novelas góticas de la biblioteca circulante, aunque las consideraba una forma inferior de literatura.

Su carroaje se detuvo y, un momento después, su lacayo abrió la puerta. Darcy y Bingley salieron a la acera y le dijo a su cochero: —Regrese en una hora, por favor.

—Sí, señor.

Darcy respiró profundamente el aire frío mientras él y Bingley comenzaban a subir las escaleras hacia la puerta de la biblioteca. La nieve caía ahora con más fuerza, aunque estaba convencido de que los caminos se verían poco afectados, dado que numerosos carroajes y diligencias recorrían continuamente el camino.

Por un momento, sus pensamientos se trasladaron a su querido Pemberley, en Derbyshire. Cuando era niño, él y sus padres acostumbraban a patinar en un estanque cercano y luego se apresuraban a entrar en casa para calentarse junto al fuego y beber chocolate caliente. Hacía demasiado que no patinaba, demasiado tiempo que no estaba tan relajado. Ahora, como amo de Pemberley, no tenía tiempo para esos pasatiempos. Sin embargo, tal vez podría robarse unas horas en algún momento y salir a patinar con Georgiana. Ella lo disfrutaría.

Los dos caballeros llegaron a la puerta de la biblioteca, y Darcy dijo: —No sientas que debes acompañarme a mirar novelas góticas, Bingley. Buscaré algunas que Georgiana no haya leído antes, y luego pasaré a la sala de lectura.

—Como sabes, no soy un gran lector —comentó Bingley con una sonrisa —, y eso incluye la literatura gótica. Me adelantaré a la sala de lectura y mirare las revistas. Me atrevo a decir que hay algunas sobre deporte que me resultaran interesantes.

Darcy asintió y atravesó la puerta para entrar en el vasto espacio de la biblioteca de Hookham. Sintió que sus hombros se relajaban y su semblante habitualmente serio se transformaba en una sonrisa. Era propietario de dos buenas bibliotecas, pero, no obstante, encontraba un gran placer en estar en presencia de tanta literatura desconocida, incluso si algunas de ellas eran consideradas “sensacionales” e “incultas”.

Se volvió hacia la esquina sureste de la biblioteca, ansioso por encontrar algunos libros nuevos para su querida hermana. Y quién sabía, tal vez él también echaría un vistazo a las páginas.

Los últimos meses también habían sido difíciles para él; primero con el casi desastre de Georgiana en Ramsgate, seguido de varios meses complicados en Hertfordshire con Bingley. Su amigo estuvo a punto de sucumbir a los encantos de la señorita Jane Bennet, una dama de poca fortuna que no sentía verdadero afecto por su amigo, y él mismo se había sentido muy desconcertado por la señorita Elizabeth Bennet, la hermana menor de la dama. Incluso ahora su mente era capaz de evocar a la señorita Elizabeth en un instante; sus hermosos ojos oscuros, su agradable figura, sus movimientos agraciados, sus rizos oscuros agrupados bajo su gorro blanco favorito. La señorita Elizabeth era una joven de lo más inusual, que se deleitaba en debatir con él, y él se había sentido extrañamente afectado. Darcy había esperado que el paso del tiempo se llevara esos gratos recuerdos, pero todavía soñaba con ella durante muchas noches. Para un caballero que se enorgullecía de regular su propio corazón y su mente, esto era a la vez estremecedor y desalentador.

Darcy rodeó una estantería independiente de libros y se encontró en la sección gótica. No había nadie, salvo por una joven que estaba de espaldas a él, con un libro en las manos y la cabeza inclinada. Por un momento, él se quedó sin aliento. La mujer parecía... como... no, ciertamente no. Era inquietante que su imaginación le jugara una mala jugada y creyera que esta joven cualquiera era la señorita Elizabeth. ¿Y por qué su mente volvía a pensar en ella? ¿Acaso era ella tan notable? Suspiró para sí mismo, quizás demasiado fuerte.

La mujer se dio la vuelta y soltó un jadeo, que coincidió con la respiración entrecortada del propio Darcy.

—¡Señor Darcy! —exclamó la señorita Elizabeth.

—¡Señorita Elizabeth!

§

Elizabeth estaba leyendo alegremente *Clermont*, de Regina Maria Roche, cuando una extraña premonición le hizo sentir un pinchazo en la nuca y se giró para observar la alta e inoportuna figura del señor Darcy de Pemberley.

—¡Señor Darcy! —exclamó ella con más asombro que cortesía. —¿Qué está haciendo aquí?

Darcy, tan sorprendido por lo que estaba viendo, se quedó brevemente boquiabierto antes de recuperarse lo suficiente como para inclinarse y decir: —Em, señorita Bennet, buenos días. He venido en busca de algunos libros para mi hermana. Espero que usted se encuentre bien.

Elizabeth se ruborizó ante esta respuesta y logró devolverle la reverencia. No había excusas para ser descortés, incluso con un hombre que le desagradaba profundamente. —En efecto, señor. ¿A la señorita Darcy le gustan las novelas góticas?

Ella pensaba que era muy poco probable que la señorita Darcy, supuestamente una joven altiva que podía presumir de una multitud de cualidades, se interesara por una lectura tan mundana. Por lo tanto, se sorprendió cuando su acompañante dijo: —Sí, en efecto, es muy aficionada a las novelas góticas. Le gustaron *Los misterios de Udolpho* y *El romance del bosque*, ambos

de la señorita Ratcliffe. Espero encontrar algo más en estos estantes que despierte su interés.

Elizabeth sonrió un poco al oír estas palabras. A pesar de que el señor Darcy era un hombre orgulloso e incluso cruel a veces, parecía que realmente se preocupaba por su hermana menor. Sin duda, muchos caballeros se burlarían de la idea de pasearse por la biblioteca de Hookham, que por lo general estaba llena de mujeres, y entre esas mujeres, si bien había algunos miembros de la alta burguesía y la nobleza, también había algunas de la clase media.

—Disculpe, señorita Bennet, pero puedo preguntar: ¿está usted sola aquí? —preguntó Darcy con inquietud, mientras su corazón latía más rápido. La dama, que llevaba un sencillo vestido amarillo de muselina con una pelliza roja oscura por encima, y una cofia roja en la cabeza, era siempre hermosa, pero cuando sonreía, era gloriosa.

—Oh, no, desde luego que no —respondió Elizabeth, y luego añadió con tono arcaico: —Ciertamente soy muy conocida por recorrer la gloriosa campiña de mi hogar, pero no sería tan precipitada como para deambular sola por Londres. Mi querida tía de Gracechurch Street está sentada cerca de la puerta principal de la biblioteca, y Jane está en la sala de lectura.

Darcy se quedó boquiabierto, horrorizado. —¿La señorita Bennet está en la sala de lectura?

Elizabeth inclinó la cabeza y enarcó una ceja. —En efecto, lo está. ¿Es eso un problema, señor Darcy?

Darcy tragó y se dio la vuelta, tentado de acercarse corriendo a Bingley. Un momento después, se volvió con una mueca. Era demasiado tarde, por supuesto. Bingley ya habría visto a la señorita Bennet. Solamente podía esperar que el apuesto rostro de la dama no influyera demasiado en su amigo.

—¿Es posible que su amigo, el señor Bingley, esté en el salón de lectura? —inquirió Elizabeth Bennet, con una expresión ahora fría.

—Em, sí, señorita Elizabeth, lo está —respondió Darcy con torpeza.

—Creo que no tiene por qué preocuparse por su amigo, señor —volvió a decir la joven, sacudiendo la cabeza con enfado. —Es claro que un hombre que abandonó a mi hermana después de dedicarle tantas atenciones, que ni siquiera se molestó en despedirse de ella, que la ha ignorado estas últimas semanas, que permitió que la señorita Bingley tratara a Jane con una descortesía tan injustificada, podrá arreglárselas para tener un breve encuentro con mi hermana mayor. Y Jane, a pesar de que se le rompió el corazón por la partida del señor Bingley, es una dama demasiado gentil como para armar una escena en una biblioteca. No tengo dudas de que se saludarán y despedirán cortésmente, y su amigo escapará sin siquiera un remordimiento de conciencia.

Darcy se quedó más boquiabierto ante este increíble discurso. Había pensado, no, había estado seguro, de que...

—¿La señorita Bennet estaba realmente prendada de mi amigo? —soltó incrédulo.

Los ojos de la joven ardieron de indignación, y Elizabeth dijo: —¡Claro que lo estaba! ¡Lo amaba de verdad como nunca ha amado a un hombre! Pero no se preocupe, señor; ella es una santa, mi querida hermana Jane, y ha perdonado al señor Bingley, a sus hermanas y a usted por el desprecio mostrado hacia ella.

Darcy tragó con fuerza y luego se dio la vuelta para dar una zancada apresurada hacia el salón de lectura. Había conspirado con las hermanas de Bingley para que su amigo no supiera de la presencia de la señorita Bennet en Londres, seguro como estaba de que la dama deseaba solamente a Bingley por su fortuna. Parecía que estaba terriblemente equivocado. Además, era su culpa que su amigo, por lo general el más caballeroso de todos, fuera ahora responsable de abandonar a una cortés y hermosa dama.

Fue vagamente consciente de que la señorita Elizabeth lo estaba siguiendo mientras se abría paso entre la gente de la biblioteca. Un minuto más tarde, se encontró pisando el salón de lectura, justo cuando Bingley se puso en pie y llevó las manos de la señorita Bennet a sus propios labios, besando los dedos enguantados con pasión.

—¡Darcy! —exclamó el hombre, con los ojos brillando como si fuesen estrellas. —¡Darcy! La señorita Bennet me ama, acabo de pedirle que se case conmigo y ha dicho que sí.

Elizabeth exclamó emocionada y se apresuró a pasar junto al amo de Pemberley y a los brazos de Jane Bennet, que ahora lloraba, con la cara encendida de alegre asombro.

—Darcy, ¿no es maravilloso? —exclamó Bingley.

Darcy, que ahora tenía la mirada fija en el extasiado rostro de Elizabeth Bennet, sintió que su cara se ruborizaba y su corazón latía más rápido al ver ese encantador rostro. Se dio cuenta, conmocionado, de que no sólo se sentía atraído, sino que estaba hechizado por la señorita Elizabeth Bennet.

—Es realmente maravilloso —le dijo a su amigo con voz ronca y trago saliva. Se dio cuenta de que no podía vivir sin ella. El cielo había traído a los dos caballeros aquí hoy, y sólo podía esperar que, con el tiempo, reclamaría a la segunda señorita Bennet como su esposa.

Era un pensamiento glorioso.

FIN

Sobre la autora

Laraba es científica de formación, pero escritora de corazón. Escribe historias similares a las que le gusta leer. Son interesantes pero ligeras, románticas pero no atrevidas. Es una súper fan de *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen y se ha divertido escribiendo variaciones de la historia, explorando cómo las nuevas circunstancias afectan a los queridos personajes. Ha publicado 13 novelas, todas disponibles en Amazon y Kindle Unlimited.

Los Darcy y la señorita Smith

por Monica Fairview

Enero, 1815

Esta sería nuestra primera visita a Rosings Park desde que nos habíamos casado. Como pasamos nuestra luna de miel en Italia, William y yo no pudimos visitar a Lady Catherine en Pascua, como era costumbre. El compromiso fue dejar Londres y pasar el final de las Navidades en Kent. Hubiera preferido quedarme en Londres con Georgiana, Jane y Bingley, pero tales son los sacrificios que uno hace para aplacar a los parientes enojados. No tenía la intención de impedir que William cumpliera con su deber hacia su tía.

En cualquier caso, resultó ser una buena oportunidad para que los dos nos acurrucáramos juntos bajo una capa de mantas, con ladrillos calientes entibiando nuestros pies. Rápidamente descubrí que había otras formas de mantenerse caliente. Envueltos en los brazos del otro, fuimos capaces de alejar el frío.

Al acercarnos a Dorking, el lugar de nuestra siguiente parada, la sombra de Box Hill se alzó sobre nosotros. Nevaba, como lo estuvo haciendo durante las dos últimas horas, al menos, y la nieve había depositado en el suelo una fina capa que se asemejaba al mazapán. A la pálida luz del día invernal, tenía un aspecto irreal.

—¿No crees que la ladera parece una pared de hielo confitado? —le dije a William.

—Si querías consultarme sobre una metáfora, me parece demasiado fantasiosa. ¿Y los árboles? ¿Cómo explicas los árboles que sobresalgan de la confitura?

—Son cortezas hechas de chocolate.

Él negó con la cabeza, sonriendo, y me dio un breve beso. —Tu imaginación no tiene límites. ¿Por qué no puede ser simplemente una colina de tiza intercalada con árboles?

—Porque ésa es la forma más aburrida e imaginable de describirlo, señor Darcy—. Lo besé en la nariz. —Y no me convencerás de que eres aburrido. Dentro de este duro exterior sé que late un corazón romántico.

—Muy cierto. Y está latiendo felizmente latiendo rápido en tu presencia. Admitiré de buena gana que soy romántico, pero eso no significa que deba ser fantasioso—. Se recostó contra los cojines del carro. —¿Qué tal si decimos que los árboles son ramas de canela?

—No me atrevo a pensar en ellos de esa manera—. Miré hacia fuera. Nos acercábamos a un puente, y más allá de él, podía distinguir la silueta de una posada. *El Zorro y el Sabueso*. Mi estómago gorgoteó felizmente al pensar en comida caliente, así como en la oportunidad de estirar mis piernas acalambradas.

La nieve se hacía más pesada. Grandes copos de nieve, como trozos de papel, caían del cielo. Bajé la ventanilla y extendí la mano, observando cómo los copos blancos se posaban en las yemas de mis dedos para luego derretirse.

—Vuelve, Elizabeth—dijo mi Darcy, con un tono ronroneante, contento y medio adormecido. —Estás dejando que entre el frío.

—Lo haré ahora mismo.

El clima helado hizo que mi aliento se nublara, y un momento después comencé a anhelar el calor de los brazos de mi Darcy. Estaba a punto de cerrar la ventana cuando un movimiento en la nieve me llamó la atención y creí detectar la forma de una mujer.

—Hay alguien ahí fuera. Parece que se ha caído. Debemos detener el carroaje.

William se quitó las mantas y le hizo una señal al cochero con su bastón. El carroaje se detuvo justo antes del puente. William abrió la puerta de golpe y se asomó en la dirección que yo señalaba.

Fruncí el ceño mientras buscaba en el camino. —Allí.

—Quédate dentro, Elizabeth. Yo echaré un vistazo.

No tenía intención de quedarme atrás. ¿Y si la mujer estaba malherida? Él no podría traerla de vuelta solo. William me lanzó una mirada mientras bajaba de un salto. Suspiró con fuerza, pero ya sabía que era inútil discutir conmigo cuando mi decisión estaba tomada.

—Ojalá me escucharas —murmuró entre dientes. —Ahora tu abrigo tiene barro.

—Hubo un tiempo en que eso te agradó—. Le dirigí una mirada descarada.

—Me gustaba cómo brillaban tus ojos, no el barro.

En su mayoría era nieve en lugar de barro, lo cual estaba bien, ya que no deseaba llegar a Rosings con el aspecto de una campesina. En cuanto a caminar unos pasos en la nieve, afortunadamente, llevaba medias botas. Eran lo suficientemente resistentes como para evitar que me resbalara, pero había lugares en los que el suelo estaba congelado con trozos de hielo, y yo no tenía suelas gruesas como William.

Al acercarnos, la mujer se incorporó y nos saludó.

—Buenas tardes, señora —dijo Darcy. —¿Necesita ayuda?

Se trataba de una pregunta tonta, en realidad, ya que no podía estar tirada en el suelo, en la nieve por decisión propia.

Ella sonrió, sus ojos brillaron como si hubiera adivinado mis pensamientos. —Sí. Creo que me he torcido el tobillo y no puedo levantarme sin ayuda. He intentado llamar la atención de alguien, pero muy poca gente sale durante la nevada.

—Estaré encantado de ayudarla. Soy el señor Darcy. Y esta es mi esposa, Elizabeth.

—Y yo soy la señorita... Smith —dijo la mujer. —Estoy encantada de conocerlos—. Había algo travieso en la forma en que lo dijo. Era evidente que ese no era su verdadero nombre. Había optado por el anonimato utilizando uno de los nombres más comunes de Inglaterra. Percibí un misterio, e inmediatamente me sentí desafiada a descubrirlo.

—Muy bien, señorita Smith —dijo Darcy, siempre inclinado a ser más práctico. —Veamos si puede caminar hasta el carroaje con nuestra ayuda. Elizabeth, si vas a un lado, yo iré al otro de la

señorita Smith, y juntos nos esforzaremos por poner en pie a esta dama.

Cada uno de nosotros tomó una de sus manos y pudimos levantarla. Dio un pequeño grito de dolor al poner el pie en el suelo, pero por lo demás no parecía estar herida.

—Salté desde el torniquete y luego resbalé al llegar al suelo. Me golpeé la cabeza, así que creo que me he desmayado. Pero ahora me siento perfectamente bien.

—Hay una posada muy cerca. Pensábamos parar allí para comer y cambiar de caballos. Allí podrá calentarse junto al fuego.

—Conozco la posada —comentó ella. —Me hospedo con unos amigos en Juniper House. ¿La conocen?

—No la conozco —contesté. —No estoy familiarizada con la zona.

—No, por supuesto que no —comentó la mujer.

Era algo extraño, y sentí aún más curiosidad por descubrir más cosas sobre ella.

Con la señorita Smith entre nosotros, un brazo alrededor del hombro del señor Darcy y el otro alrededor del mío, conseguimos acompañarla hasta el carroaje. En el transcurso de unos minutos estuve en el carroaje, y luego, con la ayuda del cochero, pudimos llevarla a un comedor privado dentro de la posada.

A la luz de las velas y del fuego, pudimos ver que la señorita Smith era una dama de nariz afilada y rostro pálido, probablemente de unos treinta años. Sus ropas estaban a la

moda pero eran poco llamativas, excepto por una larga pluma que llevaba en el sombrero. En cuanto se acomodó en un sillón, escribió una nota rápida a su amistad del Juniper Hall para que le enviara un carruaje.

Mientras tanto, William pidió la cena. Poco a poco, la palidez del rostro de la señorita Smith fue desapareciendo a medida que el fuego ardía alegremente y calentaba sus extremidades.

—¿Cómo es que estaba usted caminando sola en la nieve, señorita Smith? —William estaba acostumbrado a las mujeres que caminaban con cualquier clima, así que su tono no contenía ningún signo de censura.

—No puedo permanecer encerrada en casa durante mucho tiempo. Me gusta dar largos paseos.

—A mí también —dijo, sintiendo que la entendía perfectamente.

—Sí, creo que sí—. De nuevo, me dirigió esa mirada extraña, como si supiera muchos detalles sobre mí.

—¿Nos hemos visto antes? —pregunté, desconcertada.

—No he tenido ese placer —dijo ella, inescrupulosamente.

Intenté recordar si la había conocido, pero con un nombre tan poco distinguido como el de señorita Smith, pude recordar media docena de conocidas. Ninguno de los nombres parecía encajar.

—Entonces, ¿a dónde se dirigen? —preguntó. —Déjeme adivinar. ¿Kent?

Una vez más, me pregunté cómo pudo saberlo.

—Así es —respondió William. —¿Está usted familiarizada con Kent?

—Sé de un lugar llamado Hunsford, y de una Lady Catherine que vive allí.

—Ah, entonces conoce a mi tía.

La mujer esbozó esa enigmática sonrisa, y nos quedamos en silencio, mientras el fuego crepitaba, chispeaba y bailaba una alegre danza.

—¿Cómo está su tobillo? ¿Le duele? ¿Debemos llamar a un médico?

—Es muy amable de su parte, pero no es necesario. Mi amiga enviará pronto un carruaje y llamará a un médico si es necesario. Por favor, no dejen que los retrase en su viaje. Estoy segura de que querrán seguir su camino antes de que anochezca. Me conformo con sentarme junto al fuego y leer hasta que llegue el carruaje—. Sacó un pequeño libro de su bolso para demostrarlo.

No era frecuente ver a mujeres que llevaran libros consigo en sus paseos. —¿Es usted aficionada a la lectura?

—Mucho. Si pudiera, me pasaría todo el día leyendo.

—Entonces esa es otra cosa que tenemos en común. Me encanta caminar y me encanta leer.

—¿Usted también escribe?

—Me gusta escribir cartas. Al igual que mi esposo. Sus cartas son muy cuidadas, y su caligrafía es excelente.

Le dirigí a William una mirada significativa, y él hizo una pequeña mueca. Era una broma privada. Ambos estábamos recordando el día en que la señorita Bingley lo acorraló en la biblioteca e insistió en felicitarlo constantemente por su escritura.

De nuevo, los ojos de la señorita Smith brillaron. —¿De verdad? ¿También cree que su caligrafía es buena?

No estaba segura de lo que quería decir con “también”, pero consideré su pregunta. —Es muy precisa, y las líneas son muy uniformes. En cuanto al contenido de sus cartas, no tengo ninguna opinión al respecto. Sólo he leído una carta suya. Esa carta en particular tenía varios borrones de tinta y estaba escrita con bastante prisa.

—Eso no es justo—. William parecía avergonzado —Fue escrita en circunstancias muy particulares.

—Hmm —dijo la señorita Smith. —Si puedo aventurar una conjetura, imagino que estaba escribiendo una confesión de alguna clase. Algo que debía ser un secreto. Eso explicaría las manchas.

La miré con asombro. Efectivamente, había escrito sobre un secreto: la fuga frustrada de su hermana. —¿Cómo lo supo?

—Es una deducción razonable—. Su rostro era plácido, pero sus ojos estaban llenos de alegría.

De nuevo, tuve la extraña sensación de que sabía más de lo que decía.

—Usted dijo que escribía. ¿Qué tipo de cosas escribe?

—Soy novelista—. Habló con orgullo, con una confianza que no pude evitar admirar.

—Ah. ¿Y está trabajando en algo ahora?

—Sí. Tengo una historia que estoy tratando de escribir.

—¿Puedo saber de qué trata?

—Es una historia melancólica, sobre una joven que tiene que dejar al hombre que la ama porque no puede mantenerla. Se encuentran muchos años después.

—¿Y tienen una segunda oportunidad de estar juntos?

—No, no la tienen.

—Eso es ciertamente algo melancólico —dijo Darcy. —Creo que cuando dos personas se aman de verdad, harán todo lo posible por permanecer juntos. El amor supera todos los obstáculos.

Me miró, con los ojos llenos de afecto.

—¿Usted lo cree así? —La señorita Smith lo miraba con atención. —No he visto que sea así en la vida real.

—Yo sí —dije. —Creo firmemente que un amor sano siempre encontrará un camino.

—Tal vez —dijo la señorita Smith, con dudas. —Pero el héroe de mi historia se ve obligado a casarse con otra joven, una pariente de la primera, cuando ésta cae y queda incapacitada. Seguramente el amor no puede cambiar el curso de la historia.

—¿Él ama a la nueva joven?

—No, pero le ha hecho creer que se casará con ella, y no puede, ni debe, retractarse. Sería deshonroso.

—Debe haber una solución, ¿no es así? Tal vez la pariente femenina pueda enamorarse de otra persona y romper el compromiso ella misma.

La señorita Smith esbozó una amplia sonrisa.

—Veo que los dos creen en los finales felices. ¿Son realmente felices? ¿Realmente han encontrado la felicidad en el amor, o su vida ha estado llena de obstáculos?

—No puedo hablar por mi esposo, pero nunca me he arrepentido de nuestro matrimonio ni por un momento.

William puso su mano sobre la mía. —Yo tampoco.

Ella se recostó en su silla y suspiró satisfecha.

—Quizás, en ese caso, me puedan persuadir de cambiar el final de la historia. Tal vez la joven merece una segunda oportunidad.

—¿Ha publicado alguna de sus obras, señorita Smith?

—Estoy segura de que no ha visto mi nombre impreso — respondió ella.

Me convencí rápidamente de que tenía ante mí a una autora famosa, pero que no quería revelar su nombre.

En ese momento, llamaron a la puerta.

—Ha llegado un carruaje para usted, señorita.

Ella se levantó con dificultad. William estaba a su lado de inmediato, ayudándola.

—Es usted muy amable, señor—. Ella le sonrió.

Me levanté y pasé su otro brazo alrededor de mi hombro. Ella se apoyó en mí.

—En cuanto a usted, señora Darcy, ha superado mis expectativas. Le aconsejo que nunca permita que nadie la intimide, pase lo que pase. Incluso si la llaman obstinada o testaruda.

—Puedo asegurarle que mi coraje se despierta ante cualquier intento de intimidación.

La señorita Smith parecía complacida.

La ayudamos a salir al carroaje. La nieve había cesado, y el mundo brillaba con la nieve recién caída. Cuando se despidió de nosotros, nos tendió la mano a los dos a la vez y estrechó nuestras manos con fuerza.

—En Navidad todo el mundo invita a sus amigos, y la gente piensa poco incluso en el peor de los climas. Siento que hoy he adquirido dos excelentes amigos. El hecho de verlos juntos, de saber que han encontrado realmente la felicidad incluso después de casarse, me ha convencido de que los finales felices son posibles después de todo. Les deseo una dichosa Navidad con Lady Catherine.

Algo en las palabras que había pronunciado me resultaba familiar, y recordé quién las había dicho. Era del señor Elton en *Emma*.

De repente supe quién era ella, la autora que estaba ante nosotros. Cuando subió al carroaje, le dije:

—¿Por casualidad, no es usted la señorita Harriet Smith?

Se rio, con los ojos iluminados. —Conozco a Harriet Smith.

Me reí. —Entonces, por favor, dele mis saludos a Emma. Es encantadora.

—Me alegro de que pienses así.

Y con eso, desapareció dentro del carroaje.

—¿Quién es Emma? —preguntó Darcy mientras el carroaje se alejaba.

—Sólo una mutua conocida—. Me acurruqué en sus brazos, saboreando su calor mientras me envolvía.

—¿En Juniper Hall?

—En Highbury.

Parecía desconcertado, y pude ver que estaba repasando mentalmente el mapa de la zona para ver si había algo que se le había pasado por alto.

Yo acababa de pedir prestado en Hatchards un ejemplar de la recién publicada *Emma*, escrita por una dama, y aún lo tenía el recuerdo fresco en mi memoria. No divulgaría la identidad de la autora, ni siquiera a William.

Ese era mi secreto a guardar.

FIN

Sobre la autora

Monica Fairview escribe secuelas y variaciones de Jane Austen, así como fantasías mágicas de *Orgullo y prejuicio*. Su mayor reclamo a la fama es haber vivido en la casa de Elizabeth Gaskell en Manchester, mucho antes de que la casa fuera restaurada. Despues de graduarse en la Universidad de Illinois, trabajó en Boston como profesora de literatura y luego se convirtió en acupunturista antes de mudarse a Londres.

Además de su amor por Jane Austen, Monica disfruta leyendo novelas fantásticas y postapocalípticas, pero evita los zombis como la peste. Le encanta reír, beber té y visitar propiedades históricas. Y lo que es más importante, está convencida de que sus dos gatos tienen la extraña capacidad de leer su mente.

Sigue a Monica a través de sus redes sociales y sitios en línea:

www.darcyregencynovels.com

monicafairview.blogspot.com

Facebook: [fb.com/MonicaFairviewAuthor](https://www.facebook.com/MonicaFairviewAuthor)

Twitter: [@Monica_Fairview](https://twitter.com/Monica_Fairview)

La noche de bodas en Bristol

por Kelly Miller

Nota de la autora: Esta es la escena de la noche de bodas que fue omitida de mi variación de *Persuasión*, “*Captive Hearts*”.

*Bristol
25 de diciembre de 1815*

—Anne, hemos llegado.

—Oh—. Anne Wentworth parpadeó, levantó la cabeza del hombro de Frederick y se tapó la boca mientras bostezaba. —Disculpa, debo haberme quedado dormida— Le dedicó una sonrisa tímida a su esposo.

—Eres bienvenida a usarme como almohada cuando lo deseas—. Frederick señaló la ventana, que ofrecía una encantadora vista de una cabaña de piedra y un pequeño jardín salpicado de parches de nieve, la clase de escenario idílico que inspiraba a los artistas a aplicar pintura sobre un lienzo. —¿Qué te parece?

—Es precioso—. Ella se inclinó para darle un beso rápido, pero los brazos de él rodearon su cintura y una sucesión de besos siguió a su beso inicial.

Descendieron del carro y Monty, el cachorro de cocker spaniel que Frederick le había obsequiado como regalo de bodas, salió corriendo a explorar los terrenos. Frederick la condujo hacia la casa de campo por el camino de piedra rodeado a ambos lados

por rosas de navidad en plena floración. Le hizo un gesto con el brazo en dirección a las colinas que había al este de la casa. —Elegí esta casa por su proximidad a las colinas de Mendip. Pensé que te atraería más que las fincas más grandes que están cerca de la ciudad.

Anne observó los acantilados salpicados con salientes de piedra caliza. —No podría haber elegido un lugar mejor—. Se volvió a mirar la residencia de piedra de dos pisos, construida en estilo palladiano. Una elaborada ventana veneciana cerca de la entrada despertó su admiración. —Y la casa se ve perfecta.

Él le sonrió, realzando así su ya apuesto semblante.

La joven se agachó para recoger a Monty y entraron en la casa de campo. Tras recorrer la planta baja y las salas comunes del piso superior, pasaron a las cuatro amplias habitaciones. Cada habitación ofrecía una vista diferente de la frondosa campiña.

Cuando entraron en la última habitación, una pregunta robó la atención de Anne: ¿cuál era la disposición para dormir que prefería Frederick? Sus padres habían compartido un gran dormitorio con vestidores adyacentes a ambos lados, pero muchas personas casadas tenían dormitorios separados. Dejó a Monty en el suelo, se puso de pie y se esforzó por mantener un tono despreocupado. —¿Quieres...? es decir... ¿prevés que durmamos en la misma habitación?

Él se colocó frente a ella y apoyó las manos en sus hombros. —Será como tú deseas. Cuando me fui a la escuela, me acostumbré a dormir en la misma habitación con muchos otros. Años más tarde, cuando me convertí en teniente, me gané el derecho a un

camarote propio, aunque diminuto. En aquel entonces, agradecí la privacidad y la consideré una gran ventaja. Ahora, prefiero compartir la cama contigo esta noche y todas las siguientes, pero sólo si eso es lo que deseas.

—Prefiero dormir siempre contigo, estemos donde estemos—. Ella se apoyó en él, descansando la sien contra su pecho. Las manos de él exploraron el área de su espalda, generando deliciosas sensaciones.

—Oh, Anne. Oírte decir eso... no sabes lo que significa para mí.

Ella luchó por un momento, sin saber cuán franca se atrevía a ser. Escondió su cara en el cuello del abrigo de Frederick. —Puede ser imprudente, incluso inapropiado, admitir esto, pero he anticipado esta noche desde que nos comprometimos.

Él gimió.

Ella levantó la cabeza. —¿Qué ocurre?

Un tono rojizo profundizó la tez de su esposo y se extendió hasta sus orejas. —Nada... excepto que me vendría bien una actividad para distraerme... es decir, ¿te gustaría ir a dar un paseo?

—Me encantaría eso.

Salieron de la casa de campo poco después. Anne cargó a Monty hasta que bajaron los escalones de la entrada. Tomaron un camino a lo largo de las orillas de un arroyo que se desviaba para serpentejar sobre las colinas y a través de un prado. Monty no dejaba de mover la cola mientras olfateaba el suelo, probaba la

nieve e inspeccionaba todos los arbustos, ratoneras y árboles que se encontraban en su camino. Varias veces durante su recorrido, Monty se detuvo, en un estado de aparente agotamiento. En esas ocasiones, ella o Frederick cargaban al cachorro hasta que se retorcía para ser liberado de nuevo.

La cocinera, a quien Anne había contratado para su estancia por recomendación del ama de llaves de los Croft, les preparó una cena sencilla a base de gallinas de Cornualles, verduras asadas y pan moreno; su banquete de bodas en Bath había incluido la comida tradicional de las festividades decembrinas. Se sentaron en una esquina de la mesa rectangular y hablaron de los lugares que visitarían en el futuro, como Londres, Ramsgate y Manchester. Frederick sugirió un viaje a Portsmouth para presentarle a varios amigos, mostrarle sus antiguos lugares de reunión y la zona campestre en la que podrían vivir en caso de que la marina lo destinara allí.

Frederick consumió el último bocado de su pan de jengibre y dejó el plato a un lado. Ella tomó periódicamente bocados de su propio plato del postre mientras él relataba una anécdota de un viaje nocturno que hizo con su tío veinte años atrás. Saciada de la comida, Anne dejó el tenedor y colocó la servilleta sobre la mesa.

—...y entonces el posadero le dijo a mi tío... —Sus ojos se encendieron. —¿Estás preparada para... em... subir?

Ella reprimió una sonrisa. En otro momento le pediría que terminara la historia, pero ahora su esposo tenía otra prioridad. —Sí. Pensé que antes de cambiarnos, intercambiaríamos los regalos de Navidad.

Con una breve risa, él asintió. —Sí, por supuesto. Casi había olvidado qué noche es ésta, además de ser nuestra noche de bodas.

Habían elegido una de las habitaciones del medio como dormitorio y sala de estar compartidos; la recámara adyacente serviría como el vestidor de Frederick. Ella lo miró cuando entraron en su habitación. —¿Puedo entregarte mi regalo primero?

—Por supuesto—. Frederick señaló hacia la habitación contigua. —Pero, por favor, dame un momento para recoger el tuyo.

—Sí, desde luego—. Ella se dirigió al armario, recuperó el paquete rectangular cubierto de papel marrón y lo sostuvo suavemente contra su pecho. Frederick regresó con un pequeño paquete envuelto en una tela de seda roja con un diseño floral dorado. Se sentaron en un sofá de caoba y ella le entregó el paquete. —Feliz Navidad, mi amor.

Él dejó a un lado el paquete rojo y aceptó el regalo. —Gracias, mi amor. Feliz Navidad—. Desató el cordel y quitó la envoltura. Con una expresión solemne, sostuvo el cuadro a la distancia del brazo y lo contempló en silencio.

Anne recuperó el aliento después de haberlo retenido sin querer. —Me imagino que muchos de los detalles están mal; las velas y el aparejo...

—No, es maravilloso; estoy asombrado. ¿Cómo lo has conseguido? —Frederick rozó con la yema del dedo índice el nombre *Laconia* en la popa de la fragata.

Ella enderezó su columna. —Croft me ayudó. Le conté mi intención, y él consiguió un modelo de fragata de 28 cañones de un amigo y me lo prestó.

Frederick observó los cañones. —Y sin embargo, pintaste una fragata de 32 cañones.

—Sí. Croft describió las diferencias entre esa nave más pequeña y el Laconia.

—No tenía idea de que me había casado con una artista tan talentosa—. Frederick le sonrió. —Nunca he recibido un regalo más fino. Lo guardaré como un tesoro—. Se levantó para dejar el cuadro cuidadosamente sobre una cómoda. Volvió, la abrazó y le besó la frente. —Debes haber pasado muchas horas pintándolo. Gracias, mi amor.

—De nada.

Frederick tomó el paquete rojo y se lo ofreció.

Anne le extendió su mano abierta. Él le colocó el paquete en la palma de la mano, pero no lo soltó. —Espero que te guste, pero si no te agrada, te llevaré de compras para que elijas otro.

—Si lo has elegido para mí, estoy segura de que me va a encantar.

Bajando la mirada, Frederick soltó la pieza de seda roja. —En realidad, lo compré hace diez años.

—Oh, ya veo—. Ella desdobló la suave tela para revelar una impresionante cruz enjoyada que colgaba de una cadena de oro. —Es preciosa. Muchas gracias.

—Me preguntaba si lo considerarías muy llamativo. Aunque el diseño es bastante sencillo, está hecho de diamantes.

Ella sujetó la cruz de oro que llevaba puesta, un regalo de Lady Russell que tenía como adorno un pequeño topacio en el centro. —No, en absoluto—. Le dio la espalda. —Y si pudieras ayudarme...

—Estoy a tu servicio—. Frederick desabrochó la cadena de su cruz de topacio y aseguró la de diamantes alrededor de su cuello.

Ella se acercó de nuevo a él y tocó la nueva cruz, que era más grande. —¿Cómo fue que compraste esto?

—Mientras estaba en Lisboa, me acerqué a una tienda de joyas y vi a un hombre salir corriendo del negocio. Oí que el propietario le gritaba en portugués. Aunque no comprendí las palabras, supuse lo que había ocurrido. Conseguí alcanzar al hombre y pude detenerlo. El joyero nos alcanzó y exigió la devolución de una pulsera de rubíes. El hombre le arrojó el brazalete al joyero y huyó. El comerciante me agradeció efusivamente y se ofreció a venderme lo que quisiera a la mitad del precio indicado. Entré en la tienda más por cortesía que con intención de comprar, pero me fijé en la cruz y me agradó. Se me ocurrió que, con toda probabilidad, algún día me casaría y esto sería un buen regalo para mi futura prometida.

—Es un regalo sumamente bello—. Aunque él sonreía, ella tuvo que parpadear para evitar las lágrimas. Él le habría regalado la cruz en el octavo año si ella no hubiera roto su compromiso. —Estoy encantada y me siento honrada de llevarla. Gracias, mi

amor— . Ella se acercó y su boca se encontró con la de él en un beso embriagador.

Finalmente, se separó de ella con un suspiro. Miró hacia la puerta de la siguiente recámara. —¿Cuánto tiempo necesitas?

—Treinta minutos son suficientes.

Sus cejas se alzaron. —¿Estás segura?

—¿Necesitas más tiempo?

Él se rio, con un sonido profundo, efusivo y delicioso. —Ciertamente que no, señora Wentworth—. Le levantó la mano para dejarle un suave beso en la palma y partió hacia su vestidor.

Treinta minutos después, Anne le dijo a su criada que ya podía retirarse y se sentó en una silla junto a la chimenea. Sus dedos alisaron la delicada tela de seda de su camisón, un regalo de la señora Musgrove. Anne lo había elegido, el más revelador de todos sus nuevos vestidos de noche, en un momento de atrevimiento. Se ceñía a su figura de un modo que dejaba poco a la imaginación. Incluso con la bata a juego, las dos capas eran casi transparentes. Le había pedido a Lady Russell su opinión sobre las endebles prendas. Su amiga no había pestañeado, declarando que eran “apropiadas para la ocasión”.

Levantó los pies sobre su silla, rodeó sus piernas dobladas con los brazos y apoyó la barbilla en las rodillas mientras una oleada de dudas ahogaba su anterior entusiasmo. Ahora, a solas en su dormitorio y con el momento casi encima, los temores reprimidos durante mucho tiempo surgían para atormentarla.

¿Cómo se compararía con las mujeres que Frederick había conocido en el pasado?

Tras la muerte de su madre, Anne había quedado al cuidado de un padre desinteresado. Por lo tanto, había disfrutado a rienda suelta del contenido de la biblioteca de Kellynch, una vasta colección que había sido acumulada a lo largo de varias generaciones por varones de la familia Elliot con diversas inclinaciones. Debido a sus amplios intereses y a su curiosidad innata, había aprovechado no sólo las obras socialmente aceptables, como *Investigación sobre los deberes del sexo femenino*, sino también alguno que otro oscuro manual de instrucciones destinado a guiar a los esposos en sus deberes maritales. Incluso se había atrevido a leer novelas consideradas indecentes, como *La historia de Tom Jones, el expósito*. Por lo tanto, tenía una buena noción de los comportamientos comunes en los caballeros y que no se comentaban en presencia de las damas.

Hacía tiempo que había aceptado la probabilidad de que Frederick -un apuesto y exitoso capitán de la marina- hubiera intimado con una o más mujeres.

Estas mujeres, que Anne suponía fueran cortesanas o viudas, habrían sido expertas en el arte de complacer a un hombre. Al fin y al cabo, no encajaría con el carácter de Frederick tomar la virtud de una doncella. ¿Cómo podría entonces ella, una novata agobiada por el nerviosismo, no ser una decepción para él en comparación?

El sonido de un suave golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. Se sobresaltó y se puso en pie.

—¿Anne?

Ella se rodeó la cintura con los brazos e infundió un aire de confianza en su voz. —Pasa.

Frederick entró en la habitación vestido sólo con una camisa blanca y unos pantalones. Ella se quedó paralizada, con los ojos clavados en la novedosa imagen. El estado informal de su vestimenta, o más bien la falta de ella, realzaba su atractivo masculino de un modo que ella no podía haber previsto.

Sus largas zancadas cubrieron la distancia entre ellos en un momento, y su cálida mirada la sondeó. —Mi amor, eres hermosa.

—¿De verdad? ¿No crees que esto no es demasiado, o más bien demasiado poco?

—Es perfecto. Eres perfecta—. Él le acarició los mechones de su cabello desatado. —Tan encantadora.

Ella reforzó su postura. —Yo... em... opté por dejarlo suelto, aunque no sabía qué preferirías.

—Espero que siempre lleves el cabello suelto cuando estemos solos—. Le tomó la mano. —Ven.

Ella le acompañó, no a la cama sino al diván. Frederick se sentó a su lado y retuvo la mano de ella en la suya, que era más grande, rozando su palma con el pulgar.

—Pensé que debíamos hablar.

—¿Quieres hablar ahora? Pero pensé... —Ella cerró la boca.

—Lo sé. Sin embargo, no puedo dejar de preguntarme qué sucedió con la dama tan segura de sí misma que dejé aquí hace media hora.

—Oh, sí—. Sus dientes se cerraron sobre su labio inferior. Él la conocía tan bien. Consiguió esbozar una débil sonrisa. —Ella está aquí... en algún lugar.

—Mi amor, ¿alguien te ha dicho qué esperar de esta noche?

—Sí. Lady Russell habló conmigo anoche. Nada de lo que dijo me alarmó. Me advirtió que la primera vez podría ser dolorosa, pero eso ya lo sabía.

Un pliegue se formó entre las cejas de Frederick. —Me gustaría mucho poder evitar que experimentes cualquier dolor.

—No importa; no tengo miedo. Lady Russell tuvo un matrimonio feliz. Ella decía que la cercanía física que comparten dos personas enamoradas es maravillosa.

—Entonces, ¿por qué estás preocupada?

La expresión de Frederick, que reflejaba afecto y compasión, hizo que el corazón de Anne se llenara de amor por él. Le diría la verdad. —Yo... me temo que te decepcionaré.

—¿Cómo puedes pensar así? Sabes que eres la única dama que he amado.

—Aunque soy educada, culta y experta en muchas de las tareas asociadas a la gestión de una casa y una propiedad, en esta actividad en particular, soy totalmente inexperta.

Sus labios se torcieron. —Me alegra oírlo.

—Sin embargo, sospecho que has intimado con otras mujeres que sí eran hábiles.

Él le apartó un mechón de cabello de la cara. —Querida, creo que tu imaginación se ha desviado mucho de la realidad.

—En ese caso, me gustaría saber la verdad.

Frederick se pasó una mano por su rígida mandíbula. Al final, se aclaró la garganta. —¿Estás segura?

¿Lo estaba? ¿Podría soportar oírlo hablar de sus amantes pasadas? Sí, no quería que hubiera secretos entre ellos. —Sí, lo estoy.

—Cuando tenía dieciocho años, el contramaestre de mi barco nos llevó a mí y a otros marineros a un burdel. Todos aprovechamos los servicios ofrecidos. Aunque la experiencia me proporcionó una satisfacción física, la naturaleza fría e impersonal de la interacción me hizo sentirme incómodo. No tenía ningún deseo de repetir la experiencia, y nunca lo hice.

Anne soltó el aliento con fuerza. Se había atormentado durante años con la creencia de que la amargura que expulsó a Frederick de Somersetshire en el año seis lo habría enviado a los brazos de otra mujer... o de muchas mujeres. —Entonces, ¿nunca... hubo otras mujeres? ¿Ni siquiera... ni siquiera después de que nosotros... después de que tú...?

—No. —Él utilizó un tono tranquilo. —A las dos semanas de dejar Somersetshire, volví al mar. Nos detuvimos en La Valeta, y pasé la noche con un grupo de oficiales bebiendo en una taberna. Cuando se hizo tarde, la mayoría de nosotros estábamos sumidos

en nuestras copas. Alguien sugirió que fuéramos a un burdel cercano, y todos fuimos. Elegí a una mujer de cabello oscuro que tenía un vago parecido contigo. Supongo que tenía la esperanza de que, de forma enrevesada, podría desterrarte de mi mente. Pero en mi primer momento a solas con ella, supe que no debía hacerlo. No podía mirarla sin que tus recuerdos dominaran mis pensamientos, y la mera idea de tocarla me repugnaba. Aunque me había convencido de que no me amabas, no podía soportar traicionar la fantasía de ti que habitaba en mi corazón—. La línea de su boca se endureció. —Ahora sabes lo bajo que caí una vez. ¿Te he disgustado?

Anne levantó la mano y le pasó suavemente las yemas de los dedos por el cuello y la garganta, normalmente ocultos a la vista. —No, en absoluto. Agradezco tu franqueza—. Colocó la otra mano sobre el corazón de él, que palpitaba rápidamente bajo su palma. Un destello en los ojos de él la mantuvo concentrada.

—Espero que estés convencida de que no tienes motivos para preocuparte. Espero que, tanto en el lecho matrimonial como en otros aspectos de nuestra vida en común, adquiramos habilidad con el tiempo—. Una sonrisa provocativa aligeró la expresión de él. —Sin duda será necesaria mucha práctica.

Ella se acercó más y apretó sus labios contra los de él. Su corazón palpitó contra la mano de ella. Ella le rodeó la cintura con los brazos y el espacio que los separaba desapareció. Su beso continuó y se hizo más profundo, con deliciosas sensaciones que migraban hasta su núcleo y más allá, provocando un escalofrío. Todo lo demás desapareció de su conciencia, excepto su deseo, su necesidad de él.

Entonces Frederick rompió su beso, provocando una inmediata y sorprendente sensación de pérdida. —Si estás de acuerdo, creo que ya es hora de que te lleve a nuestra cama.

—Estoy absolutamente de acuerdo.

Frederick la tomó entre sus brazos y se puso de pie, levantándola con aparente facilidad como si su peso fuera insignificante. Desde su infancia, nadie la había sujetado así. Ella sonrió y apoyó la cabeza en su cuello. —Me gusta estar en tus brazos.

—Entonces te llevaré siempre en mis brazos—. La colocó en la cama y apagó la vela de la cabecera antes de tumbarse a su lado.

Se recostaron de lado, cara a cara. La mano de él bajó desde el hombro de ella y se detuvo en la curva de su cintura. —Te amo, Anne.

—Te amo, Frederick.

El resplandor de la chimenea de la pared de enfrente permitía ver claramente la mirada familiar de Frederick, la que Anne asociaba con su amor, su protección y su apreciación de que ella era... hermosa. Y, sinceramente, bajo el brillo de una mirada tan llena de adoración, ¿cómo no iba a serlo?.

¿Quieres leer la historia completa?

Apoya a la autora y encuentra

“Captive Hearts”

disponible a la venta en Amazon.

Sobre la autora

La galardonada autora Kelly Miller es una californiana nativa y anglófila, que hizo su primera visita a Inglaterra en 2019. Cuando no está reflexionando sobre los detonantes de la trama o las expresiones más idóneas, puede estar tocando el piano, cantando o paseando a sus perros. Kelly Miller reside en Silicon Valley con su esposo, su hija y sus numerosas mascotas.

Puedes conectarte con Kelly por medio de sus redes sociales y sitios en línea:

kellymiller.merytonpress.com

Facebook: [fb.com/KellyMillerAuthor](https://www.facebook.com/KellyMillerAuthor)

Twitter: [@kellyrei007](https://twitter.com/kellyrei007)

TikTok: [@kellymillerauthor](https://www.tiktok.com/@kellymillerauthor)

Instagram: [@kelly.miller.author](https://www.instagram.com/kelly.miller.author)

Navidad en Pemberley

por Sally Smith O'Rourke

Elizabeth bajó las escaleras a saltos, aún sin poder dejar de sonreír después de tres semanas de matrimonio. Ella se rio, realmente estaba feliz. Ya se sentía como en casa, ayudada sin duda por el hecho de que el señor Darcy parecía estar igual de contento.

Entró en la sala del desayuno, una pequeña habitación orientada al oeste que ya se calentaba con el sol de la mañana. Había sido la habitación favorita del señor Darcy en la casa. Un leve rubor le calentó la cara, ya que él le había dicho que su dormitorio matrimonial era ahora su favorito.

Levantó el sobre que estaba junto a su plato en la mesa puesta sólo para ellos dos. Era una carta de Jane. Al llegar junto a la ventana, rompió el sello y desdobló el pequeño papel.

Darcy se detuvo en la puerta; la imagen era impresionante; el sol brillando en el cabello de su esposa. Él sonrió al pensar en ello y luego cruzó la habitación en silencio. Elizabeth se sobresaltó ligeramente cuando él se inclinó y le besó el cuello. Un pequeño gemido se le escapó de la garganta cuando él continuó con los suaves besos de mariposa hasta su oreja, y luego susurró:

—Buenos días, señora Darcy.

Ella se dio la vuelta y lo besó de lleno en la boca, deteniéndose únicamente para responder con su propio saludo:

—Y buenos días para usted también, señor Darcy.

—¿Qué tiene que decir tu hermana? —preguntó Darcy señalando la carta.

—A Jane le gustaría mucho venir cuanto antes en lugar de la víspera de Navidad y les gustaría quedarse hasta la Noche de Reyes.

—¿Hay algún problema en Netherfield?

—Jane no lo menciona, pero estoy segura que incluso su dulce naturaleza y la paciencia del señor Bingley son severamente puestas a prueba por mi madre y la tía Phillips.

—Entonces deben venir—. Hizo una ligera pausa: —Eso significa que las hermanas de Bingley y el señor Hurst también vendrán.

Elizabeth suspiró. —El señor Bingley y yo ahora somos parientes, por lo que debo aceptar a su familia como propia.

Darcy le levantó suavemente la barbilla y le dio un ligero beso. —Eres muy sabia, querida.

Ella sonrió. —El señor Bingley debe encontrar un hogar lejos de Longbourn.

Darcy miró por encima de la cabeza de ella y hacia afuera de la ventana, pero ella vio que una sonrisa astuta iluminaba su rostro.

—¿Qué plan estás tramando?

—No es mi plan—. Él susurró: —Pero ¿debo contarte un secreto?

—Sí, lo harás o te fastidiaré sin piedad hasta que lo hagas.

—Bingley ya ha comprado una propiedad a menos de treinta kilómetros de aquí.

Sus ojos se iluminaron aún más, —¿Sólo a treinta kilómetros de Pemberley? —Elizabeth le echó los brazos al cuello. —Gracias, gracias.

Un poco sorprendido por el espontáneo abrazo de su esposa, la rodeó con sus brazos. —¿Por qué me das las gracias?

Ella le dirigió una sonrisa de complicidad. —El señor Bingley no hace nada sin tu consejo, asesoramiento y aprobación—. Ella se rio y lo besó de nuevo.

Durante el desayuno comentaron sobre las celebraciones navideñas. Los nuevos señores Darcy estaban entusiasmados con la perspectiva. Darcy y su hermana, desde la muerte de sus padres, habían mantenido las festividades navideñas de forma discreta; por lo general, las pasaban sólo entre ellos. Las de Elizabeth eran un poco más agitadas, debido sobre todo al tamaño de la familia. Este año sería la anfitriona en su propia casa y ambos lo esperaban con anhelo.

Este año la casa se llenaría de familia. Georgiana llegaría mañana con Jane, el señor Bingley, Caroline y el señor y la señora Hurst poco después. Se esperaba que el coronel Fitzwilliam llegara dentro de un día, al igual que los padres de Elizabeth, sus hermanas y los tíos Gardiner y sus hijos.

Aunque no era nada pretencioso, la casa se llenaría de hojas perennes, una tradición de los paganos que traían follaje a la casa para ayudar a aligerar la oscuridad del invierno y celebrar el solsticio de invierno. Darcy le sonrió a su esposa, divertido por la referencia a los paganos.

No sólo pino y enebro. La hiedra alfombraba el suelo en los bosques de Pemberley. Lizzy planeaba entretejerla alrededor de las barandillas de las escaleras, así como en los candelabros, con acentos de listón rojo. La hiedra se utilizaría ampliamente. Los enebros con sus bayas azules darían un toque festivo a las chimeneas. Los setos de arrayán se incorporaron al paisaje de la propiedad y sus hojas brillantes y de color verde oscuro formaban hermosas coronas y guirnaldas.

Un arreglo con ramas de acebo y velas estaba suspendido en el arco de la entrada. Lizzy había hecho una concesión a la iglesia y utilizó acebo en lugar de muérdago para el “ramo de los besos” porque la Iglesia de Inglaterra lo consideraba profano, ya que es un parásito. Sin embargo, Lizzy expresó su sospecha de que tenía más que ver con el hecho de que los druidas lo utilizaban en los rituales de fertilidad.—Asimismo los vikingos veneraban la planta porque a veces crecía en el roble sagrado. Los guerreros vikingos que se encontraban bajo un roble con muérdago debían dejar las armas y abrazarse aunque fueran enemigos. Así que es una combinación de estas dos leyendas lo que hace que el muérdago sea el ramo bajo el cual se besa en las fiestas decembrinas.

Darcy se rio. Elizabeth lo fulminó con la mirada.
—¿Encuentras graciosa mi conversación?

Él se inclinó sobre la mesa y la besó. —No es tu conversación, sino el tema. Sólo tú, querida, recordarías tales detalles de tu extensa lectura.

Lizzy lanzó un suspiro de satisfacción, mirando por la ventana el panorama que tanto había admirado y que ahora era su hogar. Miró a su esposo, y no pudo recordar ningún momento en su vida en el que hubiera sido más feliz, y deseó que todo el mundo pudiera conocer esta misma clase de felicidad.

Año Nuevo en Pemberley

por Sally Smith O'Rourke

Si Elizabeth hubiera mirado la cara de su esposo en ese momento, habría visto tal expresión de amor en sus ojos que no habría podido evitar el rubor que seguramente le hubiera calentado las mejillas. Con la intención de no decepcionarlo a él ni a sus invitados, su dulce voz llenó el salón, acompañada por los melodiosos acordes de la canción interpretada por su nueva hermana, Georgiana.

La absorta atención de Darcy hacia las dos mujeres que amaba por encima de todo no pasó desapercibida para Caroline Bingley, cuyos celos eran más que difíciles de controlar y se vieron intensificados al verse obligada a participar en la festividad en Pemberley. Mientras los aplausos entusiastas acogían el final de la canción de las mujeres Darcy, ella lo vio dirigirse al piano y besar la mejilla de su hermana. Caroline se encogió, Georgiana

nunca sería su hermana. Pero cuando vio la mirada del señor Darcy al tomar la mano de su esposa, fue más de lo que Caroline pudo soportar. Desesperada, se levantó y se dirigió a una ventana que daba a la inmensa propiedad de Darcy, una propiedad en la que había soñado con ser algún día la señora; ahora ese sueño se había esfumado para siempre.

Esperando que la vista al aire libre le ayudara a aliviar su enfado y decepción, en cambio, Caroline se encontró con la visión de su hermano y Jane caminando del brazo en la fría tarde de diciembre. Se mordió el labio para detener las lágrimas, y luego salió silenciosa y rápidamente de la sala de música y subió las escaleras. La criada le había dicho que la habitación de invitados había sido preparada especialmente para ella por la señora Darcy. Se arrojó sobre la cama y dejó que las lágrimas que había estado conteniendo fluyeran prodigiosamente.

Señora Darcy, un título que nunca sería suyo, una propiedad en la que siempre sería nada más que una invitada no deseada, y con el matrimonio de su hermano, incluso con la dulce Jane, ya no era la señora de su casa. No tenía nada. A nadie. ¿Qué sería de ella? Las lágrimas se secaron, pero permaneció en la habitación hasta que la llamaron para cenar.

Darcy salió de la biblioteca, donde él, Bingley, el señor Bennet, el señor Gardiner y el señor Hurst disfrutaban del brandy, y se dirigió al salón de escritura que había pertenecido a su madre. Se detuvo en la puerta y observó cómo su esposa jugaba un juego con las mujeres más jóvenes del grupo. Jane se sentó recatadamente en una silla mientras Elizabeth integraba gentilmente a Georgiana al juego con Kitty, la hermana de Eliza.

En el poco tiempo que Georgiana llevaba con ellos, había visto cómo su esposa, con su exuberancia y amabilidad naturales, sacaba a la joven de su caparazón, algo que él había deseado y que agradecía.

Consultó su reloj de bolsillo; faltaba un cuarto para la hora. Él y Elizabeth habían decidido hacer una pequeña celebración para el Año Nuevo que incluiría una costumbre antigua que esperaban se convirtiera en una tradición de la familia Darcy. Él y su esposa habían hablado de varias cosas para las fiestas que esperaban se volvieran tradiciones familiares para atesorar. La tradición de Año Nuevo comenzaría esta noche, en su primer Año Nuevo como marido y mujer.

Interrumpiendo el juego, él le pidió a todas las damas que se reunieran con él en el salón oeste y luego regresó a la biblioteca para hacer la misma invitación a los hombres de la familia.

Las doncellas sirvieron vino de bayas de saúco hecho especialmente para las festividades. Cerca de las doce, el señor Darcy, con una sonrisa a su esposa, le pidió al señor Bennet (ya que correspondía al patriarca de la familia) que saliera por la puerta principal. Mirando con extrañeza a su nuevo yerno, luego miró a su hija, cuya sonrisa juguetona hizo que todas las preguntas desaparecieran de su mente. Fue seguido al salir por todo el grupo. El reloj de la gran entrada dio las doce campanadas y Darcy le pidió al señor Bennet que abriera la puerta, permitiendo así la salida del año viejo y la entrada del nuevo. En la puerta, todos brindaron por el Año Nuevo mientras las campanas de la iglesia del pueblo repicaban en señal de celebración.

Antes de salir al porche para reunirse con sus invitados, Darcy tomó la mano de su esposa y la atrajo justo fuera de la vista de los demás, e impulsado por su ánimo y alegría la besó. —Feliz Año Nuevo, señora Darcy.

Sin avergonzarse ni preocuparse por el decoro, Elizabeth le devolvió el beso. Al ser abrazada por su esposo, ella recordó haberle dicho a su hermana que nada, salvo el más profundo amor, podría incitarla a casarse. Una sonrisa radiante se extendió por su rostro, había encontrado ese amor y no podía imaginar ser más feliz de lo que era en ese momento.

FIN

Sobre la autora

Sally Smith O'Rourke es el seudónimo del equipo colaborativo formado por Sally Smith y el difunto Michael O'Rourke. Trabajando juntos durante más de dos décadas, la pareja creó las novelas *The Man Who Loved Jane Austen*, *The Maidensstone Lighthouse* y *Christmas at Sea Pines Cottage* (escrita especialmente para su nieto), antes de la muerte de Michael el 14 de noviembre de 2001.

Tras la muerte de Michael, Sally siguió escribiendo otras novelas, entre ellas una secuela de *The Man Who Loved Jane Austen*, titulada *Yours Affectionately, Jane Austen* y *Days of Future Past*, una historia de reencarnación que nos recuerda que las cosas no son siempre lo que parecen.

Conoce más sobre Sally y su obra por medio de sus sitios oficiales:

sallysmithorourke.wordpress.com

www.austenticity.com

“Es una verdad universalmente aceptada que todo autor en posesión de una gran novela necesita un traductor”

Sobre la traductora

Cristy nació en México y desde hace unos años vive en Washington junto a su amado esposo, su fiel compañero de aventuras.

Después de estudiar en la Universidad Autónoma de Querétaro y desempeñarse como maestra de inglés por algunos años, decidió incursionar en el área de traducción literaria, inspirada por la novela *“El hombre que amó a Jane Austen”* de Sally Smith O’Rourke.

Es fundadora y directora de la empresa Cistranslates, cuya misión es acercar las grandes obras clásicas y contemporáneas al público hispano y latinoamericano.

Ha tomado cursos y diplomados a nivel maestría sobre traducción por la Universidad de Guanajuato y la Asociación Mexicana de Traductores Literarios (en colaboración con la UNAM).

Algunas de sus traducciones al español más destacadas:

“Nefasto” de Nicole Clarkston

“Cuando el sol se duerme” de Alix James

Y próximamente

“Pemberley, el dragón del señor Darcy” de Maria Grace

Para conocer más sobre sus proyectos, síguela a través de:

cistranslates.com

Facebook: [fb.com/Cistranslates](https://www.facebook.com/Cistranslates)

Instagram: [@cistranslates89](https://www.instagram.com/cistranslates89)

